

Desgraciadamente, la figura de D. Rúa ha llegado a nosotros extrañamente alterada en muchos puntos, fruto más de impresiones personales que de documentos y estudios objetivos. Por eso, todo miembro de nuestra Familia debe sentir el deber de acudir a las fuentes genuinas que le den el auténtico conocimiento de este gran Salesiano, que ha sido en cierto modo el segundo Padre de la Congregación.

Es verdad que la bibliografía de D. Rúa es poco abundante y casi toda en lengua italiana. Hago votos porque se traduzcan fuera de Italia, como ya se ha hecho en algún país, al menos las publicaciones más significativas y —si es posible— se preparen obras nuevas, explotando también los cuatro volúmenes (in folio) de los Procesos Canónicos.

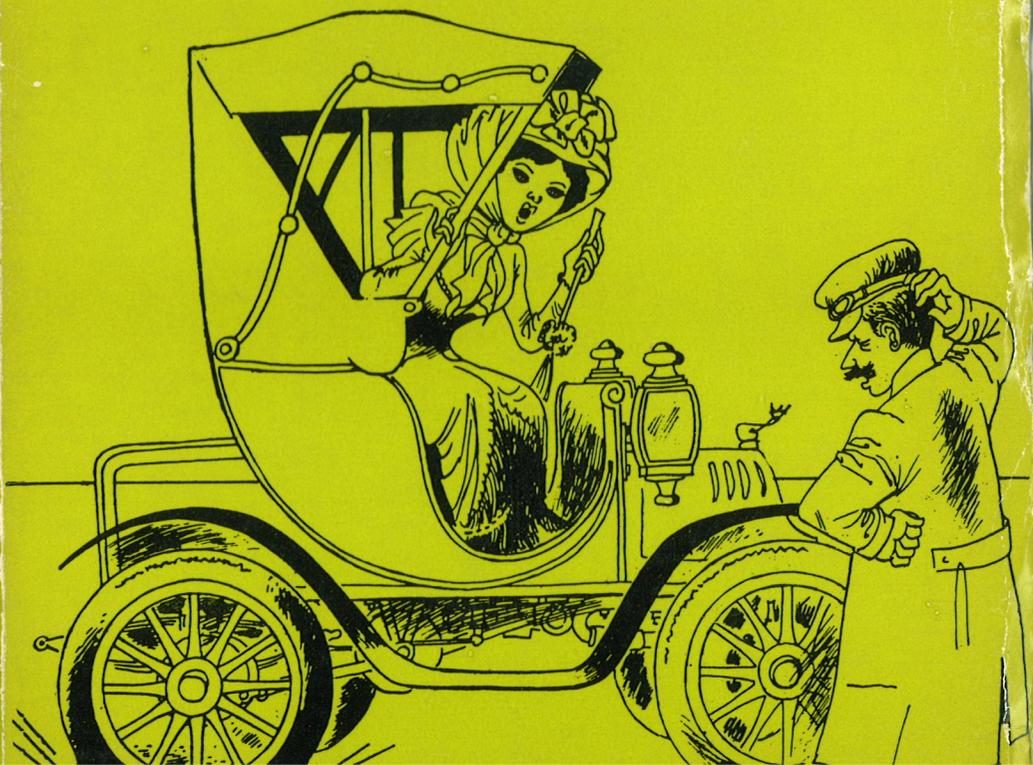
LUIS RICCERI, Rector Mayor

VIDA DE DON MIGUEL RUA, Escrita con buen humor

JUAN MANUEL ESPINOSA, SDB.

VIDA DE DON MIGUEL RUA, ESCRITA CON BUEN HUMOR

JUAN MANUEL ESPINOSA SDB.



JUAN MANUEL ESPINOSA, SdB

VIDA DE D. MIGUEL RÚA
ESCRITA CON BUEN HUMOR

Sevilla, 1973

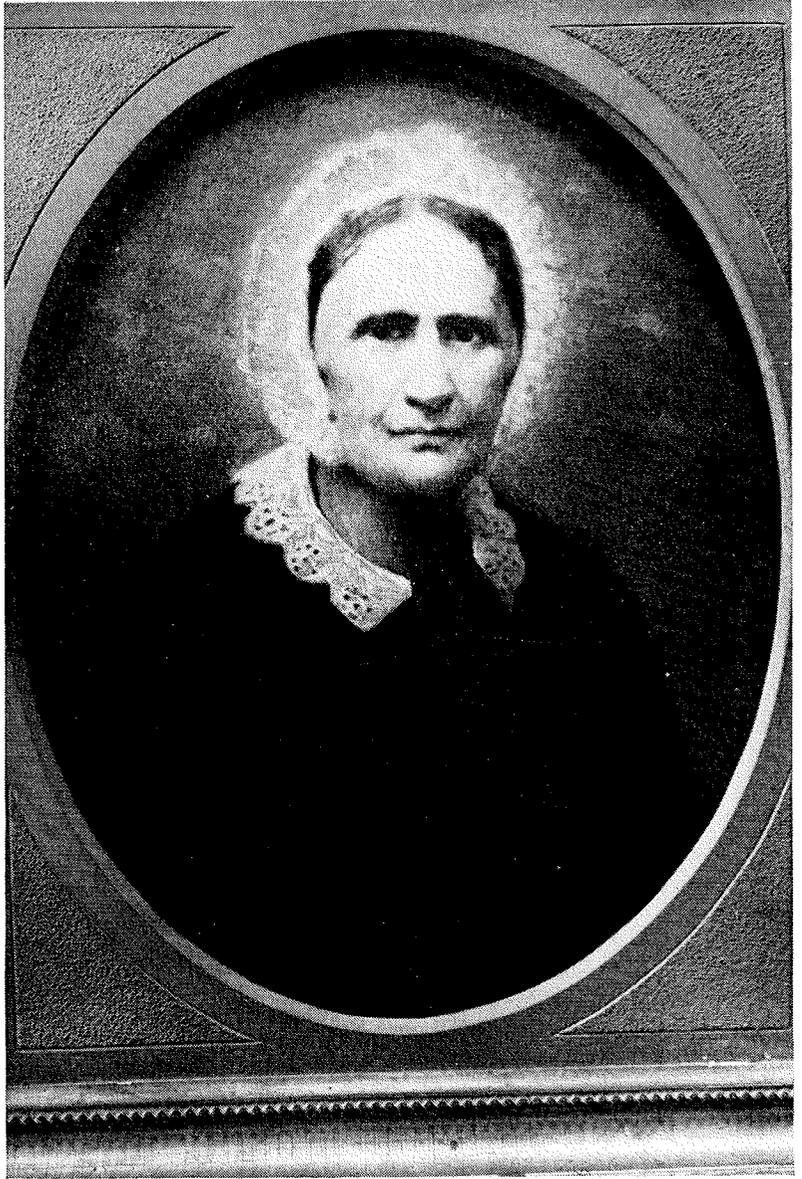
Depósito Legal: SE-234-1973 — I.S.B.N. 84-600-5781-X

ESC. GRAF. SALESIANA - SEVILLA

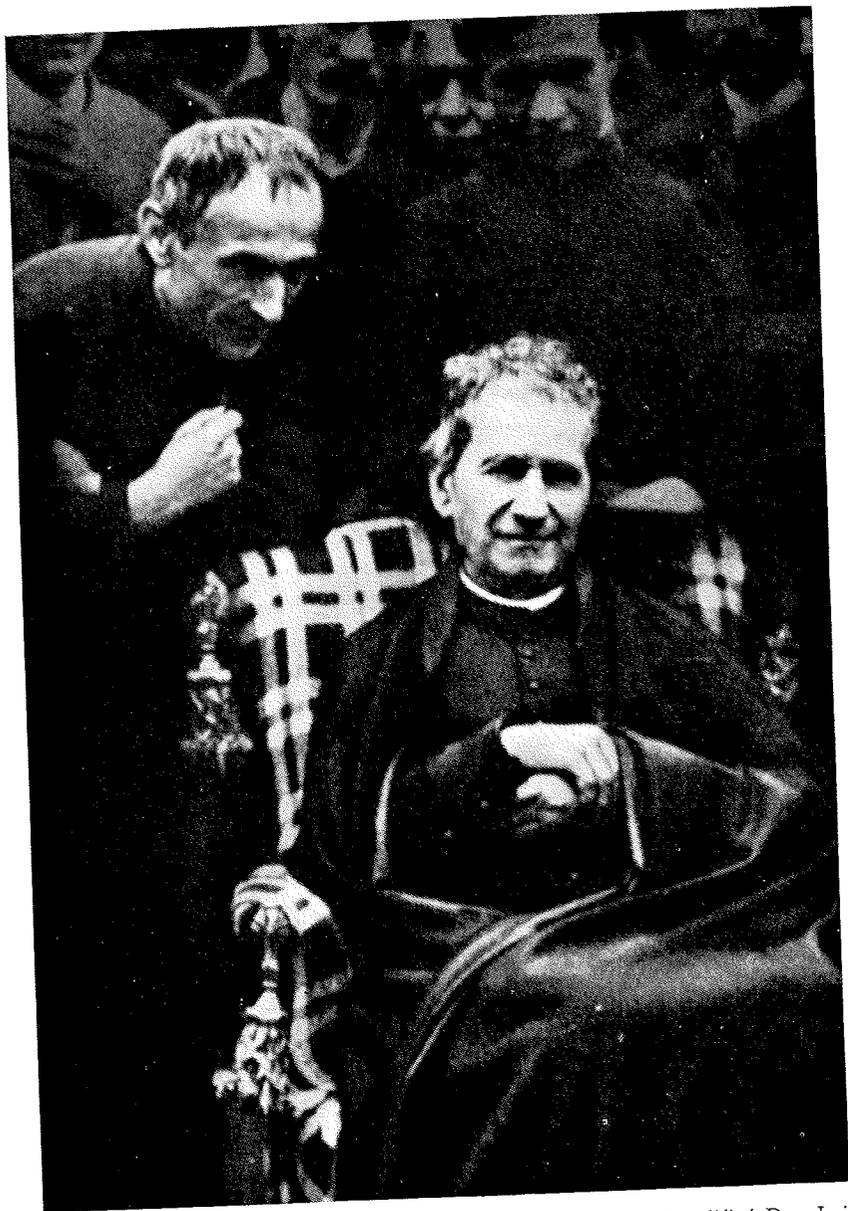
A la memoria del admirado Don Alejandro Bailó, catedrático de dolores, que un mal día, torturado de hinchazones y diálisis, después de hacerle fu al posible valimiento de D. Rúa, se nos marchó en un santiamén al Reino de los Cielos.



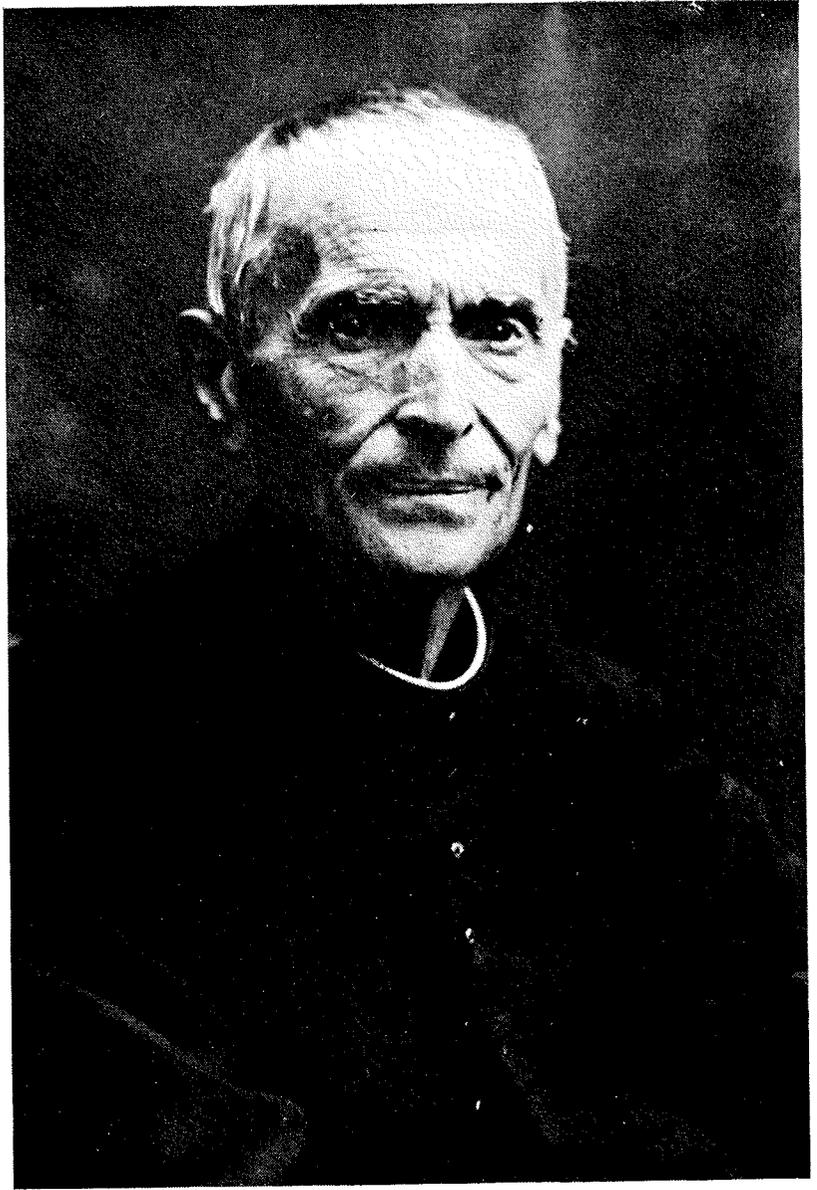
Juan Bautista Rúa, padre de Miguel Rúa.



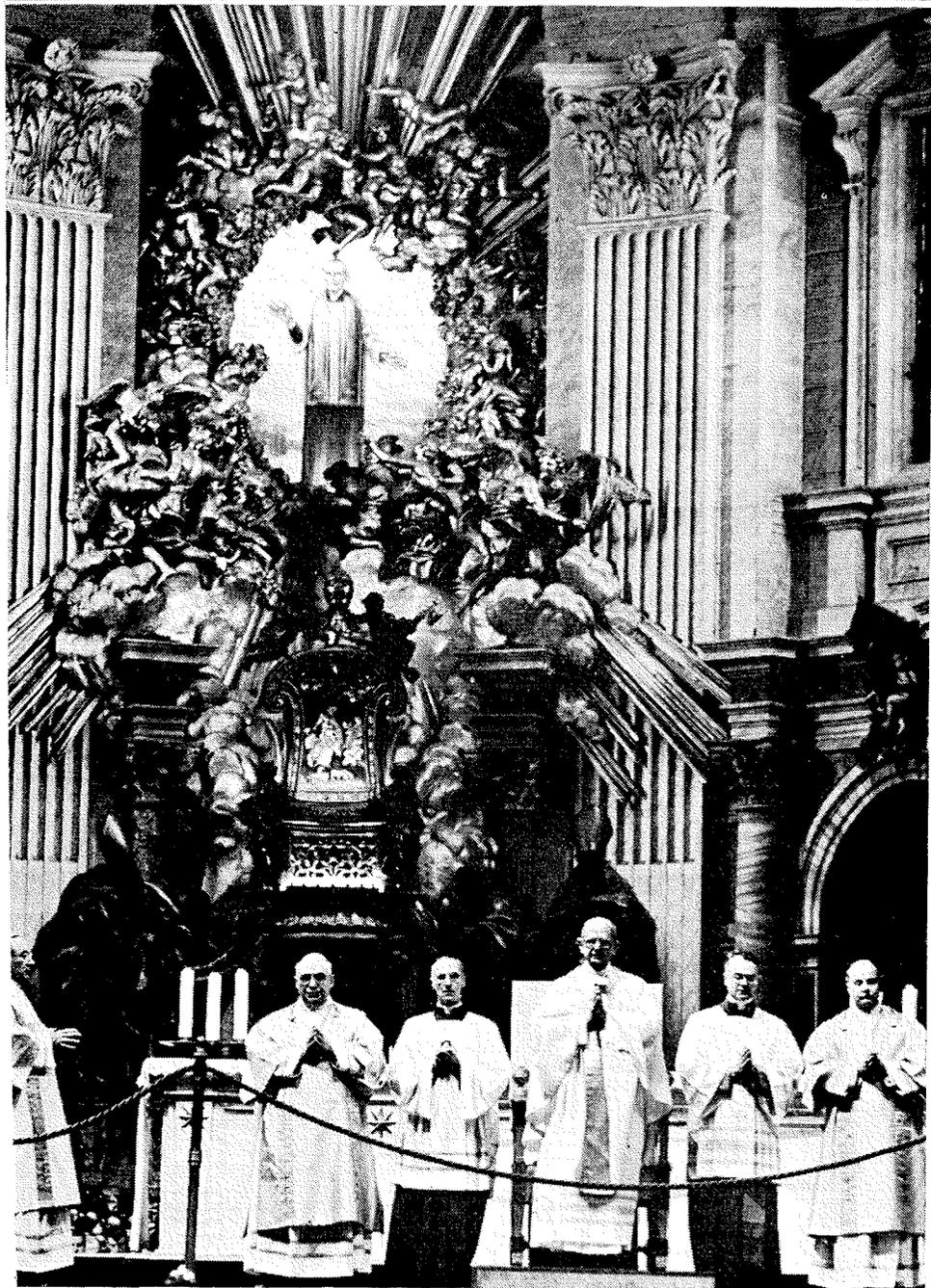
Juana María Ferrero, madre de Miguel Rúa.



Excepcional fotografía conseguida en Barcelona. De idea genial la calificó Don Luis Ricceri. Esta fue siempre la postura de Don Rúa: escuchar a Don Bosco, mirar hacia su rostro, serle invenciblemente fiel.



El heredero del espíritu salesiano sufrió tremendos dolores físicos y morales con admirable fortaleza.



«Atleta de actividad apostólica», le llama Pablo VI en la homilía del 29 de octubre de 1972, fecha de la Beatificación.



La señora Benedetta Vaccarino y el sacerdote salesiano D. Andrés Paglari (a su lado en la fotografía) agradados con los milagros de la Beatificación. Se entrevistan con Pablo VI y el Rector Mayor de la Congregación Salesiana, D. Luis Ricceri, que aparece en penumbra junto al Pontífice.



La austeridad y pobreza del primer Sucesor de Don Bosco producían enorme impresión en quienes le conocieron.



Don Rúa, esforzado y activísimo viajero, en Barcelona el año 1890. Pocos años antes, en el único viaje de D. Bosco a España, había sido compañero del Fundador.

CON LA VENIA...

Me perdonarán la confidencia...

Recibí una carta procedente del Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil —qué bien suena— afincado en la madrileña calle de Alcalá.

—¿Te atreves con D. Miguel Rúa? Piénsalo y contesta.

Esta pregunta, adobada generosamente con encomios y cosquillas, me ponía entre la máquina y la pared. Respondí que sí a Madrid. Más valor tiene un torero. «Cualquier hijo de D. Bosco que le haya salido al Padre —afirma el misionero salesiano P. José Luis Carreño —debe tener no solamente hierro, sino también tinta en sus venas; porque para nuestro querido santo, la imprenta era la niña de sus ojos.»

Por lo que toca al buen humor que consta en el título de este libro, no pretendo que el lector se ría a cada paso recorriendo sus páginas. Simplemente quiero significar que hace falta buen humor para escribir sobre D. Rúa, siendo así que entre los propios Salesianos —no nos llamemos a engaño— goza de escasas simpatías. Se ha tejido quizás sobre él una injusta leyenda negra de hombre severo, tieso e intransigente... Se ha creído sin más pruebas al canto que el nuevo Beato era poco menos que antipático o repulsivo. Incluso han corrido en letra impresa, como se verá en su lugar, falsas atribuciones ya puntualizadas y rectificadas en el Proceso.

El gran músico saguntino olfateó las intenciones del famoso, has aletas de su nariz vibraron con ese característico gesto de los que pasean por el mundo con sus pupilas apagadas desde la más tierna infancia. El compositor comenzó a poner pegas. ¿No sería rebajar la categoría de sus españolísimas páginas en las que la guitarra canta y pelea con la orquesta? Acabó estableciendo condiciones. Efectivamente: «Aranjuez, mon amour» sonó con la orquestación que escribiera su autor. Y con títulos parecidos, el segundo tiempo entre expresivo y nostálgico del famoso «Concierto de Aranjuez» ha paseado por los cinco continentes con letras que jamás tuvo y en voces de alta cotización.

Estos son tiempos, señores, de pestaña postiza, flor artificial, «play-back» y pescadito congelado. Existen las cosas buenas, auténticas, pero habremos de resignarnos, un poco a lo Diógenes el Cínico, a tomar nuestras linternas y andar y andar por las calles atenienses buscando algo puro, genuino. «Camoufler» llaman los franceses a esta cotidiana operación del disfraz y el colorete.

No quisiera recibir al final de este trabajillo el reproche que Teresa dedicara a su desafortunado retratista que la pintó fea y legañosa. D. Miguel Rúa podría lanzarme también alguna mirada entre mansa y furibunda como castigo al atrevimiento de desenfocar su verdadero retrato.

Aunque la tarea no es de por sí fácil, cuento con el valimiento de formidables y honrados testigos que cargan sobre sus espaldas con el peso de la responsabilidad y la verdad de muchos hechos y afirmaciones. Así las setecientas páginas italianas del P. Ángel Amadei. En ellas recoge material de primera mano como el que pudieran suministrar un Ceña, un Francesia o los propios tomos de las Memorias Biográficas de D. Bosco. El P. Agustín Auffray, escritor salesiano brillante como pocos, después de poner en fila india más de veinte fuentes de información, afirma que ha estudiado «minuciosamente los siete volúmenes de las

Actas que recogen las declaraciones de los testigos del Proceso diocesano de la Causa de Beatificación». Serta descortesía olvidar al P. Adolfo L'Arco, de popular bondad y simpatía, que me envió y dedicó desde su encerrona de siete meses en el C. G. E. un precioso opúsculo — «D. Rúa a servizio dell'amore»—, en el que vemos proyectada, desde un ángulo evangélico y humano, la santidad del Primogénito de D. Bosco. Su visión nueva, original, su afán de poner las cosas en su sitio con tacto de escritor penetrante, hacen de estas páginas del P. L'Arco, traducidas en Barcelona por Ediciones Don Bosco, un instrumento imprescindible para el que quiera adentrarse en la historia salesiana de los primeros tiempos.

Uno se da por vencido y renuncia a husmear —y a estornudar también— entre documentos de archivo. Todo este bagaje literario lo he colado por el tamiz de mi particular sensibilidad alérgica al aburrimiento.

El Espíritu sopla donde quiere, como quiere, cuando quiere. ¿Que Miguel Rúa no tuvo aquel «dulce sorriso» de D. Bosco? No vayamos a enfadarnos por eso. Un mismo chorrillo de aire produce distintos sonidos en un corno inglés, en una trompa, en un trombón de varas o en una pipiritaña...

Y si este librito se apuntara en su haber una cierta agilidad o desenvoltura, acháquesele a que tuvo la suerte de ir naciendo a golpes de brisas marinas y atlánticas, allí donde la luz del sol andaluz y las limpiísimas arenas de la playa conocen un feliz maridaje de miles de años.

No extraña que cualquier hijo parido bajo este cielo nazca algo tocado de sal y buen ritmo. Aunque, como la micción del enfermo de estranguria, esta «vida» ha ido saliendo gota a gota y con dolor...

EL AUTOR

flemático caballito de D. Quijote lo pueden ver ustedes transformado de Rocinante en rinoceronte; el ultimátum en último atún; los arbitrios en arbitros; las comedias en comidas; los trenos en trinos; los ganadores en ganaderos; las lonchas en lanchas; lo ecuménico en económico...

¡Honor a Mergenthaler, inventor de la linotipia! Pero, con el perdón anticipado del linotipista que está en estos momentos entretenido con mis folios mecanografiados, habrá que reconocer que los duendes de la imprenta están empeñados en armarnos gresca desde tiempos muy lejanos. Y habrá que conformarse con leer pulmón donde debería decir plumón y a ver convertida la «Danza de las almeas» de «El asombro de Damasco» en una extrañísima «danza de almejas»...

Una sola letra cambiaba en nuestra Edad de Oro a Teresa de Jesús de indigna sierva en indina sierva, según consta en la firma de sus cartas. Está claro que la gran mística española tenía poco de descarada. Aunque en atención a sus condiciones de santidad, le concedamos la indignidad y escasa autoestimación que ella proclamaba sin rubores...

Lo partieron por el eje

Entre erratas anduvo también el apellido Rúa. Una errata bien simple: el acento. Sin enredarnos en etimologías y discusiones semánticas, parece que este apellido comenzó siendo agudo, es decir, monosilábico. Así ha constado en actas bautismales, emparentándose con términos franceses que vienen a significar realeza. En piamontés, Rúa significa rueda. Un problema parecido trata de solucionar con sus contundentes razones eruditas el salesiano P. Ragucci al tratar de colocar el acento debidamente a nuestro monje orensano del XVIII, Padre Feijoo.

Tendremos que acostumbrarnos al D. Rúa, con acento en español. Los hombres importantes entran en la Historia

con un nombre registrado, consagrado, y hemos de respetarlo.

Miguelito nació, según vemos, hecho iodo un rey... Que por estos derroteros se enfila la palabra Rúa en su primera pronunciación. Pero no va a ser tan sólo el acento el que va a partirle por el eje. Sino que hay otro curioso y extraño tajo con el que iniciaremos esta historia. De él es ya imposible prescindir en ella.

Era Miguel un tierno niño pero ya inteligente y despierto cuando la Providencia divina, que hermosa los li-rrios con galas muy lejanas de los más suntuosos palacios, puso en su camino a un mocetón piamontés, atrevido y simpático, llamado Juan Bosco. El joven sacerdote, de treinta años, merodeaba por aquel mercado turinés de Porta Palazzo en su condición de pescador de almas. ¿Quién era aquel atrevido «prete», chiflado por la juventud desarra-pada y paupérrima? El lector interesado seriamente en ello, puede encontrar en la colección salesiana «A la y Viento» un tomito titulado DON BOSCO UN AMIGO, que con preciosas páginas llenas de amenidad le pondrá al corriente...

Miguelito llegaba con sus ojillos despiertos hasta aquel atrayente sacerdote. Este repartía medallas, estampas, algunas monedillas y golosinas. San Agustín ya advierte que a los niños hay que ganarlos con nueces... Esto es: no se conquista a un chico así por las buenas, por la propia cara bonita. Aunque... no faltan caras bonitas que ellas solas conquistan y para siempre.

Andaba cerca el colegio de Santa Bárbara, dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Rúa era alumno de aquellas aulas y a ellas acudía temprano con sus libros.

¡Cosa extraña! D. Bosco miraba al chico, le encasque-taba la gorra, pero no atendía a sus ruegos de recibir alguna medalla o estampa. Las manos del sacerdote, dadivo-sas siempre y muy largas para dar, recibir y volver a dar, no se hundían en los bolsillos de su sotana pobrecilla.

Abriendo la mano izquierda, hacía gestos con la derecha de partirla por la mitad.

—Toma, Miguelito, toma...

El niño quedaba perplejo una y otra vez. La escena se volvía a repetir y en el corazón tierno del futuro santo quedaba flotando una calima misteriosa a través de la cual se esforzaba por adivinar alguna lucecilla reveladora...

La explicación de tal gesto de D. Bosco se la iría dando el tiempo y la propia experiencia vivida junto al Santo Fundador y Padre. Irían siempre a medias, a medias, a medias...

No perdamos de vista esta encantadora escena: un curita tachado de soñador, de cabeza a pájaros, que trata de regalar la mitad de su mano izquierda a un chico inocente que se le queda con la boca abierta y a dos velas. En torno, la batahola de un mercado en el que se mezclan los más variados timbres de voz y donde la abigarrada clientela es un flujo y reflujo en el que no faltan los aprovechados tunantes de siempre...

En medio de este bullicio, flota, sobrecogedora, una «hora décima» en la que el Divino Maestro atrapará para su causa a dos almas gemelas, de capacidad auténticamente heroica.

Antes de entrar dejen salir

Este aviso, propio de un autobús de servicio público o de una sala cinematográfica, se pudiera haber colgado en el dintel de la casa de Miguelito Rúa.

Su abuelo, Juan Bautista Rúa, tuvo nada más que quince hijos. Alguno quedó de muestra, como el papá de Miguelito, que fue asimismo bautizado Juan Bautista. Casó con María Baratelli. Andaba el papá de Miguel por los 28 años. De este primer matrimonio nacieron cinco hijos. Tres de ellos enfilaron hacia el camposanto. El buen hombre hacía sus quince kilómetros diarios desde la alquería hasta

la Fábrica de Armas de Turín, en la que había ido cobrando prestigio y responsabilidad hasta llegar a ocupar un cargo principal. Juan Bautista Rúa había querido desligarse de una tradición agrícola, hortelana, llena de quebrantos y sudores, de sus antepasados. Pero eran tiempos en los que no existía el utilitario. Solamente el «coche de San Fernando»: un ratito a pie, y otro andando...

El panorama del padre de familia cuando un día de 1828 le faltó para siempre su esposa, que moría a los treinta y dos años, era desolador. Pedro, el mayor, contaba trece años. El más pequeño, delicaducho siempre y débil, tres años escasamente. No hubo más solución que Juana María Ferrero, segunda esposa de Juan Bautista Rúa. Mujer de sólidos arrestos, resistente, con admirables condiciones de ama de casa. Cuatro hijos más nacieron. Entre ellos, la única chica de la familia, Paulita, que, para no ser menos, desaparecía tempranamente. El último de todos estos retoños fue Miguelito Rúa.

Nuestro Beato nacía el 9 de junio de 1837, según quedaba registrado en la antigua parroquia de San Simón y San Judas. Dos días más tarde, era bautizado.

Bastaría con echarle un vistazo a alguna historia de las ciudades, como la concienzuda de Eduardo Aunós, para hacerse cargo de las ínfimas condiciones de salubridad, higiene y limpieza que soportaba la pobre gente. Y aun la no pobre. No causa extrañeza esta mortalidad infantil masiva, detrás de la que se ponían en fila los canijos ingresos económicos, la escasa alimentación y otros imponderables que nacen de situación tan precaria, sin olvidar que los adelantos de la Medicina aún no conocían resortes casi infalibles que hoy llenan de seguridad al llamado bípodo implume del siglo en que vivimos.

Miguel, último eslabón de esta accidentada cadena, parece llegar al mundo con un glorioso destino y aunque estaba bien lejos de ser el Apolo de Belvedere, se encon-

traba siempre dispuesto a cargar sobre sus huesos, descarrados y trabajadores, el tremendo peso que se le viniera encima...

Y es curioso: una complexión tan vidriosa y quebradiza a ojos vista, que nos recordaría alguna novela ejemplar cervantina, se mantuvo entera hasta una ancianidad muy respetable por aquellos entonces, sin dejarse vencer por ninguno de los vientos, a veces huracanados, que pretendieron derribarle y acobardarle...

para poner en limpio borradores ininteligibles, para contestar montones de cartas, para darle un buen repaso a la gramática española o francesa o alemana en viajes de apotheosis. Rúa cirineo. Rúa fiel secretario. Rúa segundo de a bordo, casi asfixiado, sudoroso, inquieto. Rúa sacrificador de sus propias iniciativas, de sus talentos, de sus excepcionales condiciones humanas, para llevar durante decenas de años el maletón pesado de las cosas molestas, anodinas, de los trámites, de los caramelos de menta para su triunfador de los ruedos...

Los tentáculos del cariño

Son omnipotentes. Como las ventosas del pulpo que estrecha hacia sí la codiciada presa. Les diré que la adoración de Rúa por D. Bosco (adoración en el sentido del diccionario de amor extremado) fue la única capaz de atarle a su vida y a su corazón.

Veamos los primeros pasos de este acercamiento.

Miguel vivió en la Fábrica de Armas a la que su papá había trasladado bártulos y enseres. Una capillita que se encontraba a la entrada del edificio, era lugar de frecuente cita con un capellán subvencionado por el Gobierno para impartir un poco de formación religiosa y de cultura elemental entre los hijos de los empleados. De labios de este sacerdote, Miguel oyó las primeras lecciones de su vida.

Afirman los primeros biógrafos que el Beato siempre fue querido de todos. Incluso de aquellos dos hermanastros del primer matrimonio, Pedro y Juan Bautista, ya mayores, que hacían algo difícil la convivencia y entendimiento con la nueva madre del hogar.

La infancia de Miguel no es rica de aventuras y emociones como lo fue la de su Maestro, D. Bosco.

Apenas alguna travesura, apenas un remojón en un canal y el susto que es de suponer a causa de un ramillete de flores que venía navegando corriente abajo. Era el clá-

sico sobrinito que siempre se rifan los tíos, que constituye una fiesta para el afecto común y cuyas peripecias, adelantos escolares y ocurrentes ingeniosidades, salen enseguida a flote apenas iniciada una conversación familiar.

El 2 de agosto de 1845, Juan Bautista Rúa abandonaba a los suyos a la edad de sesenta años. Recibió los últimos auxilios espirituales, ya que en vida fue siempre celoso de la atmósfera cristiana de su casa, atmósfera mantenida por la oración común y la observancia exacta de cuanto legisla la Iglesia.

La angustia de la madre de Rúa fue muy honda. Los hijos mayores, Pedro y Juan B. Antonio, aprovecharon la dolorosa coyuntura para abandonar a la madrastra, quedando ésta con los tres hijos de su matrimonio: Juan Bautista, más pequeño que su homónimo, Luis Tomás y Miguelito. El primero de los tres, con sus quince años largos, se afanaba ya en los menesteres del difunto, en tanto que los otros dos, con diez y ocho, respectivamente, no tenían más preocupación que sus primeras y elementales lecciones escolares.

Apenas transcurrido un mes en el que Miguelito probaba las amargas lágrimas de la orfandad, un generoso corazón paternal le salía al paso y ya para siempre. En septiembre de 1845 se cruzaron aquellas primeras palabras, aquellas primeras miradas de Miguel Rúa y Juan Bosco.

La tristeza mayor

Miguel comulgaba por primera vez en la primavera de 1846. Con nueve años. Solía hacerse el lunes y martes santo. Monseñor Fransoni le administraría el sacramento de los que se sienten animados a ser soldados y defensores de la fe cristiana.

Una conmovedora peregrinación juvenil llegaba a los pies de la «Madonna di Campagna». Don Bosco animaba a sus hijos a rendirse a las plantas de la Madre de los

atribulados en busca de una definitiva solución para el constante «andirivieni» de sus centenares de pilluelos. Y parece que la Señora escuchó aquellos cánticos encendidos, aquellas plegarias de desesperación... Se acabaron los trasplantes, los vagabundeos, las angustias de tener que abandonar una iglesia en busca de otra, un prado en busca de otro prado. Se acabó aquella situación que por sí misma evoca una página incomparable de la «Gitanilla» cervantina en la que se describen, quizás como nunca se haya hecho jamás, la vida y condiciones de la inquietante gitanería...

Casa Pinardi. Célebre Casa Pinardi. Por fin un sitio fijo. Se trataba de un pobre cobertizo junto a una casita de propiedad de un encalador de la provincia de Várese.

Miguelito estaba interesado por todo aquel tinglado ambulante en el que D. Bosco, con insospechada maestría circense, hacía toda clase de ejercicios peligrosos para mantenerse jovial y animoso, sin desfallecer en sus planes redentores.

No había cumplido Rúa diez años y ya sus oídos habían recogido opiniones de personas importantes que calificaban a D. Bosco de loco rematado. Sin ir más lejos, el propio Capellán de la Fábrica de Armas, compartía este veredicto extendido por todo el clero turinés. «Gli ha dato volta il cervello». Expresivo giro lingüístico que al chico le hizo llorar, según propia confesión, al igual que cuando murió su padre. «Si se hubiese tratado de mi padre, quizás no hubiese sido mayor mi tristeza».

Durante el curso 1848-49, Miguel fue alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Su madre trataba de prepararle para que siguiera los pasos en el trabajo del difunto marido, Juan Bautista Rúa. Pero el tren, conducido por mano divina y misteriosa, entraría bien pronto en cambio de agujas...

Entre los sacerdotes que se turnaban en la celebración

eucarística y en las confesiones de los chicos en una cercana capilla, se encontraba D. Bosco.

Recuerdo —dice Rúa— que cuando D. Bosco llegaba a celebrar la Misa e incluso a predicar algunos domingos, apenas hacía su entrada en la capilla, parece que una corriente eléctrica recorriese a aquellos numerosos chicos. Se ponían en pie, abandonaban su sitio, se apretaban a su alrededor y no quedaban satisfechos hasta besarle la mano. Pasaba un tiempo considerable hasta que lograba llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos se veían impotentes para impedir aquel aparente desorden y nos dejaban hacer. Cuando venían otros sacerdotes, aunque piadosos y venerables, nunca se repetía este entusiasmo. Cuando en las tardes de confesiones nos anunciaban que D. Bosco había venido, los otros confesores se quedaban sin trabajo porque todos acudían a él deseosos de confiarle sus culpas. El misterio de aquel acercamiento hacia D. Bosco consistía en el beneficioso afecto que le guardábamos en nuestra alma.»

El anzuelo.

El lucio busca y acosa a la rana. El verdel a la anchoa. El pangolín a la hormiga. El abejaruco a las agridulces moras de la morera. La gaviota arenquera persigue a la saladita sardina...

No le demos vueltas. Hay caminos ya trazados minuciosamente, por donde se ha de caminar.

Rúa estuvo dos cursos en la Escuela de los Hermanos, donde tanto se le quería. El chico parecía un señorito por su limpieza exterior, por sus modales, por su distinción. Hay millonarios que siempre serán catetos vestidos de lim-

MIGUEL RÚA Y EL MOZO DE ESPADAS

José María Requena, poeta, periodista y buen antiguo alumno, ha escrito un libro lleno de emoción: «Gente del toro». Nada del hermoso y complejo planeta taurino —término consagrado por el Sr. Cañábate— escapa a su certera penetración...

Analiza naturalmente la figura del mozo de espadas —«el mozo de espás»—. Las denominaciones taurinas suelen ser lacónicas: diestro, tercio, «picaó», «apoderao», sobresaliente, faena, paseíllo... Mozo de espadas es lo más que se despacha en punto a títulos y palabras. El mozo de espadas es una especie de Sancho que va tras su héroe soñador, héroe que pisa los terrenos resbaladizos de la gloria y calza unas zapatillas a las que sólo le faltan las alas. Esa sombra del ídolo, del diestro, tiene por misión cuidar de los imprescindibles paños calientes de los que tienen urgente necesidad hasta los más altos protagonistas de la Historia. Por eso, en la maleta del mozo de espadas hay cerillas, cigarros, pastillas, calmantes, tijeras, caramelos de menta, grandes pañuelos, mariposas para las lamparillas de aceite, una agenda con direcciones y números de teléfono y otros adminículos a los que el maestro, con sus oros y sus angustias, nunca puede prestar personal atención.

He aquí el papel de Miguel Rúa: modo de espadas. Allá irá con su Maestro, muy cerquita de él, de sus calvarios y tabores. Siempre con la pluma dispuesta, mojada,

pió. La elegancia es algo sobre todo espiritual y aun entre pobrecitos encuentra de vez en cuando buen asilo.

El Profesor y Director de Miguel llevaba su mismo nombre y trataba por todos los medios de ganarlo para su causa. Bien pensado. Dentro del misterioso mundo de las vocaciones, no sabemos los insospechados alcances del astuto pescador con su esparavel a punto. Sondeos hechos sobre el particular, han dado como fruto libros en los que se recogen confesiones impresionantes de eclesiásticos que en la actualidad ocupan cargos de relieve y gozan de gran prestigio.

— Ya veremos, Hermano Miguel. Si el próximo curso usted continúa en Turín, solicitaré pertenecer a su Congregación.

Había oído Miguelito rumores de que a su Director lo iban a trasladar a otra localidad. Por esto, con diplomacia en la que son catedráticos algunos chicos, iba dándole larga al planteamiento definitivo de un asunto tan serio.

No había duda: el corazón de Miguel Rúa estaba ganado por D. Bosco y latiendo a su compás, en «vivace», estaría durante cuarenta años fecundísimos. El santo turinés, en tanto, soñaba y soñaba. Soñaba en la cama.

Uno de aquellos sueños que, coleccionados, han formado un respetable y sorprendente libro. El advertía a los suyos que si no querían prestarle mucho crédito a sus nocturnas visiones, hacían muy bien porque estaban en su derecho. Lo bueno es que aunque los incrédulos y escépticos se mantuvieran en sus trece, muchos sueños resultaron proféticos y a más de un personajillo se le ponía luego la carne de gallina.

Le pareció al santo verse en un jardín encantador. La Reina de los Cielos le mostraba un camino de rosas bajo un copioso emparrado. D. Bosco comenzó a caminar, no sin antes descalzarse para no marchitar las hermosísimas flores. Oía a su alrededor algunos comentarios:

—Mira, mira, D. Bosco camina sobre rosas.

Pronto sus pies sintieron las punzantes espinas. Hubo que ponerse el calzado. Los acompañantes de un principio comenzaron a abandonarle hasta dejarlo completamente solo. D. Bosco lloraba desconsoladamente...

Su desconuelo se vio compensado por un grupo de sacerdotes, estudiantes y seglares, que apareció ante su vista ofreciéndole apoyo incondicional.

—Don Bosco, somos suyos. Estamos dispuestos a seguir sus pasos.

Capitaneando el cuadro de trabajadores de la viña salesiana, D. Bosco había visto sin lugar a dudas a Míguelito Rúa.

Este sueño, que el mismo santo calificó de visión auténtica, se encuentra en el tercer tomo de las Memorias Biográficas.

D. Bosco, apenas concluidas las clases que recibía Rúa y en las que hacía acopio de muy interesantes conocimientos, encontró a su amiguito y no en sueños precisamente sino de tú a tú, entró en diálogo cariñoso con él.

—¿Cuáles son tus proyectos, Miguel?

—Quiero entrar en la Fábrica de Armas para comenzar a corresponder así a los sacrificios de mamá que son muy grandes.

—¿Te gustaría continuar estudiando?

—Claro, pero...

—¿Y si te entregaras al Señor comenzando enseguida el estudio de latín?

—¿Dice si me gustaría?... Pienso en mi madre.

—Habla con ella. Ya veremos qué resultados obtenemos.

La madre de Rúa vio los cielos abiertos y no dudó un solo momento en su decisión positiva.

El Hermano Miguel había sido trasladado a otra localidad y Míguelito se entregaba a D. Bosco para ser moldeado por sus manos como cera blanda, dócilísima...

MIGUEL RÚA Y LOS LATINES...

Me gusta acercarme a la gente del pueblo, la que lucha con denuedo y con ingenio por su diario companage. Les aseguro que muchas veces, esta conversación a la pata la llana, sin citas ni erudiciones farragosas, resulta de más enjundia que la de todo un encopetado conferenciante.

Una tarde de justiciero calor veraniego, acompañé a uno de estos pacientes pescadores de cangrejos, que en la época propicia llegan a embolsarse hasta mil quinientas pesetas diarias. Parece increíble que el velludo y nervioso crustáceo, arrinconado en sus características cuevecillas roqueñas, pueda dar de comer a toda una familia numerosa.

Acompañando al cangrejero comencé mi tiroteo de preguntas. Preguntas y respuestas fueron consumiendo su cupo al igual que las colillas de mi improvisado amigo. Hasta que el silencio de mi contemplación se instaló a gusto entre ambos. Una especie de exorcismo hecho con residuos de sardinas a la boca misma de la cuevecilla, pone ya nervioso al rápido cámbaro que indudablemente adivina alguna visita agradable. Enseguida un cangrejo pequeño ensartado en una caña y bien sujeto a ella con un alambre, comienza a ejecutar bajo la batuta del pescador una tentadora danza como de vals marinero... El habitante velludo y hermoso no tarda en salir fulminante con ganas de atrapar a su pequeño congénere. El tirón de la caña pone a la pieza a

tiro de ser capturada. Es entonces cuando la mano segura, maestra, del cangrejero, se cierra fuertemente evitando la posibilidad de que las implacables pinzas del cangrejo se claven con fenomenal coraje en la yema de algunos de sus dedos, con lo que las ganas de pescar cangrejos desaparecerían casi seguramente por unas cuantas semanas...

Contemplando esta operación, repetida un día y otro durante largas horas, a veces nocturnas, supe por boca de uno de estos originales trabajadores de bajura, que hay cangrejos que saben latín y otros que estudian para catedráticos. Y conste que no invento.

Estos hombres jamás habrán leído artículos de D. Leopoldo Eulogio Palacios ni habrán hojeado los fenomenales diccionarios del llorado Cardenal Bacci ni estarán informados de reyertas significativas de años atrás entre eruditos monseñores. Pero el caso es que hasta las cangrejeros conocen por lo visto que saber latín ha sido siempre sinónimo de alta ciencia y refinada astucia. Existen modernos destructores del latín. Seguramente deben conocerlo poco. Son personas que solamente tienen interés por lo que sirve, por lo directo, por lo que se consume, por lo que aporta beneficios...

De verdad, esas personas que desprecian el mundo clásico, no saben lo que se pierden.

Miguelito Rúa la emprendió con la gramática latina. Y no fue mucho su éxito inicial, precisamente. Su primer maestro fue Félix Reviglio. Se trataba de un alumno algo mayor que en las vacaciones de 1850 tuvo bajo su dependencia a algunos compañeros suyos a los que D. Bosco había echado el ojo para convertirlos en colaboradores de su causa. Reviglio llegó a ser sacerdote, y de los buenos, y proclamaba sin empacho que todo se lo debía a D. Bosco sin excluir la camisa... Sustituyó en una vetusta parroquia al Padre Vicente Ponsati, uno de aquellos dos reverendos

que intentaron con pésima fortuna mandar a D. Bosco al manicomio.

Cuando el santo pidió cuentas a Reviglio de sus clases de latín, la decepción no fue pequeña... Rúa resultaba, a juicio del joven profesor, el peor de todos, el que menos esperanzas ofrecía para el futuro. José Buzzetti, compañero de Rúa, le comunicó al propio interesado la noticia desazonadora. Miguelito escuchó asustado y pensando en el disgusto que D. Bosco recibía por su causa. El cambio fue repentino y el fervor por el estudio le puso ya para siempre a la cabeza de todos sus posibles competidores. ¿Había sido despiste, falta de entrenamiento, «vaguitis»?... Sólo podemos afirmar que Miguel Rúa a lo largo de toda su vida brillaría por su espíritu reflexivo, por su talento indudable, por su aprovechamiento del tiempo de forma que nos deja profundamente impresionados.

Un vaso de buen vino.

El Dr. Fleming afirmó en Jerez de la Frontera que su penicilina podía sanar a miles de enfermos pero que el vino jerezano resucitaba a los muertos.

En Castelnuovo, afirma Amadei, biógrafo de Rúa, era más fácil invitar por entonces con un vaso de vino que con uno de agua. Por eso, en septiembre de aquel año, los chicos que D. Bosco seleccionaba entre los mejores para pasar unos días junto a su casita nativa de I Becchi, pidieron una «convidaíta» a un improvisado cantinero.

Nada menos que Juan Cagliero se llamaba aquel cantinero... Muchacho vivo, algo más joven que Miguel. Pasaba casi todo el día en la parroquia donde prestaba servicios indispensables como el de sacristán y campanero y recibía algunas clases a la hora más cómoda para el sacerdote coadjutor.

Cagliero llegaría a ser el primer Cardenal salesiano, misionero en tierras de América hispana y músico dotado

de ese divino premio gordo de la inspiración —en la que muchos tunantes no creen porque nunca la tienen— que en ningún libro de texto se aprende por más que uno se empeñe en ello...

D. Bosco había convertido en pequeña capilla dedicada a Nuestra Señora del Rosario una de las habitaciones de la casa levantada por su hermano José y allí peregrinaba con sus mejores chicos con motivo de la fiesta mariana del 7 de octubre.

Juan Cagliero fue asaltado por los mayorcitos que le suplicaron en calidad de amo de la situación, que les invitara a un traguillo de buen vino blanco. Pensó Cagliero que el párroco hubiera asentido de estar allí y sin más requisitorias comenzó el generoso reparto.

La cola se hacía larga, interminable. Tenía trazas de no acabar nunca... Apareció Rúa. Cagliero advirtió el candor angelical, según propias palabras suyas, de aquel chico tan atildado y limpio. Aprovechando la ocasión, interrumpió el reparto del vinillo blanco y preguntó a Miguel por su nombre, intercambiando con él palabras de saludo. Invitó a Rúa, pero a beber... agua. Con esta salida-se cerró la cantina y se dio por finalizada la degustación.

Curiosa esta ocasión en la que dos futuros pilares de la Congregación Salesiana se conocían, aún niños, gracias a un supuesto vaso de vino piamontés.

Recordó siempre Rúa aquel verano, sobre todo por unos Ejercicios Espirituales a los que había sido admitido a pesar de que los ejercitantes eran muchachos de más de diecisiete años. D. Bosco, en el sermón de los recuerdos, insistió una y tres veces en la importancia de no abandonar el día de retiro mensual dedicado completamente a revisar y enderezar las cosas del alma.

D. Bosco necesitaba brazos. Pero sus:rméhtos de encontrarlos iban fallando de forma que a cualquiera hubiesen desanimado. Siempre acababan abanefehándole, tomando caminos distintos aquellos chicos en los que había puesto confianza especial y con los que había soñado para su gigantesca obra de regeneración juvenil.

Pero Rúa no falló, no podía fallar. No fallaría jamás. Su hermanito Luis Tomás moría a los diecisiete años, dejándole sumido en la más abrumadora tristeza. D. Bosco quería mucho al hermano de Miguel y no escatimó elogios ni oraciones en el Oratorio apenas se enteró de la noticia. También los Hermanos de las Escuelas Cristianas habían hecho sus proyectos sobre el futuro de Luis Tomás. Miguel, viendo cómo el cerco familiar se estrechaba dolorosamente, llegó a figurarse que su fin también estaba cercano. Pero su Director y auténtico Padre, bien pronto disipó con sus prodigiosas artes toda borrascosa perspectiva.

Ya estaba Rúa en manos del Padre Pedro Merla, fundador de la llamada «Familia de San Pedro», en la que se regeneraban jovencitas deseosas de cambiar de vida provenientes de las cárceles. El buen sacerdote se prestó a ayudar al apóstol turinés colaborando en la formación de los alumnos que abrigaban ideales sacerdotales. Pero como ya hemos apuntado, los pájaros acababan siempre por emprender el vuelo, quedando Rúa tenaz en su propósito de no abandonar a D. Bosco.

Sustituyó al Padre Merla el profesor Carlos José Bonzanino. Su alumnos provenían de familias ricas, linajudas. Bonzanino era vocacionalmente un auténtico maestro, dotado de gran habilidad y sentido práctico. Su casa era justamente la que Silvio Pellico habitara durante la redacción de su famosa obra «Mis prisiones».

El Padre Francesia, compañero de Rúa en los años de su primera formación, explica cómo D. Bosco se alegraba

cada vez que de labios del profesor Bonzanino oía que el mejor, el primerísimo sin discusión, era Miguelito Rúa. Cada vez que D. Bosco regresaba de visitar a su formidable Director Espiritual, San José Cafasso, cambiaba impresiones con el prestigioso profesor de Miguel, cuyos fervorosos elogios nunca descendían en entusiasmo...

Rúa no era todavía interno. Comía y dormía en su casa. Pero su jornada estaba totalmente consagrada a Don Bosco. Le ayudaba en el sacrificio eucarístico, le acompañaba a tomar algún ligero refrigerio y estaba siempre pendiente de sus deseos.

De esta generosidad juvenil, que nunca jamás se apagaría, habla la detallada página del ya conocido Juan Cagliero, que traduzco a la letra seguidamente.

«D. Bosco, concedor de sus hermosas dotes y excepcionales virtudes, nos lo había confiado como jefe en nuestras idas y venidas a clase en la ciudad.

Nuestra viveza juvenil, nuestro carácter abierto, nuestra ligereza infantil, contrastaban con la serenidad y firmeza en el deber de Miguel, por lo que no siempre era escuchado y considerado por nosotros.

Pero su ejemplar conducta en la clase, en el estudio, en el mismo recreo, su conversación amable y su piedad fuera de lo corriente en las funciones litúrgicas, constituían para nosotros razón para reflexionar y un fuerte atractivo para frecuentar su compañía, amarle e incluso obedecerle.

La mañana de los domingos se encontraba en medio de nosotros, en el patio, donde nos alegrábamos jugando hasta que D. Bosco, terminadas las confesiones, comenzaba la Santa

Misa. Entonces, Miguel, con un sentido espiritual raro en su edad, se ponía junto al grifo de la fuente para que quienes debían acercarse a comulgar, no bebieran descuidadamente privándose así de recibir al Señor por haber faltado al ayuno prescrito.

Durante el Sacrificio del Altar, él, con su compostura edificante, nos animaba a orar y con caridad nos advertía para que permaneciésemos en recogimiento, y no descuidásemos la acción de gracias.

No todos observaban idéntico fervor. Entonces, si advertía alguna ligereza, susurraba al oído mientras daba unos suaves golpecitos en la espalda: —Dale gracias al Señor, dale gracias al Señor.

Hablando con nosotros nos traía a cuento el amor grande que D. Bosco tenía a los jóvenes del Oratorio, en especial a aquellos que estaban empeñados en el estudio y nos recomendaba que también nosotros le amásemos, le venerásemos y asistiésemos a sus enseñanzas.

Era delicadísimo y no consentía conversaciones libres o peligrosas entre los aprendices, tanto internos como externos. Y mucho menos que las hubiera entre nosotros, que éramos aspirantes al sacerdocio y los primeros estudiantes de la Casa de D. Bosco. Como el pequeño Samuel, Miguel crecía en edad y gracia bajo la dirección de D. Bosco junto al Señor y junto a nosotros, compañeros suyos de estudio y vocación».

MIGUEL RÚA Y LAS ACEITUNAS

Un poeta amigo, al margen de su actividad de abogado en ejercicio constante, escribe libros de lírica exquisita que han merecido importantes premios, lo que no es impedimento para que entrando con paso decidido por el alucinante mundo del flamenco haya conquistado el Premio Nacional de Poesía Flamenca. Repasando cuartillas de su fecundo y gracioso cancionero andaluz, escondido en apretadas carpetas, encontré estos versos:

«Contigo a la *eterniá*
aunque tan sólo comiera
acitunas aliñas»...

Estoy segurísimo de que si pudiera haberse arrancado Miguelito Rúa con algún buen son de los que por docenas anidan en el alma andaluza, no hubiese dudado en echar mano de los salerosos versos. Con D. Bosco, en efecto, iría Rúa hasta la «eterniá». Lo de las «acitunas aliñas» iba a ser dificultad pequeñísima. Los estómagos de ambos estaban ya sometidos a tal régimen de austeridad que las «acitunas aliñas» —sabrosísimas por ciertas tierras españolas— iban a constituir auténtica gollería para su mesa.

Quince años contaba Miguel cuando acompañado por un grupo de condiscípulos y bajo la guía de su Director y de la madre de éste, la santa y trabajadora Mamá Marga-

rita, se dirigieron al caserío de I Becchi para vestir por primera vez la sotana. Diecisiete años antes, el Padre Antonio Cinzano había llevado a cabo una ceremonia idéntica con un joven soñador llamado Juan Bosco Occhiena. Ahora se trataba de dos alumnos del atrevido apóstol turinés: Miguel Rúa y José Rocchietti. Cuando acabó la bendición e imposición de las sotanas, el Padre Cinzano confesaba festivamente al oído de su amigo Bosco, una vez sentados a la mesa:

—¿Recuerdas aquellas palabras que repetías entonces? Tendré estudiantes y clérigos y sacerdotes, tendré músicas y hermosas iglesias. Yo te decía que estabas loco... Ahora veo que sabías realmente lo que decías...

Rocchietti, con el paso de los años, se pasaría a la diócesis, debido a sus continuas y molestas dolencias. Fue ordenado sacerdote, y apenas le fue posible, dio su nombre a la Sociedad Salesiana, mereciendo el afecto general. A su muerte, en 1876, fue el propio D. Rúa quien se encargó de tejer su oración fúnebre.

—Mi querido Rúa, le había advertido D. Bosco. Comienzas una vida nueva. Pero has de saber que antes de la Tierra Prometida es preciso atravesar el Mar Rojo y el Desierto. Si me ayudas, uno y otro lograremos nuestro empeño.

Con el número 37 entraba Miguel en el internado del Oratorio.

Fue un 24 de septiembre. Número 24 que va grabado a fuego en toda alma salesiana porque se asocia a la entrañable devoción a María Auxiliadora. No sentó bien en casa la noticia. Los hermanastros se soliviantaron. ¿Quién le había mandado a Miguel meterse en aquellos líos? Además de pensar en ser sacerdote, se unía de por vida a un «prete» sin una gorda en el bolsillo. ¿Por qué no habría Rúa de trabajar como ellos en las ocupaciones heredadas de su padre?

Poco iban a poder estos malos humores contra la decidida voluntad de Miguelito. Su vocación estaba más que enfocada y en ella había puesto su valioso grano de oro el consejero de D. Bosco, el santo Director de conciencias Padre Cafasso.

—Del jovencito Miguel Rúa —repetiría el Cardenal Cagliero— no se dirán nunca demasiadas cosas buenas.

Y el primer Doctor en Letras de la Congregación, Don Juan Bautista Francesia, que llegaría a ser confesor del Primer Sucesor de D. Bosco, afirmaba:

—Desde que era joven se corría la voz en el Oratorio de que Rúa era santo como D. Bosco. Sólo había una diferencia: D. Bosco era un santo maduro y Rúa un santo joven, pero la virtud de uno y otro era la misma.

Francesia, muerto con más de noventa años, ha sido uno de los firmes pilares al tratarse de construir una biografía fundamentada en serios testimonios.

Rúa escogió a Félix Reviglio como monitor secreto. Algo así como un exigente corrector de imprenta de su vida de internado.

D. Bosco luchaba a brazo partido per salir adelante con sus obras, recabando fondos económicos y sin dejarse amedrentar por las increíbles dificultades que le salían al paso. Eran las espinas del sueño revelador. Espinas que en manera alguna fueron simbólicas..., sino muy reales y punzantes.

En medio de un ambiente familiar, confiado y alegre, donde reinaba el amor y la piedad sacramental, el afán de estudio y los ideales de un juvenil apostolado, el alma del primer clérigo de D. Bosco se iba troquelando, entrenando, para las importantes bregas de no muy lejanos años de trabajo intenso y fecundo.

A raíz de su vestición de sotana, quedó bien claro para Rúa aquel gesto con el que D. Bosco, años atrás, cuando se dirigía a la Escuela de los Hermanos, pretendía rega-

larle la mitad de su mano. Estaba seguro, y su propio Director emocionadamente se lo acababa de explicar, de que algún día dividirían el pan, el sudor, el trabajo, las preocupaciones, las alegrías y las cruces a partes iguales...

Una promesa tranquilizadora.

Año de 1853. Se celebraba el cuarto centenario del milagro del Santísimo Sacramento.

Hacia 1453 unos ladrones habían profanado la Eucaristía en una iglesia del Alto Piamonte. La cabalgadura en que llevaban las sagradas especies se negó a caminar y ante una multitud grande y asombrada que se había congregado junto al Ayuntamiento, la Sagrada Forma se mantuvo en los aires durante algunas horas. El Obispo allí presente recibió finalmente en su patena el Cuerpo del Señor, levantándose en recuerdo del portento un hermoso templo en aquel lugar, llamado del Milagro del Santísimo Sacramento.

D. Bosco había publicado recientemente en uno de sus fascículos de las «Lecturas Católicas» noticias históricas sobre el hecho impresionante. El éxito de la obrita había sido considerable, al igual que ocurría con todos sus escritos populares, redactados en su gran parte a altas horas de la madrugada.

Rúa fue a buscarle un día a la casa de campo del profesor Mateo Picco, donde solía refugiarse el santo de vez en cuando en busca de algún sosiego para su espíritu y también sus fuerzas físicas, intercambiando así impresiones relacionadas con el mundo de la Historia y de la Literatura.

No iba solo Rúa y entre sus compañeros y los dos amigos que gozaban de la paz campesina, pasaron un alegre rato de esparcimiento. Al regresar, D. Bosco le dijo a Miguel:

—Cuando se celebre el noveno cincuentenario de este milagro en 1903, ya no existiré yo. Pero tú vivirás todavía.

Desde ahora mismo te encomiendo el encargo de volver a publicar mi opúsculo...

—Con mucho gusto. ¿Pero y si la muerte me jugase una mala partida?

—Queda tranquilo. La muerte no te dará ninguna broma de mal gusto y podrás perfectamente cumplir mi encargo.

Le faltó tiempo al muchacho para quedarse con un ejemplar y comenzar a creer a pies juntillas que al lado de D. Bosco le restaba por delante una larga vida.

Razones no le habían faltado para inquietarse. Juan Bautista, único hermano superviviente del segundo matrimonio de su padre, acababa de fallecer a los veintitrés años.

Entretanto, los libros eran los grandes amigos del joven clérigo. El nuevo profesor que se encargó de orientarlo fue el ya citado D. Mateo Picco. Le vio entrar por sus puertas y recibió un alegrón de los gordos, ya que aceptando a los alumnos de D. Bosco, el amor propio de éstos y su espíritu de trabajo servirían de ejemplo y estimulante para los otros que ya recibían clases en la propia casa del profesor Picco.

Miguel iba cosechando por todas partes éxitos escolares y su intachable conducta merecía el elogio de todos. Progresaba salvando exámenes y capacitándose cada vez más y a conciencia para sus futuras responsabilidades...

Por la puerta grande.

«La noche del 26 de enero de 1854 —escribe Miguel Rúa— nos reunimos en la habitación de Don Bosco: Rocchetti, Artiglia, Cagliari y Rúa. Se nos propuso hacer, con el auxilio divino y de San Francisco de Sales, una prueba práctica de caridad hacia el prójimo, para formular posteriormente una promesa y si fuese conveniente y posible, emitir votos al Señor. A partir de aquella noche se le

puso el nombre de *Salesianos* a quienes estuviesen dispuestos a llevar a cabo tal apostolado.»

Todo el mundo sabe la especial predilección de Don Bosco por el santo obispo de Ginebra, la lectura de cuyas obras todavía nos llena de sorpresa agradabilísima. El propio Oratorio de Valdocco estaba a él consagrado.

Salvando las infinitas distancias, D. Bosco fundaba su obra gigantesca, universal, sobre la roca de Miguel Rúa, al igual que Jesús lo hiciera sobre la de Pedro. Aquel racimo de muchachos bien dispuestos hacía vida normal entre sus camaradas pero con intención de ejemplaridad bien acentuada. Ya entonces la actividad de Rúa comienza a llamar poderosamente la atención.

En 1848, el Seminario turinés había sufrido un definitivo cerrojazo. Los doscientos alumnos, mezclados en conflictos políticos y dejando a un lado las indicaciones severas del Arzobispo, se encontraron con la decisión tajante del Prelado que contaba en su diócesis con dos seminarios más. El edificio magnífico acabó por recibir entre sus paredes como inquilinos habituales a un buen grupo de soldados.

Las clases de Miguel tenían lugar en instalaciones deficientes y por pocas horas diarias. No llenaban sus deseos de aprovechamiento y seria preparación. Por su cuenta y riesgo se dedicó a ampliar estudios y a multiplicarse en un sinnúmero de actividades que llegaron a rebasar con creces sus fuerzas juveniles.

Rúa dominaba la lengua griega. Rúa era el ángel tutelar de los alumnos del Oratorio. Rúa se encontraba de responsable en el estudio y en el patio y en la capilla. Rúa preparaba clases de Catecismo. Rúa cuidaba la incipiente biblioteca del colegio. Rúa era el secretario obligado de D. Bosco que a él confiaba los endemoniados manuscritos de sus libros y publicaciones, plagados de notas y rectificaciones. Rúa ayudaba en los nuevos Oratorios que su Di-

rector iba multiplicando, sobre todo en el de S. Luis Gonzaga, cerca de Porta Nuova, en una punta de la ciudad. Díganme si esto no se llama pluriempleo...

El santo sacerdote fue encontrando la forma de hacerse ayudar eficazmente por eclesiásticos amigos de su obra y por lo más granado y selecto de sus propios hijos.

Semejante tren de vida parecía dar al traste con la salud quebradiza de Miguel. Así lo advirtió Cagliero a D. Bosco:

—Este Rúa se va a matar...

Efectivamente: los días festivos el muchacho hacía hasta doce kilómetros andadito, desde Valdocco al Oratorio de San Luis y desde éste a Valdocco. D. Bosco puso remedio haciendo que permaneciese al mediodía en su lejana residencia y añadiese a su frugal almuerzo una sopita caliente.

Afirma al P. Ángel Amadei que de no haber intervenido su compañero y amigo Cagliero, Miguel hubiese callado. Padecía impertinentes jaquecas y llevaba una vida de auténtico sacrificio.

No había transcurrido mucho tiempo desde que Rúa había abandonado las aulas del profesor Bonzanino cuando se le encomendó volver a ellas pero ya en calidad de maestro.

Había sido introducido el nuevo sistema métrico decimal y según palabras del P. Francesia, el barullo de ideas que la determinación causaba entre la juventud y el propio pueblo, es indescriptible. D. Bosco había compuesto una pieza teatral para tratar de explicar graciosamente aquellas medidas y pesos. Rúa fue designado por él para ayudar al profesor Bonzanino en la tarea ingrata de hacer comprender a sus alumnos dicho galimatías aritmético... Sus antiguos compañeros le vieron llegar con alguna extrañeza. Rúa no se anduvo con muchas contemplaciones y advirtió desde el principio que a pesar de ser amigo de todos, lo habían colocado en aquel puesto con misión de enseñar y esperaba

verse correspondido por alumnos atentos, sumisos y diligentes...

Su eficacia, seriedad y competencia fueron más que suficientes para ganarle la atención deseada. ¿Qué podía pedir el santo a aquel jovencito —que llegó a ser llamado el Primogénito de D. Bosco— que no hallase inmediata respuesta en su corazón generoso?...

La entrega definitiva.

El verano de 1854 fue trágico y doloroso para Turín. Una epidemia de cólera sembró de centenares de muertos la ciudad, al igual que ocurría en otros muchos puntos de Italia y Europa.

D. Bosco ofreció su vida a la celestial Madre de Dios con tal de que ninguno de sus hijos fuese dañado por el terrible azote. En el grupo de alumnos mayores que se ofrecieron para resistir a los apestados, no faltó, como puede suponerse, Miguel Rúa. Acudían a buhardillas infectas, a casas particulares, a improvisados hospitales. En una de aquellas ocasiones, nuestro muchacho hubo de correr con diligencia huyendo de una lluvia de piedras que unos golfos quisieron regalarle.

Con un agradecido *Te Deum* acabó todo el 8 de diciembre. D. Bosco se había salido con la suya: ni uno solo de los suyos había sido atacado de cólera y él mismo una noche apenas conoció síntomas muy ligeros.

Eran fechas claves para la obra salesiana. El adolescente más joven que ha subido a los altares —sin cumplir los quince años y sin sufrir el martirio cruento— Domingo Savio, discípulo más que predilecto de San Juan Bosco, no cabía en sí de gozo uniéndose a la proclamación universal del Dogma de la Inmaculada Concepción de María. Domingo era fundador de una sociedad llamada Compañía de la In-

maculada, en la que, bajo un exigente reglamento, ingresaban compañeros que se comprometían decididamente a ser levadura en la masa.

Poco más adelante, en la fiesta de la Anunciación del año 1855, Miguel Rúa, a solas con D. Bosco en su cuarto y arrodillado fervorosamente, formulaba privadamente sus votos de pobreza, castidad y obediencia por un año, para renovarlos trienalmente al año siguiente.

La incipiente Sociedad, en la que no se hablaba de noviciados y otros términos que sonaran a tradicionales esquemas, pues los tiempos eran furibundamente anticlericales, y cuya fundación le había sido sugerida a D. Bosco incluso por elementos nada adictos a la Iglesia, cobraba su mejor pieza en Miguel, estudiante por entonces de segundo curso de Filosofía.

Su mirada no se apartaba de su joven y santo maestro, cuya sola presencia y actuación valían por una tanda de Ejercicios Espirituales. D. Bosco no escatimaba elogios en honor de su futuro sucesor e incluso llegó a asegurar —como consta por testimonio de Cagliero— que Rúa, de haberlo querido y pedido al Señor, sin duda hubiese obrado milagros.

Algo sobrenatural y admirable veía el Fundador de los Salesianos en su primer hijo. A él encomendaba las papeletas más duras y dificultosas, las responsabilidades más delicadas, confiando plenamente en la madurez y seriedad del joven, que por especial designio del Señor fue elegido entre sus numerosos hermanos de sangre, todos desaparecidos en años tiernos, para dirigir una embarcación formidable, de gloriosas y evangélicas singladuras, que sería amada a través de los tiempos con amor de predilección por la Iglesia.

Les aseguro a ustedes que Rúa, si hubiera sentido en el alma el pellizco del «Camarón de la Isla» o de «Fosforito», un buen día hubiera sentado a D. Bosco en un sillón y a los sonos de una guitarra templada con duende, se hu-

biera arrancado de esta guisa para expresarle el inquebrantable deseo de no apartarse de su vera:

«Contigo a la *eternía*
aunque tan sólo comiera
acitunas aliñas»...

MIGUEL RÚA Y EL SIFÓN

Se ha dicho y escrito multitud de veces que al español le encantan el sifón y el pero. El pero, no como postre, sino como conjunción adversativa. Tanto el pero como el sifón son utilizados para rebajar y empobrecer méritos ajenos. Es el chisguete que mana violento del manantial secreto de la envidieja...

Qué bien torea ese muchacho, pero... se ha casado con una cacatúa.

Qué canción más bonita, pero... la canta en español.

Será estupendo el coche, pero... no sé yo cuándo va a pagarlo...

Por confidencia epistolar sé de un Premio Nacional de Literatura que muchos incalificables envidiosos demuestran ignorarle a conciencia y silencian una y otra vez sus muchos méritos, pretendiendo desconocer el entusiasmo constante del escritor galardonado y su lista pasmosa de primeras distinciones. Es la envidia amarilla, flaca, desasosegada... Muerde y ataca con ferocidad terrorífica, la misma que estilan las oreas que navegan por los mares del Norte.

¡Ay si Miguel hubiese echado mano del sifón! Innumerables aciertos y conquistas de D. Bosco le tuvieron como principal mano de obra. Pero Miguel era sencillo y humilde como algunos ni imaginan siquiera y se entregaba en manos de su Padre como dócil pañuelo, ignorando almidones y tiesuras...

Por eso, Rúa mereció un buen premio, no pequeño ciertamente.

Una mañana de febrero de 1858, ambos inseparables amigos partieron hacia Roma. D. Bosco se proponía hablar por vez primera con el Vicario de Cristo que era entonces Pío IX. Sufrió en el camino esos terribles e incomparables males que el mar regala a los inocentes viajeros no avezados a esos troles.

De esta visita a la ciudad santa se conserva una simpática crónica que el Santo prepararía seguramente para sus hijos de Valdocco. La formación de uno y otro era, literaria e históricamente, clásica y no nos extraña que dos almas tan finas y sensibles quedaran sobrecogidas y hasta silenciosas ante las bellezas y los recuerdos de la Roma pagana y cristiana.

El 9 de marzo, justamente cuando se cumplía el primer aniversario de la muerte del santito Domingo Savio, D. Bosco y su acompañante fueron recibidos por el Papa. Cuenta el viajero que cuando se le dio la orden de entrar en la cámara pontificia, tuvo que hacer un serio esfuerzo para no perder el juicio. Precisamente en el camino habían encontrado a un jovenzuelo que les pedía limosna pretextando ser huérfano de padre y que su mamá tenía cinco niñas y que él hablaba italiano, francés y latín. D. Bosco, maravillado, le había hablado en francés, recibiendo por toda respuesta del tunantillo un sí continuado sin entender ni jota; luego fue invitado a hablar en latín y el chico soltó esta retahíla que D. Bosco apuntó en su crónica: «Ego stabam bene, pater meus mortuus est l'annus passatus. Et ego sum rimastus poverus». Etc., etc. Naturalmente, la risa no la pudieron aguantar y todo se terminó socorriéndole con algo e invitándole a no ensartar tan solemnes trolas. D. Bosco ante Pío IX, habló más que el políglota mendicante. Al principio, el nombre del santo fue equivocado, pero el fallo duró poco. El Papa mereció en la cro-

niquilla del Fundador los adjetivos más entusiastas. Acentuaba el aspecto más afable y digno de veneración que pintor alguno pueda trasladar a un lienzo.

D. Bosco le habló de sus cosas, de sus proyectos, de sus hijos, de sus dificultades. Le presentó una colección de sus «Lecturas Católicas» preparadas por los propios alumnos del Oratorio. Todo fue cordialidad en dicho encuentro. También el Papa se interesó por Rúa y sus estudios. Este besó dos veces la mano del Pontífice, una por sí mismo y otra en nombre de sus compañeros, a quienes se lo había prometido. Hubo medallas de Pío IX como obsequio y recuerdo de la audiencia. Haciendo salir a Rúa, D. Bosco intimó con el santo Pontífice, que distinguió ya siempre al humilde sacerdote con un afecto de verdadera predilección, allanando escollos y facilitando la definitiva aprobación de la Sociedad Salesiana, como él quiso llamarle entonces.

Con una bendición especial, cuya fórmula latina recoge D. Bosco en sus apuntes del viaje, salieron radiantes del Vaticano con una imperecedera impresión en el alma.

El 21 de marzo siguiente, el Papa llamaría a D. Bosco en audiencia privada y después de empaparse de la trayectoria sobrenatural de su obra, aconsejaría al santo pusiera por escrito todo aquello, incluidos los «sueños». En 1867 el consejo se transformó en obediencia, gracias a la cual podemos gozar con la lectura de unas Memorias del Oratorio que van desde 1825 a 1867, ricas en noticias prodigiosas y que constituyen un documento de primer orden.

Con la alegría de que el Romano Pontífice aprobaba en principio la idea de fundar una Sociedad en favor de la juventud abandonada, los dos viajeros asistían gozosos a la función del Domingo de Ramos, día 28 de marzo, en San Pedro de Roma y en un lugar de privilegio.

De la mano de Pío IX recibieron las palmas cimbreantes los dos anonadados peregrinos. Junto a D. Bosco, un

protestante inglés de gran relieve exclamaba oyendo a un chico de la Capilla Sixtina que cantaba en solitario:

—Después de esto, al Paraíso.

Dos meses estuvieron en Roma Maestro y discípulo. Rúa aprovechaba ratos libres pasando a limpio un trabajo de su Director sobre el Mes de Mayo y se ganaba el afecto de todos los eclesiásticos que conoció en los lugares de alojamiento.

Todavía el 6 de abril, una semana antes de partir para Valdocco, D. Bosco fue recibido por el Pontífice como en señal de despedida. También Rúa participó en la entrevista y volvieron a Turín con halagüeñas perspectivas sobre el futuro de la Congregación.

El mar estaba tranquilo y el viaje resultó más agradable a la vuelta que a la ida. El Oratorio había cambiado entre tanto de aspecto totalmente. D. Víctor Alasonatti, tres años mayor que D. Bosco, había renunciado a sus comodidades en el mundo y a su puesto de profesor titulado en el que llevaba cerca de veinte años para convertirse en el primer sacerdote colaborador de la obra de su amigo. Fue un hombre trabajador, capaz de pasar noches en blanco repasando asuntos que poner al día.

D. Víctor había sido la mano rectora del Oratorio durante los dos meses en que D. Bosco y Rúa habían estado ausentes en Roma. Todo había sido animado por un aire serio, envarado, como de cuartel, y el espíritu familiar y santamente alegre que D. Bosco había influido en su casa, había desaparecido. Se propuso, con tacto, volver a recobrar lo perdido apenas puso pie en Valdocco. Aquella severa disciplina no estaba muy en consonancia con sus ideas y experiencias pedagógicas. Fue Miguel Rúa el que volvió a su puesto de responsable en la sala de estudio, en el comedor, en la marcha de las aulas, en la presidencia de la Compañía de la Inmaculada.

El Padre Julio Barberis, columna de sustentación en la

dirección espiritual de la futura Congregación, decía que ya desde clérigo Rúa compartía con D. Bosco la dirección del Oratorio turinés.

Madre muerta, madre puesta.

Antes de este inolvidable viaje, D. Bosco y su bulliciosa grey habían perdido a una madre inigualable de gran entereza cristiana. Margarita Occhiena, zarandeada en su vejez por una pulmonía implacable, abandonaba a su querido Juan no sin antes —como había hecho en otras ocasiones solemnes de la vida de su hijo— regalarle como única herencia sus preciosos consejos maternos.

El corazón del santo sacerdote quedó herido de la más intensa pena porque en Mamá Margarita había encontrado el primer rodrigón y ángel tutelar. El recuerdo de su madre, pobre, trabajadora, viuda, generosa hasta ser capaz de abandonar la quietud de sus campos y la casita donde nacieron sus hijos para entregarse a una tarea comprometida y tachada por unos y otros como disparatada, jamás se borraría del espíritu de Juan, siempre dócil y respetuoso para con aquella mujer de escasas letras y corazón sin medida...

La madre de Rúa, Juana María Ferrero, había desplegado toda su solicitud y cariño desde que la madre de D. Bosco había caído enferma para no levantarse más. No le faltó su asistencia hasta que expiró. ¿Quién mejor que ella podía sustituir las manos incansables que cuidaran la comida y el huerto y la ropa?...

Estaba entre los cincuenta y sesenta años cuando la señora Juana María arremangó el áspero crudillo de su bata de faena y se puso manos a la obra en el nuevo campo de batalla...

Fue digna sucesora. Tenía constitución resistente, paciencia y fe verdadera en la Providencia del Señor.

Miguel se alegraba de tener junto a sí a su madre.

Pero huía de toda excepción que pudiera hacerle aparecer ante sus compañeros como distinguido con especiales atenciones.

Juana María, llevada de su natural instinto materno, hacía de vez en cuando una furtiva visita al pobre rinconcillo donde su hijo tenía la cama y los libros en perfecto orden. Con sorpresa, no exenta de algún pesar, encontraba bien enrollado en un ángulo el colchón de su hijo. A la hora de carearse ambos, Rúa pretendía convencer a su madre de que el colchón no le hacía mucha falta y de que descansaba bien sin él. Buenas son las madres para tragarse sin atragantarse estas celestiales razones... En estas contiendas acabó la mamá por convencer a Miguel de que sus huesos —que llegarían a ser inmortales— debían descansar sobre algo blando y confortable para poder trabajar con bienestar al día siguiente.

A la cama sin cenar.

Poco tenía que ver la táctica pedagógica de D. Bosco con los castigos humillantes. El sistema del santo, basado en cimientos de sentido común, de vida sacramental y evangélica y una amabilidad que conquistaba por completo el corazón, uno a uno, de sus muchachos, huía de todo cuanto degradaba la dignidad e irritaba el ánimo de sus educandos.

Una mañana, Rúa y otro compañero hacían cariñosa guardia junto al Director a la hora del desayuno. Era cosa frecuente este empeño de todos por servirle el desayuno siempre flojillo... El santo puso su reloj, único en la casa de Valdocco, sobre la mesa. Mientras la conversación se iba animando, y D. Bosco apuraba su tentempié, el reloj fue a dar en el suelo desde las manos curiosas y confiadas de Miguel. Cristales rotos y unas palabras, en broma, de Don Bosco:

—Para pagar daños y perjuicios, un mes sin cena.

Aquello era broma, ya que fue pronunciado sin la menor

alteración y sin perder la sonrisa. ¿Cómo D. Bosco, perdonador de muy gordas calumnias, iba a ser riguroso de tal manera con su hijo predilecto que dejaba caer al suelo involuntariamente el único reloj del Oratorio?

Pasados algunos días, D. Bosco hizo una visita de las que honraban a familias ilustres y bien dotadas económicamente, gracias a cuya asistencia podían cancelarse facturas con el panadero, con los albañiles y demás proveedores.

Llevó consigo a Miguel Rúa. D. Bosco celebró la Misa y luego hizo honores a una mesa de bien dispuestos manteles, con la mismísima gloria celestial humeante en las fuentes... Un miembro de la familia tomó del brazo a Rúa y le invitó a cenar aparte con la gente joven. El invitado, contemplando el panorama incitante, dijo que no podía probar ni siquiera un bocado de todo aquel bien de Dios. Se asombró el joven conde y acudió enseguida a pedir explicaciones a D. Bosco. Rúa, respondiendo a las naturales frases de extrañeza, recordó a su Director el incidente del reloj mientras desayunaba.

D. Bosco acabó por invitar a Rúa a cenar tranquilamente. Cena que nada tenía de parentesco con la colación frailuna con que en el Oratorio se engañaba el estómago antes de irse a dormir.

—Hay que tener cuidado cuando se habla con Rúa —afirmó D. Bosco—. Es preciso medir las palabras porque este muchacho es de una obediencia rigurosa jamás vista...

Miguel Rúa, estudiante de Teología.

En el curso 1855-56 había comenzado sus estudios teológicos. Acudía al Seminario del arzobispado y no se encontró tan solo como en cursos anteriores por lo que se refiere a compañeros de fatigas.

El Profesorado era excelente, sobresaliendo el P. Francisco Marengo, de quien D. Bosco dejó escritos largos elo-

gios por su preparación científica, espíritu sacerdotal y virtudes de auténtico apóstol celoso de las almas.

No llegaban a cuatro horas, entre mañana y tarde, las que Rúa empleaba en clases de Ciencias Sagradas. Lo restante, avaro santamente del tiempo, lo empleaba en clases particulares de hebreo como alumno y en otras disciplinas como profesor.

Las predilecciones de Rúa estuvieron siempre centradas en los estudios bíblicos y así lo hizo saber más adelante. El sinnúmero de actividades que tendría que abordar, le impedirían dedicarse plenamente a ellos.

Miguel madrugaba. D. Bosco consentía en que los primeros jóvenes que se alistaban en sus filas, saltaran de madrugada del lecho en lugar de prolongar las horas nocturnas en el estudio. Cagliero nos cuenta cómo dominados por el deseo de aprovechamiento del tiempo se levantaban tempranísimo y después de hacer la limpieza con pellas de nieve, puesto que muchas veces el agua se helaba en la palangana, entraban decididamente en batalla con asignaturas y materias accesorias que cada uno había elegido según personal inclinación y temperamento.

En el Oratorio de Valdocco y en el de San Luis se establecieron las Conferencias de San Vicente de Paúl. Era responsable en el Piamonte el Conde Carlos Cays, que moriría a los sesenta y nueve años en el seno de la Congregación Salesiana después de recibir el Orden Sacerdotal.

Rúa encontró en el puesto de secretario otra actividad en la que conocer y ponerse en contacto con las innumerables necesidades materiales y espirituales de la pobre gente.

Ante la imagen de la Virgen del Rosario, el 8 de diciembre de 1856, un grupo de selectos muchachos formaban una ejemplar Sociedad que pusieron bajo el valimiento de la Virgen Inmaculada. Entre otras cosas, estos primeros miembros de la Compañía se comprometían a observar con

escrúpulo el horario del Oratorio, ocupar el tiempo sin conceder ni un mínimo margen al ocio y servir de ejemplo a los compañeros haciendo el bien por todos los medios posibles...

Una de las razones que impulsaron al jovencito Domingo Savio a fundar esta Compañía fue una invitación del propio D. Bosco. Este tuvo una mañana que volver a introducir las Formas de la Comunión dentro del Sagrario sin repartir ni a un solo comulgante el Pan eucarístico. Los jóvenes componentes de dicha Asociación pusieron sumo cuidado en procurar que la cosa no volviera a repetirse y para ello se iban turnando. No se acostumbraba por entonces a comulgar diariamente. D. Bosco fue apóstol audaz en este campo como en tantos otros y los mejores de sus hijos, entre ellos Rúa, encontrarían en la Eucaristía de cada mañana el más sólido alimento para la jornada y la fuente de entusiasmo constante de salesianos apóstoles.

Savio, alma de aquella célula de apostolado dentro del colegio, moriría el año siguiente en Mondonio, dejando tras de sí un celeste perfume de pureza de alma y caridad impropias de un tierno adolescente. La Compañía de la Inmaculada tuvo en Miguel Rúa un presidente elegido sin discusiones que no llevó el cargo como simple honor sino eficazmente y con actividad singular.

Sin miedos ni prisas, recibía cargos y cargas a los que nunca desdeñaba por pusilanimidad, bastándole el deseo de D. Bosco. Así tuvo que sustituir al sacerdote Pablo Rossi, que había sido Director por tres años en el Oratorio de San Luis, en Puerta Nueva. Moría a los veintiocho años, dotado de excelentes cualidades, y Miguel hubo de hacer frente a todas las ocupaciones que esta muerte echaba sobre sus espaldas. Todas ellas, unidas a sus estudios de Teología, hicieron imposible que Miguel pudiera con el programa de estudios que le otorgarían el título de Maestro.

Félix Reviglio fue el primer alumno del Oratorio de

Valdocco que llegaba al sacerdocio. Fiesta de gran gala, en aquella casa, pobrecita pero llena de alegría sana y de maravillosos sueños... Pasó Reviglio a la archidiócesis y su acción apostólica, tan asidua en el Oratorio del Ángel Custodio, fue sustituida dignamente por la de Miguel.

Ya entonces el estudiante se ejercitaba en la predicación, según deseo del propio D. Bosco. Sermones enteramente espirituales, lejanos de la vanidad y la farfolla, cuyos apuntes se han conservado muchos de ellos, registrados en papeles de carta de la correspondencia de su Director. Rúa no era un gran orador, pero su palabra estaba llena de una interior fuerza espiritual y un convencimiento que calaban en el auditorio. Había en ella ese sutil aleteo de la santidad que las almas sensibles saben captar con rapidez...

A los dieciocho años, cuando Rúa comenzó a sumergirse en sus libros de Ciencias Sagradas, su Comunión diaria y su confesión semanal constituían una cita infalible.

MIGUEL RÚA Y LA GRADUACIÓN

«A mayor graduación, más lejos del cañón».

El refrán pertenece al particular repertorio de un humorista español que ha dado esta vez en la diana, aunque no falten excepciones de importancia que confirmen una afirmación tan contundente...

«A mayor graduación, más lejos del cañón». La señora ama de casa que ha ido subiendo económicamente, puede acabar abandonando el plumero del polvo, la cesta de la ropa y la «fregona» de todos los días en manos de una empleada de servicio doméstico, a quien en las festivas páginas de la zarzuela «La Gran Vía» se le cantaba aquello de «pobre chica la que tiene que servir». El soldado raso que ha comenzado a recibir entorchados puede acabar un poco lejos de las polvaredas y sudores de la tropa para supervisar y contemplar desde puntos estratégicos los entrenamientos militares. El capitán de un barco da órdenes y otea con su catalejo el horizonte; es lo suyo y rara vez se pringa en la sala de máquinas. El Director de un colegio, que en otro tiempo fue humilde operario de escaños llamémosles inferiores, puede acabar aficionándose a la atmósfera de los despachos y a las blanduras de los sillones, lejos también del mundo juvenil del patio de recreo que es como abandonar el más estratégico campo de observación

e influencia, según la certera intuición y experiencia de San Juan Bosco.

Miguel Rúa comenzó a tocar con propia mano la graduación que se le venía encima... Pero jamás desertaría del cañón. Junto a él estuvo hasta la muerte.

Desde 1853, el Oratorio de Valdocco se había ido atreviendo con nuevas y audaces iniciativas. Chicos que comenzaron a trabajar en el tejido, el calzado, la madera, la encuademación... Aquel mundo incipiente de jóvenes artesanos, semilla de las modernas Escuelas Profesionales Salesianas extendidas benéficamente por el mundo entero, necesitaban un ojo avizor que supiera preveer y arreglar posibles desórdenes. También las clases comenzaron a ampliarse, a ensanchar su capacidad de alumbrado y sus materias de estudio. Rúa fue celoso educador y jefe de disciplina de los chicos del Oratorio de San Francisco de Sales. Incluso dirigía con frecuencia su palabra, alternando con D. Víctor Alasonatti, a los aprendices en esas últimas recomendaciones salesianas con que termina la jornada y que se han llamado «Buenas noches» o «Buenas tardes».

A veces, D. Bosco gustaba de unir a estudiantes y aprendices que, después de rezar las oraciones de la noche, oían la voz siempre afectuosa de aquel Padre al que todos idolatraban y respetaban.

Ante los centenares de muchachos en completo silencio, el santo contaba alguno de sus «sueños», hacía alguna advertencia, comunicaba noticias interesantes para todos, aconsejaba cariñosamente y hasta anunciaba muertes próximas que infaliblemente tenían lugar a poca distancia.

Rúa, después de ponerse de acuerdo con D. Bosco, interrumpía con cierta frecuencia aquellas «Buenas noches», haciendo preguntas, pidiendo explicaciones, estableciendo diálogo que mantenía vivos la atención y el interés de todos.

El P. Amadei nos pone un ejemplo de estos simpáticos careos públicos entre D. Bosco y Rúa.

Los chicos que componían la Banda de Música habían venido conmemorando anualmente la festividad de su Patrona, con almuerzo lejos del Oratorio. El año 1859, Don Bosco prohibió la salida. Pero los músicos de marras le hicieron bien poco caso, confiados en la tolerancia de Don Bosco, y al igual que otras veces proyectaron y llevaron a cabo su cuchipanda.

El resultado final fue que los instrumentos fueron cerrados bajo llave y los músicos, después de hablar privadamente con el Director, volvieron a sus casitas los que tenían parientes y recibieron un empleo en la ciudad los que se encontraban solos. Hay quien dice que el Señor nos quiere hermanos pero no *primos*...

D. Bosco hizo objeto de su comentario en las «Buenas noches» el hecho reprochable. Rúa pidió la palabra y rogó que había que considerar el caso de uno de ellos que había sido engañado por sus compañeros, llegando a creer sinceramente que existía un permiso posterior a la negativa primera. D. Bosco aceptó la objeción y puso a prueba durante algún tiempo al alumno en cuestión esperando de su buen comportamiento poder continuar admitiéndole en el Oratorio.

El canónigo Ballezio, entre otras cosas, afirma textualmente: «Resulta difícil en estos días de escepticismo, imaginarse la vida de piedad, de trabajo, de estudio, de virtudes cristianas, de santa y serena alegría, de nuestro Oratorio. Entre todos los que ayudaban a D. Bosco, clérigos, sacerdotes y seglares, se encontraba en primer lugar nuestro D. Miguel Rúa, el cual, en los pensamientos, en los sentimientos, en los hechos y en todas las virtudes, era una sola cosa con D. Bosco, una perfecta copia suya.»

Dieciocho años después.

El 8 de diciembre de 1859 se cumplían dieciocho años de aquella primera corazonada de D. Bosco, empeñado en atraer junto a sí a una gran muchachada que estaba en peligro de ser ganada por las ideas y los señuelos de una sociedad impía. El santo anunció a sus colaboradores que una vez que los alumnos estuviesen ya descansando, deseaba tener una interesante reunión con ellos en su despacho. Así fue al siguiente día. El apoyo de Pío IX no daba margen a dudas, el tiempo transcurrido poniendo en práctica un género de vida y de apostolado a todas luces provechoso para la juventud, fundamentaba la resolución que se iba a tomar. Por otra parte, una llamada sobrenatural captada por el santo ya a sus nueve años de edad, empujaba y enfervorizaba la trascendente empresa.

D. Bosco estaba decidido a fundar una Sociedad que llevaría el nombre de San Francisco de Sales. La reunión fue un éxito y la gran mayoría estaba decidida a seguir a D. Bosco aunque fuera con espinas punzantes bajo los pies, según el significativo «sueño» del emparrado.

Poco más de una semana bastó para que D. Bosco, junto a diecisiete candidatos, entre los que se encontraba el sacerdote Víctor Alasonatti, confirmase la idea de constituir definitivamente una Sociedad o Congregación Religiosa en la que sus miembros, tratando de trabajar sin descanso en la propia perfección cristiana, se ocupasen del prójimo, en especial de la juventud más necesitada. Se procedió al nombramiento del primer Consejo Superior. D. Bosco fue cariñosamente obligado a aceptar el cargo de Superior General o Rector Mayor. Alasonatti hubo de confirmarse en su condición de administrador y hombre de papeletas difíciles; a Rúa, con total unanimidad, se le designó Director Espiritual de la naciente Sociedad.

Entre la letanía ditirámbica del canónigo Ballesio, destacamos estas afirmaciones: «El clérigo Rúa era para noso-

tros el bien, la bondad; era el orden, el estudio, el saber; era la severidad y la benignidad; pensar en Rúa era excluir el mal, la malicia, lo defectuoso; pensar en él era pensar en lo bueno, en lo virtuoso. Por tanto era total y máxima la estima y el afecto, la confianza y la veneración que le profesábamos.»

Y otro alumno, C. Rinaudo, afirmaba recordando sus tiempos: «Viví durante ocho años bajo su vigilancia. Estuve junto a él y pude admirar sus dotes de mente y corazón. Fui ganado enseguida por sus modales amables, dándome cuenta de que se trataba de una persona superior, con una superioridad a un tiempo responsable y humilde, por lo que se hacía querer de todos. Nosotros lo considerábamos como modelo de virtud absoluta. Su trato nos resultaba amable y eficaz; ninguno de sus consejos caía en saco roto, sino que penetraba hondamente en nuestro ánimo percatándonos de que se trataba de sincera caridad. Era asistente, maestro, guía espiritual de los jóvenes. D. Bosco lo tenía como secretario y confidente, de forma que yo, y conmigo muchos otros, preveíamos que Rúa llegaría a ser el Sucesor de D. Bosco.»

Había recibido en aquel mes de diciembre de 1859, Ordenes Menores y el Subdiaconado. El 24 de marzo del año siguiente, era ya Diácono. Preparaba las escaladas de su carrera con días de intenso retiro espiritual y oración fervorosa.

Fiesta de las gordas.

Se consiguió en Roma la dispensa para Miguel. Eran precisos ciertos trámites engorrosos, sin olvidar una respetable suma de dinero.

El día de su ordenación sacerdotal se fijó para el 29 de julio de 1860. El joven aspirante tenía veintitrés años y se recluyó la noche anterior junto a la Capilla de Santa Ana, aneja a una rica casa del Barón Blanco de Barbania.

Rúa, para concentrarse, había llegado incluso a darle la vuelta a los espejos que había en su cuidada habitación de huéspedes, y a juicio de los criados de la casa, el lecho estaba intacto por la mañana.

El 30 de julio, Rúa aparecía sencillo y conmovido ante los centenares de chicos del Oratorio, celebrando por primera vez la Eucaristía.

Ya habían conseguido la misma meta José Rocchietti y Ángel Savio, un poco antes. El primer sonoro y prolongado aplauso que se dedicaba a Rúa, sonaría en las «Buenas noches» que les dirigió a los alumnos del Oratorio, que quedaron emocionados al oírle hablar con tan gran sinceridad.

Al siguiente domingo, la alegría de la casa estalló desde las horas matutinas. Rúa cantó una Misa de comunión general en la que aprendices y estudiantes rodearon al decidido lugarteniente de D. Bosco. Se oyeron vivas y aplausos que Rúa declinaba y ofrecía a su Director como quien recibe una pelota y la devuelve.

Entre los humildes regalos destacó una cama de hierro que mamá Juana María ofreció a su hijo. Este opinaba que se trataba de algo demasiado bonito, pero no tuvo más remedio que aceptarlo.

Se celebró un homenaje en honor del Misacantano. En él brillaron con luz propia los mejores valores literarios y artísticos de la casa. Al final, Rúa, que tenía escritas sus palabras de agradecimiento, se expresó así:

«Agradezco a todos estas demostraciones de alegría que me habéis ofrecido; los augurios y expresiones de afecto que me habéis manifestado. Seguramente cada uno podrá considerar debidamente cómo no lo merezco por ninguna razón y cómo he de recorrer un camino largo hasta llegar a ese grado a que me habéis elevado con vuestras palabras.

A pesar de ello os lo agradezco igualmente porque las cosas que me habéis dicho las considero como excelentes advertencias hechas con gracia para señalarme cómo debo ser en la nueva dignidad de la que el Señor ha querido revestirme. Releeré esos discursos vuestros con atención y quiero hacer lo posible para que me sirvan de norma a fin de que sepa cómo he de comportarme.

Os puedo asegurar que ya os amaba. Pero en adelante os amaré mucho más, y si el Señor me ayuda, todas mis energías serán empleadas en vuestro provecho espiritual y temporal. Tratándose de ello no quiero ahorrar ningún esfuerzo.

Algo siento tener que deciros. ¿Os lo diré? Quizás alguna vez el deber me obligue a pelar sin ser peluquero. Si esto sucediese, os ruego que desde ahora sepáis ya tomarlo en buen sentido porque siempre actuaré en función de vuestro bien. Espero que esto jamás suceda y que siempre tendré ocasiones en que alabaros. Quiera el Señor bendecir las fatigas que con su gracia soportaré en vuestra ventaja.

Os he hecho una promesa. Estad atentos para ver si cumplo mi palabra. Si veis que falla, tened la caridad de advertírmelo. Una vez avisado podré volver al buen camino. Pero como ya os dije hace días, quisiera de vuestras muestras de afecto que no se limitaran tan sólo a palabras. Desearía algo más: que vosotros rogarais al Señor y a su Santísima Madre para que Ellos me ayuden y así pueda llevar sobre mis espaldas el peso que me impone mi nueva dignidad sacerdotal.

Por lo demás, amémonos cada vez más; procuremos soportar pacientemente las molestias de algún compañero; ayudémonos mutuamente y dirijamos nuestros esfuerzos hacia la consecución de aquel premio que el Señor ha prometido a sus servidores fieles.

Amémonos como hermanos. Así debemos considerarnos por encima de todo, ya que, no sólo somos hijos de un mismo Padre celestial, sino también hijos de D. Bosco.

Y D. Bosco, vosotros lo sabéis sin que yo tenga que decíroslo, nos ama como un Padre lleno de ternura, y continuamente, de día y de noche, se ocupa de nuestro bien. Procuremos corresponder nosotros a los paternos cuidados que nos prodiga ofreciéndole nuestra sumisión y nuestro cariño.

Ahora, para terminar bien esta fiesta, unios a mí y gritemos todos de acuerdo: ¡Viva Don Bosco, Viva nuestro querido Padre!»

Así de expresivo era Miguel Rúa, cuya severidad y seriedad quizás se hayan exagerado con alguna ligereza. El profesor Mateo Picco, del que ya se ha hablado anteriormente, se encontraba en la festiva asamblea y quedó conmovido por las palabras de su antiguo discípulo.

Miguel había pedido días antes a D. Bosco algunas recomendaciones como programa de su vida sacerdotal. Lo pidió por escrito y en francés. D. Bosco accedió en un latín sencillo y sonoro. La traducción fiel de este recuerdo del Director a su discípulo es la siguiente:

«Todo bien en el Señor al querido hijo Miguel Rúa. Has hecho bien en hacerme llegar una carta escrita en lengua francesa. Sé francés

en el idioma, pero en el corazón y en los hechos sé romano intrépido y generoso.

Te esperan muchos sufrimientos. Pero el Señor te hará encontrar en ellos muchos consuelos. Ofrecete como ejemplo de buenas obras. No dejes de pedir consejos útiles y lo que ante Dios es bueno practícalo constantemente.

Lucha contra el diablo. Espera en Dios y ya sabes que en cuanto de mí dependa, seré todo tuyo.

La gracia de N. S. J. esté siempre contigo. Vale.»

Conocemos otra carta de D. Bosco dirigida a Rúa antes, de su ordenación sacerdotal. Brilla en ella la sencillez, la claridad de ideas, el espíritu sobrenatural más admirable. Compara en ella su autor a la vida con el vapor que se desvanece en el aire, con la huella de una nube, con una sombra fugaz. Hay que recordar el Paraíso. Es ésta una idea constante del santo fundador. Hay que estar contentos. Ya entonces D. Bosco firmaba las cartas dirigidas a su querido discípulo con un cariñoso «tuus sodalis», es decir, tu compañero, tu camarada, tu colega. Lo cual nos habla eloquentemente de la cordialidad que existía entre ambos.

Un pez gordo.

Un chico quedó sorprendido un buen día cuando Don Bosco inició con él un diálogo parecido a este:

—Quiero que hagamos un contrato entre los dos.

—¿Qué contrato?

—Ya te lo explicaré más adelante.

Pasaron siete días y el muchacho volvió sobre el asunto, después de acudir al confesonario.

—¿Qué contrato es ese de que me hablaba usted hace una semana?

—¿Serías capaz de quedarte en el Oratorio para permanecer siempre con D. Bosco?

—De buena gana.

—Muy bien. Dirígete a Don Rúa y dile que quiero hacer un contrato contigo.

Para Miguel Rúa no sonaban a novedad aquellas palabras. El chico era Pablo Albera, que con el andar del tiempo sucedería a Rúa en la más alta dirección de la Congregación Salesiana.

D. José Cafasso abandonaba para siempre a su querido D. Bosco. Pero a pesar de que los tiempos eran revueltos y anticlericales y de que los mejores amigos del Fundador irían desapareciendo poco a poco, fuerzas nuevas y juveniles engrosarían las filas salesianas con una generosidad sin límites.

En este reclutamiento entraba Rúa como elemento indispensable. Ya lo hemos visto en el caso de Albera, tratando de ganar para la Sociedad los elementos mejores. A pesar de ello, todos sabían que D. Bosco dejaba en total libertad de elección y jamás coaccionaba la voluntad de sus hijos.

Rúa podía con todo lo que su Director íe echaba encima. Incluso llegó a dar clases de gramática francesa a los propios soldados franceses acuartelados a lo largo de la vía del tren de Milán después de la refriega de Solferino.

El deseo inquebrantable de estos muchachos, alumnos de D. Bosco por apretarse a su lado y serle fieles, podemos constatarlo en la súplica que elevaron al Arzobispo, Monseñor Fransoni, en estos términos:

«Los abajo firmantes, movidos únicamente por el deseo de asegurarnos la salvación eterna, nos hemos unido en vida común a fin de poder con mayor comodidad atender a todo aquello que se refiere a la gloria de Dios y a la salva-

ción de las almas. Para conservar la unidad de cora2ones y de disciplina y poder poner en práctica los medios que creemos útiles para el fin propuesto, hemos formulado algunas reglas a guisa de Sociedad religiosa, que excluyendo toda norma relacionada con la política, tiende exclusivamente a santificar a sus miembros, especialmente con el ejercicio de la caridad para con el prójimo. Hemos ensayado ya este género de vida y lo hemos encontrado compatible con nuestras fuerzas y ventajoso para nuestras almas.»

Tan firme era esta decisión de fidelidad a D. Bosco y a las reglas de la nueva Sociedad, todavía no aprobadas por Roma, que estos primeros socios hicieron una promesa que llama la atención: «Hacemos promesa solemne de que si por mala fortuna, por razón de los malos tiempos que vivimos no se pudiesen emitir los votos, cada uno en cualquier parte en que se encuentre, aunque todos nuestros compañeros hubiesen sido dispersados, aunque no existiesen más que dos solamente, aunque se tratase de uno solo, se esforzará por promover esta Pía Sociedad y por observar siempre, en cuanto le sea posible, las reglas de la misma.»

MIGUEL RÚA Y LOS «BURGAOS»

Registra el diccionario la palabra burgado, como caracol de tierra, y he encontrado en libros marineros el vulgar, caracol marino. Pero pedirle a un chipionero o a un sanluqueño un sufijo así de limpio y compuesto sería tanto como obligarle al «bacalado», al «Bilbado», al «cacado», al «colmado», al «tablado»...

El «burgao», el «burgaillo», es una deliciosa berruguita que le sale a la piedra resbaladiza de los corrales o atajadizos del litoral apenas el mar retira sus embates y se remansa un poco. Este caracolillo inocente y entretenido sabe de artes y engañifas para librarse de la persecución de los aficionados a la diminuta fauna que habita en las playas. Se esconde a la vista por una estratagema del mimetismo y hasta se ampara entre la hierba copiosa, como en guedeja o cabellera, que recubre las rocas. Hierba que es llamada salemera por las playas del Sur, ya que la salema, pez pintarrajeado y goloso, la consume que es un primor.

Aseguro que más de una vez he terminado con un dolor insolente por todo el espinazo como premio a la obstinada caza del «burgao».

La presente introducción en honor de este compañero de la almeja, el camarón o el camarito, viene a cuento después de emprender el trabajo de buscar a Don Rúa entre

Don Bosco: se parece muchísimo al de atrapar al inofensivo caracolillo entre la hierba salemera.

¿Hasta dónde llegaba Don Bosco? ¿Hasta dónde su brazo derecho, Miguel Rúa? Me temo que —al menos para mí— el Sucesor del Fundador de los Salesianos va a quedar emparentado con los «burgaos» como San Francisco de Asís con el lobo, Fray Escoba con los ratones, Francisco Solano con el banco de cangrejos y San Antonio con los peces del Mar Tirreno...

Ya sacerdote, Miguel sería exactamente eso: un trabajador a partes iguales en la viña salesiana que crecería pujante y no precisamente con uvas agraces...

Nuestro novel curita no necesitaba apartarse de aquel vastísimo campo de trabajo que brindaba la obra de su Director para tener que buscar entretenimientos... A pesar de ello, anduvo de un sitio para otro comenzando su constante ministerio de la palabra. Bien pudieran aprender muchos predicadores a preparar concienzudamente sus charlas u homilías sin dar palos al aire ni echar mano de resortes más que rancios y sobados. Con magnetofón en ristre, recogió una revista española decenas de homilías que pecaban de inexactas y flacas de contenido teológico. Esto sin entrar en el campo, tantas veces desastroso, de la forma y exposición, a las que muchos prestan escasísima importancia, como si se pudieran presentar viandas exquisitas en bandejas nauseabundas... ¡Y pensar que muchos cristianos, en cuyas manos jamás descansa una revista religiosa o un curso del Papa, no reciben más alimento que la palabra descuidada y pobre de ciertas homilías dominicales, preparadas quizás a última hora y con prisa!...

Una anciana religiosa que oyó a D. Rúa en una de sus predicaciones, exclamó:

—Este es un santo o llegará a serlo con toda seguridad.

Le hubiera gustado al joven sacerdote acudir a los cursos del «Convitto Eclesiástico» donde por dos años se hu-

quiera preparado a fondo en la Moral, con vistas al ministerio de la Confesión. En aquel centro de espiritualidad había dejado huella indeleble San José Cafasso, enviado del cielo para dirigir la impetuosa corriente, la fecunda corriente de ilusión y actividad de San Juan Bosco. Miguel estudió privadamente haciéndose dirigir por el canónigo José Zappata. Los alumnos del Oratorio eran más de quinientos y todos los brazos eran pocos para remar en la alegre embarcación.

El susto más gordo.

¿Qué hubiera pasado si en tan crítica encrucijada, cuando el Oratorio entraba en su Edad de Oro, en su fase más pujante y fecunda, D. Bosco hubiese abandonado a su grey?

Pues justamente esto anunciaba el santo. Sus años estaban contados. No debería vivir más de cincuenta. Solamente las oraciones y la ejemplaridad de sus hijos podrían conseguir que se torcieran tan funestos planes. Y así consta, y no solamente por una vez, que las oraciones de los hijos de D. Bosco le salvaron de la muerte hasta que totalmente agotado cumpliera los setenta y dos largos.

Rúa, en vista de que junto a su Director se palpaba una atmósfera del todo sobrenatural, las predicciones se cumplían, revelaba cosas ocultas, obraba prodigios a la vista de todos y curaba a enfermos sin remedio, concibió la idea de formar una comisión que se encargara de registrar tales hechos y de comprobar su autenticidad.

El P. Alasonatti y otros salesianos sacerdotes, además de algún seglar y nueve clérigos o estudiantes, entre los que se encontraban Cagliero, Francesia, Durando, Cerrutti y Bonetti, aceptaron como óptima la sugerencia. Y gracias a tal cuidado, vigilancia y absoluta honradez, tantas veces refrendada por el lápiz corrector del propio D. Bosco, hemos heredado un material biográfico difícil de igualar en muchos santos canonizados.

El susto de ver a D. Bosco desaparecer de entre los suyos, se evaporó como por encanto, y para colmar la alegría de todos, tuvo lugar el 14 de mayo de 1862 la primera emisión formal de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Eran veintidós jóvenes que fueron repitiendo en común la fórmula que Rúa pronunciaba. Estaban apretados y de pie porque la habitación era estrecha. También espiritualmente estaban unidos, junto al Padre y Capitán que nunca desfallecía en la empresa comenzada.

Cargos y cargas.

En manos de Rúa estaba ya el Oratorio del Ángel Custodio en Vanchiglia. Era él prácticamente alma y vida de dicho centro, aunque el título recayese sobre el Padre Murialdo, que ayudaba en cuanto podía, sobre todo los días festivos.

Se ha recogido el testimonio de un alumno de entonces que subía a la humilde celda de Rúa, llave en mano, para bajarle la esclavina o el sombrero. En un cuaderno en el que más de una vez metía las narices el curioso mandadero, comprobó la agudeza, la bondad de D. Rúa que allí iba consignando cuanto su corazón le sugería para hacer el bien abundantemente.

En Vanchiglia oían su voz pobres muchachos sin cultura y el novel predicador los ganaba con hechos interesantes de la Biblia y otros mil recursos recreativos y formativos. Seguía haciendo camino a pie como cuando estaba en San Luis engañando a su estómago con una mesa más bien pobre y ligerilla.

Al volver de una de aquellas jornadas desde Vanchiglia a Valdocco, era frecuente que D. Rúa invitara a sus colaboradores a rezar el Rosario. Una vez, Domingo Fea, algo cansado, le pidió que lo dejara. Bondadosamente, le respondió Miguel invitándole a rezar algo y ser recompensado luego con el plato más importante de su cena. De esta forma

el mortificado joven sacerdote tomaba solamente una ligera sopa que seguramente no escondía en su seno esos inefables tropezones que la hacen apetecible... Pocos cólicos suponemos que sufriría nuestro asceta.

Era difícil el campo de trabajo. Rúa no tenía miedos. Superaba el frío invernal, el cansancio y las incomodidades sin concederse melindres ni delicadezas. Seguía madrugando como en sus tiempos de estudiante novato.

En carta dirigida a D. Bosco, Monseñor Fransoni se alegraba de todo el bien que a manos llenas se estaba repartiendo en sus centros juveniles y en particular en Vanchiglia, desde que Miguel Rúa había tomado las riendas poniendo en su labor tanto corazón como perseverancia.

Los dos años de Mirabello.

El 20 de octubre de 1863 se abrió el colegio de Mirabello, en el Monferrato, que tomó el nombre de «Pequeño Seminario de San Carlos».

D. Miguel Rúa fue nombrado por D. Bosco Director de aquel centro. La madre le acompañó para convertirse en el ama de casa y en el auxilio de los más pequeñines.

El número escaso de aspirantes al sacerdocio con que contaba el Seminario diocesano de Cásale fue incrementado hasta ciento veinte muchachos por elementos formados en el colegio de Mirabello.

Fueron inmediatos los frutos del campo de apostolado asignado a la dirección de Rúa, que contaba ya con el personal elegido por D. Bosco.

No tardaron en llegar a manos del Director de Mirabello unos folios en los que el Padre común se explayaba a gusto recomendándole cosas importantes. Nunca extravió Rúa estos preciosos consejos de forma que aún siendo Superior o Rector Mayor de los Salesianos, los conservaba ante sus ojos diariamente.

Era un grupo de gente joven animosa. Rúa tenía vein-

tiséis años y era el único sacerdote de la Comunidad. Provera, veintisiete; Bonetti, veinticinco; y los tres clérigos, Belmonte, Cerrutti y Albera, rondaban los veinte.

Dice una crónica de entonces: «Don Rúa se comportaba en Mirabello como D. Bosco en Turín. Siempre rodeado de jóvenes atraídos por su amabilidad para quienes siempre tiene algún hecho nuevo que contar. Al principio del curso escolar recomendó a los maestros que no fuesen demasiado exigentes y que tolerasen con paciencia cualquier negligencia o ligereza sin excesivas riñas. Después del almuerzo nunca falta D. Rúa en medio del recreo, jugando y alegrándose con los alumnos.»

La mayoría de los muchachos quería confesarse con él pero se hacía acompañar de otro sacerdote de los contornos para que la libertad de elección existiera.

Marchaba viento en popa la embarcación y Rúa sintió algo de turbación y vanagloria que comunicó a D. Bosco. La medicina fueron las conocidas preguntas de S. Bernardo: ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿En qué te ocupas?

El prestigio de Rúa le valió la proposición de una cátedra importante en un centro oficial. Hubo de rechazarla por razones de peso.

Cerrutti, uno de los tres clérigos, confesaba: «Invitado por D. Rúa, de acuerdo con D. Bosco, para acompañarle a Mirabello como profesor y luego como jefe de estudios, si constituí para mí un tormento el abandonar a D. Bosco, el más tierno de los padres y al que yo amaba más que a mí mismo, mi tormento encontraba inmediato alivio al contemplar en el nuevo Superior el retrato y la imagen del Padre. Recuerdo todavía los dos años de directorado de D. Rúa en Mirabello. Recuerdo aquella actividad sin desmayo, aquella prudencia en el mando, llena de finura y delicadeza, aquel interés por el bien no sólo religioso y moral sino físico e intelectual de los Salesianos y jóvenes a él confiados. Tengo todavía en el recuerdo aquella caridad que

no califico de paterna sino de materna con que me atendió cuando en mayo de 1865 caí gravemente enfermo.»

No puede ser más expresivo y claro el testimonio del clérigo Cerrutti.

Don Rúa puso por obra los consejos de D. Bosco, haciéndolos norma y regla de oro de su comportamiento como Director en Mirabello. Era el Padre que sabía caer en la cuenta. Con relación a los alumnos, D. Bosco insistía en hacerse amar para hacerse temer. En corregir y avisar llevados siempre del deseo de hacer el bien y nunca por móviles caprichosos. Tolerarlo todo a la hora de batallar contra el pecado. Pasar el tiempo de recreo entre los alumnos y de vez en cuando dejar caer esas palabras al oído que conquistan el corazón.

Tampoco D. Bosco había economizado palabras tratándose de los colaboradores de D. Rúa. Había que velar solícitamente por su reposo y alimento; no perder de vista el excesivo trabajo; hablar con ellos privada o colectivamente; fijarse en si necesitaban libros o ropa; si tenían algún malestar físico o algún problema espiritual. «Una vez conocida una necesidad cualquiera —escribía textualmente D. Bosco— haz todo cuanto puedas por poner remedio.»

En cuanto a la salud de D. Rúa, su Director hacía hincapié en no mortificarse en el alimento y en permanecer en el lecho no menos de seis horas de descanso.

Sabemos cómo algunas noches del Fundador transcurrían en continuo trabajo silencioso sorprendiendo al santo sobre la mesa las primeras luces del alba. Rúa aprendió pronto aquellas malas costumbres... Prueba de este rigor para consigo es el hecho que nos cuenta Celestino Durando.

Había marchado éste a Mirabello acompañado de otros profesores para los exámenes de fin de curso. No había habitaciones suficientes y Durando tenía que compartir la misma habitación con el Director. Ya se había retirado Durando y estaba casi para meterse en la cama, cuando sintió

llamar a la puerta y la voz de Rúa que le llamaba por su nombre. Entró un poco confuso y hablaba de algo que había olvidado. Se trataba de una larga tabla que desde la cabeza a los pies extendía en su lecho bajo las sábanas. Durando le reprendió cariñosamente y hasta le preguntó si lo sabía D. Bosco.

—No es nada de importancia. Y además no lo hago siempre.

Fue necesario hacer purgas importantes entre los alumnos de Mirabello, donde no faltaban chicos difíciles. Pero las vocaciones que brotaron en el «Pequeño Seminario de San Carlos» compensaron las relativas amarguras de ciertas medidas imprescindibles.

El párroco tenía en el Director del colegio uno de sus colaboradores más generosos, cuyos servicios fueron útiles incluso en ocasiones solemnes.

Un nombre glorioso comenzó a sonar por entonces. Luis Lasagna fue aceptado en Turín. Pero el chico se escapó del Oratorio y volvió con los suyos. De nuevo entró por las puertas de la casa de D. Bosco que le volvió a aceptar, afirmando que aquel niño tenía buena tela. Tela de obispo era aquella, ya que Luis, vivo y nervioso como un camarón, marcharía a las Misiones del Matto Grosso y sería revestido de la dignidad episcopal.

Lasagna alumno terminó en las manos de D. Rúa, en Mirabello, bajo cuyos cuidados fue moldeándose su alma de artista y de apóstol. Nunca olvidaría el futuro Monseñor Lasagna a su bien Director de Mirabello, cuyo afecto y santidad influyeron decisivamente en el gran obispo y misionero salesiano.

MIGUEL RÚA Y LA MOSCARDA...

La moscarda entra en la habitación. Es algo ya tarde y el sueño quizás nos acecha. La moscarda comienza entonces sus interminables escalas cromáticas que dejan en pañales a las de Rimsky-Korsakov en su famosa partitura imitativa. Al encender la luz, el animalejo se queda inmóvil. Comenzaremos su búsqueda y cuando demos con él habrá que tener paciencia hasta que la toalla que pretende derribarle consiga su intento. Puede ser que de buenas a primeras desaparezca y hasta nos duela el pescuezo de tanto mirar hacia arriba. Es casi seguro que al volvernos a acostar, el insectucho mal educado continuará su interrumpido concierto hasta que algún feliz batutazo dé con él en tierra.

La moscarda, por su tenaz y reiterativo sonsonete, por su pegajosa serenata que taladra los huesos, se parece a algunas ideas que cruzan por el alma y el cerebro humanos y han de ser desalojadas, exterminadas, a manotazo desesperado. La moscarda parece que se va pero vuelve siempre...

Los años de directorado de Rúa se acabaron pronto. Ya estaban encariñados con él, ya había tomado el pulso al ambiente de Mirabello, cuando D. Bosco tuvo que echar mano por centésima vez de su más íntimo y seguro colaborador.

No sé si habrá algo tan duro en la vida religiosa como

En las últimas.

Ocho días habían durado las fiestas en honor de María Auxiliadora, con motivo de la consagración de su espléndido Santuario, en 1868.

Rúa no pudo más. El excesivo trabajo, el escaso reposo nocturno y sus muchas austeridades, le postraron en el lecho de forma que los médicos pusieron mal gesto y anunciaron lo peor.

D. Bosco había estado fuera y apenas pisó la portería fue asaltado materialmente por grandes y pequeños advirtiéndoles de la gravedad del enfermo. Pero el santo pareció hacerle bien poco caso al asunto. Estuvo confesando aquella tarde; cenó tranquilamente, atendió a algunas cosas pendientes y se acercó finalmente a la cama de su amigo. Ya le había dicho a quienes le habían acorralado al entrar, que conocía bien a D. Rúa y que éste no se iría de su lado al otro mundo sin pedirle permiso.

—Dígame, D. Bosco, si esta es mi última hora. Dígalo sin miedo. Estoy dispuesto a todo.

—Querido Rúa, no quiero que te mueras. Tienes que ayudarme todavía en tantas cosas...

D. Bosco lo bendijo, seguro del buen resultado de su intervención... A la mañana siguiente el médico insistía en la gravedad de la enfermedad. D. Bosco, viendo que se había preparado lo necesario para administrarle la Unción de los Enfermos, dijo:

—¡Gente de poca fe! ¡Animo, D. Rúa! Aunque te tirases por la ventana y dieses contra el empedrado, no te morirías.

En pocos días se puso fuera de peligro. Fue recibido bajo los pórticos con música y aplausos y hasta hubo discursos. Se le hizo sentar como un rey en medio del común regocijo.

Rúa había conocido ya la eficacia y portentosa intervención de aquella farmacia de D. Bosco el año anterior, cuan-

do una molestia constante en una mano no le permitía dormir y hasta le hacía saltar de la cama por la noche. La bendición del santo y una novena a María Auxiliadora, fueron suficientes...

Rúa, que sabía rodearse en su despacho de chicos difíciles e insoportables para convertirlos en colaboradores de sus entretenidísimas tareas de administrador del Oratorio y Prefecto General de la Congregación, nunca perdió el cariño de los muchachos del Oratorio que apenas conocieron con dolor su grave estado abandonaron las clases para arrancar de la Virgen la salud de tan admirado Superior.

Lágrimas de alegría.

El mismo D. Rúa declaró el hecho siguiente en el Proceso de la Causa de Beatificación y Canonización de Don Bosco.

Muchas veces la caja de los dineros sonaba a hueco. Las deudas se amontonaban... Un día, D. Bosco tenía que hacer entrega urgente de 300 liras. No podía aplazarse el pago y los dos hombres se encontraban sin un billete. La respuesta de D. Bosco fue como siempre providencialista.

Se presenta un señor, Carlos Ocelletti, que le dice:

—Hemos podido conseguir una cantidad de dinero. ¿Se disgustará usted mucho, D. Bosco, si le hacemos partícipe de ella?

—No, todo lo contrario. Le quedará agradecidísimo, ya que nos encontramos a cero y debemos esta semana hacer entrega al recaudador.

—La suma que voy a entregarle no es muy grande. No se trata más que de 300 liras.

—Es precisamente lo que necesitamos. Viene usted a nuestra casa como instrumento providencial. Haga el favor de entregarlas a D. Rúa que las espera con devoción...

Cuando el señor Ocelletti escuchó la explicación del

viente, dio pruebas de un equilibrio difícil al tener que conjugar la amabilidad y el afecto —constantes básicas del Sistema de D. Bosco— con la custodia de la disciplina y la regularidad.

Viraje sorprendente.

El futuro Cardenal Cagliero le dijo claramente a Don Bosco: «Está claro que cuando usted se muera, y quiera Dios que tarde mucho, quien recogerá su herencia será Don Rúa. Así lo dicen todos y usted también lo ha repetido varias veces. Pero no todos están de acuerdo en la afirmación de que Rúa vaya a gozar de la confianza de que goza usted. Porque con esta vida consagrada a velar por la disciplina, a muchos no les resulta simpático.»

Atendió el santo a la observación de Cagliero y pronto se notaron los efectos. Rúa, en 1872, fue nombrado Director del Oratorio, sustituyéndole en el cargo de Administrador D. Francisco Pro vera. No quiso el título de Director Don Rúa, deseando que siempre lo fuera D. Bosco, pero aceptó la voluntad de éste y tomó el título de Vicedirector.

Inmediatamente, afirman los biógrafos, el cambio fue patente. Aquella impresión anterior de quien encarnaba la perfección y el cumplimiento del horario y del reglamento, iba a ser difícil de borrar.

«Era rodeado de gran estima por salesianos y jóvenes, dice Agustín Sanguinetti. Era tenido en gran estima por el mismo D. Bosco, quien lo consideraba su brazo derecho. Su figura ganaba nuestra atención juvenil. Recuerdo que discutiendo entre nosotros hacíamos comparaciones entre D. Bosco y D. Rúa. Y a pesar de que todos estábamos admirados de las virtudes de ambos, alguno, quizás a causa del aspecto del segundo, que impresionaba más, lo anteponeía en santidad al mismo D. Bosco.»

En realidad, el Director del Oratorio era él, ya que D. Bosco se ausentaba con alguna frecuencia debido a sus

muchas obligaciones para con su Congregación. Todo quedaba en recias, en seguras manos...

Esta flexibilidad de Rúa es uno de sus más eminentes méritos.

Siempre estuvo dispuesto a lo que el Fundador necesitara de él sin apegarse a cargos, a casas, a regímenes de vida; desde que un día abandonó su traje limpio y hasta elegante por la pobre sotana de los hijos del santo turinés, todo cuanto exigió para sí fue trabajo, cruces, que supo llevar encima con buen talante. Aunque no fuera ese hombre cascabelero y sonriente a ultranza que a todos contagia. La razón es clara: a cada uno lo ha traído al mundo su propia madre.

De esto a creer que Miguel Rúa fue persona desagradable o antipática median muchos kilómetros de distancia...

«Con la noche a cuestas».

En la novela galardonada con este mismo título, contó Manuel Ferrand la historia de un guarda que vigilaba de noche en un barrio sevillano. Tiene muchos secretos la noche tensa, llena de misteriosos y diversos ruidos.

Podríamos garantizar que Rúa llevaba a cuestas la noche del Oratorio.

Siempre ha tenido la Congregación Salesiana especial cuidado por el cultivo de la música, hasta el punto de que D. Bosco llegó a afirmar que un colegio de los suyos sin música era como un cuerpo sin alma. Uno de los excelentes músicos de primera hora fue Dogliani.

Le dio por estudiar el violín y aprovechaba las silenciosas horas de la medianoche. Pero ¿qué se escaparía a los ojos y a los oídos de D. Rúa? Paseaba éste recorriendo la casa a las horas más imprevistas santificando su vigilancia con avemarias de un rosario infalible.

Llamó a la puerta del aprendiz. El violinista no hizo mucho caso a la primera, creyendo poco menos que impo-

A nadie le amarga un dulce.

Este don de la omnipresencia lo tenía nuestro Beato y elegiremos otro hecho sencillo, casi sin importancia, para probarlo.

D. Bosco había preparado un almuerzo en honor de sus bienhechores. Se supone que el monacal condumio de la diaria mesa del Fundador se vería transformado y mejorado notablemente, pues de lo contrario, al levantarse los invitados hubieran tenido que organizar por cuenta propia otro almuerzo.

Fue designado para servir uno de los alumnos estudiantes mayores y de índole festiva. Bajaba D. Rúa por la escalera en el punto y hora en que el alegre camarero, con un plato de dulces en la mano, se llevaba uno a la boca. Al pasar junto a él, sonriendo y señalando el plato, le dijo a media voz: —¿Están buenos los dulces, eh?...

No quiere decir esto que D. Rúa fuese el clásico Superior quisquillas, auténtico sarampión de antiguas comunidades. Su actuación, inspirada en la caridad y en la paciencia, dejaba vencido al pequeño o grande delincuente, cuya única escapatoria era el silencio y el cambio de conducta.

MIGUEL RÚA Y LA SANTA HUMILDAD

«El Agujetas» es un gitano fragüero, de encallecidas manos y días de siniestra encerrona, que se ha echado a cantar conmoviendo a los críticos del cante grande.

Le he oído aquellos «campanilleros» antiguos que comienzan así:

«A las puertas de un rico avariento
llegó Jesucristo y limosna pidió»...

¿No recuerdan? El rico avariento no le dio limosna al divino pedigüeño, sino que le achuchó los perros.

«Y Dios *primitió* y Dios *primitió*
que los perros murieran de rabia
y el rico avariento *probé* se *queó*.
Y *pa demostrá*, y *pa demostró*,
que tan sólo las puertas del cielo,
tan sólo las abre la santa *humirdá*».

La adjetivación de santa le viene a la humildad desde bien lejos...

Si a Miguel Rúa se le abrieron las puertas del cielo, que de eso no hay duda, tuvo parte principal en ello la santa humildad.

No se olvide que Rúa valía muchos millones. Incluso intelectualmente, por su talento y constancia. Acudió a la

Universidad de Turín y siempre se lució con un papel brillante. El griego, aún el que entrañaba importantes dificultades, lo traducía a primera vista. Conocía el francés, el inglés, el portugués, el español; tampoco era totalmente profano para el alemán.

— Si tuviese seis hombre como D. Rúa, abriría una Universidad, afirmaba uno de sus profesores particulares, el abate Peyron.

Rúa fue miembro de Academias que le distinguieron con nombramientos procedentes de Roma y del propio Arzobispo Gastaldi. Por ninguna de estas razones se le vio al austero superior muestra alguna de altanería o excesiva estima personal. D. Bosco iba descargando sobre él los más delicados menesteres, como el de proveer a los cambios del personal salesiano. Operación que el Fundador deseaba que se llevara a cabo «sponte, non coacte», es decir: con normalidad, con espontaneidad, sin imposiciones. Alguno, dominado por el cariño que profesaba al santo Fundador, se resistía y hasta se negaba a marchar de su lado. En este particular, como en tantos otros, Rúa dio muestras de prudencia, de tacto y de paciencia. ¿Existe algún paciente que no sea humilde?...

Llaman a la puerta.

La obra de D. Bosco, tan amenazada de peligros externos por su novedad y su arrojo en hacer el bien, necesitaba de una amorosa pero constante vigilancia desde dentro para que no se desviase el espíritu que la animó desde un principio. Ya afirmaría el Fundador que todo el mundo observaba a sus hijos, sobre todo la Iglesia, y que era preciso absolutamente que las Constituciones fuesen rigurosamente observadas por todos.

Las casas se iban multiplicando y fue D. Rúa el primer Inspector o Provincial de todas ellas. ¿Qué sucedía cuando llegaba a un colegio?

Todos sabemos cómo se recibe a la gente. Si el que llega es de humilde condición social, podemos decirle que espere. Si es el fontanero hasta podemos echarle una riñita por haber tardado tanto. Si es un bienhechor bien dotado de talonarios de cheques, se lo perdonamos todo y mandamos por unas «tapitas», suspendemos el trabajo y comienza a oírse ese instrumento de percusión que es la espalda del visitante a quien le sacudimos cariñosamente el polvo... Comienza el festival de las sonrisas y la conversación toma un tono brillante como de repentina euforia. Si son las monjas las que llaman preguntando por la Misa de mañana, podemos decirles que estamos cenando y que llamen más tarde. Si el que llama es D. Fulano, que nos ha pavimentado el patio y nos regaló por Navidad cien mil pesetitas, salimos disparados y decimos que no se preocupe, que no molesta, que estamos cenando pero que él lo merece todo, faltaba más, que somos todavía jóvenes y capaces de bajar haciendo un «sprint» como en nuestros mejores tiempos.

Cuando la visita ha sido anunciada con días de antelación y se trata de una autoridad influyente, aparecerán esas deliciosas engañifas de las recepciones: se limpian rincones que siempre han estado cochambrosos, brilla la casa con un esplendor falso y todo adquiere esa tiesura y ese lustre que tienen las cosas compradas en la tienda y que todavía no han comenzado a ser usadas. Veremos con consternación que lo que a diario negamos a quienes conviven con nosotros, surge como por ensalmo del fondo de la tierra para ser ofrecido a un extraño aunque importante personaje. Incluso superiores que jamás alternan en la vida normal y rutinaria de los alumnos, en esas ocasiones hacen brillante aparición de compromiso, formando parte ornamental del séquito...

Rúa fue comisionado por su querido Padre para llamar a las puertas de los colegios salesianos y no sólo a los de varones, sino también a los de las Hijas de María Auxilia-

dora o Salesianas, Instituto fundado por el propio B. Bosco y apenas naciente, dedicado al apostolado de la juventud femenina.

Podemos darle a D. Rúa el título de Primer Inspector-Provincial, lo que no quiere decir que D. Bosco no visitara sus colegios. Pero era de otra forma, sin intención de meter la nariz en todos los asuntos, sino con el afán paternal, constante, de su corazón, de ayudar y alentar a sus hijos.

D. Miguel Rúa lo curioseaba, analizaba, destapaba y apuntaba todo. Desde la sacristía a las celdas de los salesianos, desde el horario a las condiciones higiénicas, escolares y espirituales de la casa. Repartía consejos a diestro y siniestro, a noche y moche, a grandes y a chicos; así podía confirmarse la aseveración de su Maestro y Padre: «Si yo quisiera señalar con un dedo sobre D. Rúa un punto en el que no hubiese virtud en grado perfecto, no podría hacerlo porque no sabría dónde poner ese dedo.»

Este Rúa decidido, escudriñador, que no tiene miedo a poner el dedo en la llaga —aunque siempre con amor— es el mismo que algún día, siendo ya Rector Mayor, será capaz de aguantar palabras ofensivas de un Director descompuesto a quien había llamado la atención. El silencio del Beato y sus lágrimas fueron índice más que suficiente de su dolor íntimo.

Sin complejos.

Una mañana celebraba el sacrificio eucarístico mientras se presentó un importante personaje acompañado de su séquito. El sacristán fue inmediatamente avisado por un nervioso mensajero. D. Bosco se encontraba ausente y el ilustre visitante no tuvo más remedio que acomodarse hasta que el celebrante acabase. Cuando D. Rúa llegó a la sacristía fue advertido casi en alta voz de la novedad. Pero el noble forastero tuvo que volver a sentarse hasta que el

sacerdote terminó su acción de gracias al Señor, de rodillas en el reclinatorio, por propia indicación suya. Cuando lo hizo se adelantó con los brazos extendidos atendiendo amablemente a quien le requería.

Admiramos el fervor y el recogimiento del Beato y al mismo tiempo su postura en la jerarquía de valores que dejó en el príncipe visitante y sus acompañantes una impresión excelente.

Estos hombres que saben tratar a Dios, que le conocen porque cultivan una intensa vida interior, suelen ser poco menos que insensibles al miedo o al nerviosismo general cuando llega a su puerta algún personaje. No nos extraña que tanto D. Bosco como su brazo derecho, anduvieran como por casa por los palacios y las casas suntuosas sin que nada de cuanto contemplaban sus ojos hiciesen mínima mella en su pobreza, sencillez y austeridad de vida.

Con esa misma tranquilidad, el 21 de junio de 1876, Rúa vio morir a su madre, a su santa madre. Había sido digna sucesora de aquella otra «Mamá Margarita» y como ella había entregado sus últimas energías en manos de Don Bosco, atendiendo con infatigable sacrificio a tantos menesteres materiales de primera urgencia como tiene un centro de centenares de alumnos.

Acompañó Rúa a su madre hasta su última morada conteniendo el llanto. Todo el Oratorio se unió a su dolor y el hijo escribía a su hermano Antonio y demás familiares aconsejando que el recuerdo de su madre jamás se borrara de la memoria de todos, al igual que los admirables ejemplos de su vida. Hizo copias del retrato de la abnegada mujer y dio cuenta de lo que había dejado al morir: bienes muy escasos y de ínfima categoría.

Diferentes puntos de vista.

No siempre coincidía el criterio del discípulo con el del Maestro.

Rúa era calculador, previsor, metódico, metucioso. Don Bosco era todo confianza en la Providencia. En ocasiones de auténtica estrechez económica, D. Rúa, siguiendo las directrices del Fundador, dejaba vacía la caja de caudales haciendo frente a lo más perenterio y dejando que Dios, con su providencia paternal, hiciese todo lo demás.

Me parece, afirmaba D. Bosco, que estamos tan agobiados de dinero porque queremos hacer excesivos cálculos. Y así, cuando el hombre es el que quiere decidir, Dios se retira.

En una de estas situaciones de apuro, se le ocurrió a D. Bosco rifar un cuadro, buena copia de un original de Rafael, existente en el Vaticano. Llamó a varios de sus colaboradores para someter a votación la idea. Resultado negativo. Era una obra de arte y aparte de que la gente estaba ya en contra de las rifas, sería una pena deshacerse de ella. Después de un tira y afloja en el que cada uno expuso su propio parecer, se acabó por hacer lo que Don Bosco opinaba. Su última palabra fue esta: —A la hora de la comida, en lugar de bajar al comedor para reponer fuerzas, que vayan a contemplar el cuadro...

La objeción caía de su peso: ¿por qué no dejar el cuadro en la sacristía, ya que el nuevo templo de María Auxiliadora tenía desnudas sus paredes y dejar actuar a la Providencia?

Rúa, no obstante, accedía enseguida y se ponía al lado de D. Bosco, haciendo demostración de una obediencia incondicional y de una humildad sincera.

Viéndolas venir.

En 1874 eran aprobadas definitivamente las Reglas o Constituciones de la Sociedad Salesiana. ¡Cuántas piruetas e incluso curaciones sorprendentes y sonadas para que a las manos de D. Bosco llegase el sí de Roma a la obra de sus sueños!

Todo iba, pues, encauzándose por caminos de regularidad, un poco distantes de las primeras improvisaciones y espontaneidades... No había lugar para el ocio en la casa. Francia e Italia solicitaban nuevas fundaciones y los hijos de D. Bosco se multiplicaban de forma impresionante.

En noviembre del 15 partían los primeros Misioneros Salesianos hacia la lejana Patagonia. Juan Cagliero, jefe del puñado de intrépidos viajeros, dejaba a D. Rúa un hueco que llenar. De forma que por estas fechas, nuestro Beato tenía los siguientes cargos: Prefecto General y Director Espiritual de la Congregación; Director del Oratorio de San Francisco de Sales; predicador y confesor ordinario del Santuario de María Auxiliadora; visitador o Inspector de los colegios salesianos de Italia, incluidos los de las Hijas de María Auxiliadora; Director y confesor de la casa abierta por las Salesianas de Valdocco. Todo esto sin que olvidemos que D. Bosco, trabajador para quien no parecía existir la fatiga, le proporcionaba abundante entretenimiento con las obritas que daba a la imprenta y las cartas que en nombre suyo había de cursar después de recibir detalladamente por escrito el asunto de las mismas.

El Santo Fundador era detallista y no era raro que Rúa recibiese notas sueltas en las que se fijaban determinados temas para charlas a los alumnos o normas concretas para la buena marcha de la recién aprobada Sociedad.

Tenía su rigurosa teoría propia D. Bosco sobre el trabajo. Pero ya conocemos cómo él velaba por la salud y el descanso de los suyos. Recorriendo la historia de algunos de sus queridos hijos, como Alasonatti, Croserio o Ruffino, muertos por aquellos años, D. Bosco puntualizaba que ya traían graves malestares anteriores y que no había sido el trabajo el que los había hecho sucumbir.

Pero estaba convencido de que cuando uno de sus hijos muriese a causa de trabajo excesivo, el Señor mandarían un centenar de nuevos aspirantes.

El año 1877, se reunían los Directores de Italia y Francia en el Oratorio. D. Rúa, después de exponer el estado de cosas, dijo que se podía creer que el Señor llevaba en brazos a la Congregación y le proporcionaba todos los medios necesarios para su prosperidad.

Y Pío IX, aquel Juan María Mastai Ferretti, que había sido alguna vez festejado en el Oratorio el 24 de junio por expreso deseo del Fundador, desbancando así su propio onomástico, revelaba entre otras cosas estos sentimientos:

«Estoy seguro de que esta Sociedad ha sido inspirada en estos tiempos por la Divina Providencia para demostrar el poder de Dios. Estoy seguro de que Dios ha querido tener escondido hasta ahora un secreto importante, desconocido para tantos siglos y Congregaciones pasadas. Vuestra Sociedad es nueva en la Iglesia, tiene un sello especial, de forma que pueda ser religiosa y secular, que haya en ella voto de pobreza y se pueda poseer, que participe del mundo y del claustro, y cuyos miembros sean religiosos y ciudadanos libres.

Yo os aseguro que vuestra Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente, durará durante los siglos venideros y encontrará bienhechores y colaboradores siempre que se mantenga en espíritu de piedad, pero especialmente siempre que reine en su seno la castidad.»

Don Rúa palpaba con sus manos que el soplo del Espíritu empujaba la barquichuela frágil llamada a conquistar singladuras hermosas. Don Rúa las veía venir, las adivinaba...

Tuvo que ser sustituido por el P. Lazzeri en el cargo de Director del Oratorio, puesto que sus viajes y obliga-

ciones fuera de él no le consentían dedicación plena. Se notó la sustitución.

El mes de septiembre de 1877 tuvo lugar en Lanzo el primer Capítulo General de la Congregación. Los Directores y Administradores tomaron parte activa. Los trabajos de esta primera gran asamblea se pusieron a los pies de la Virgen. Después de noventa y cuatro años, cuando los Hijos de D. Bosco han celebrado el Capítulo General número XX, la Obra Salesiana se ha extendido con fuerza y pujanza sin igual por todos los continentes.

Al volver D. Juan Cagliero de su primera expedición misionera a América del Sur, habló con D. Bosco sobre el futuro Sucesor de la Sociedad.

—Siempre fue D. Rúa mi brazo derecho, dijo el Fundador.

—Y no sólo el brazo —remataba Cagliero—, sino la cabeza, el ojo, la mente y el corazón para suplirle cuando usted nos falte.

A pesar de la humildad del futuro primer sucesor de D. Bosco, nunca daba un paso atrás por miedo o pusilanimidad. Jamás le falló al Apóstol de los Jóvenes su querido Mgiuel, a su lado en las tormentas que arreciaron sobre la Obra Salesiana, sin duda permitidas por el Señor para prueba y consolidación de la fe de sus miembros...

MIGUEL RÚA Y LOS PAPELES

Existe el «homo faber», el «homo technicus». Pero no se molesten en buscar en algún calepino al «homo polvoroniensis», el hombre polvorón.

En uno de esos inefables discursetes que se oían en la que habíamos llamado hasta ahora fiesta del Director, un antiguo alumno se presentó ante la muchachada con sus cuartillas en la mano alegando que al hombre del siglo actual le pasa lo que a los polvorones: se les quita el papel y se deshacen, se desmoronan... ¿Qué hace la pascaliana «caña pensante» de nuestros días sin papeles?

A raíz de aquella causa ventilada en Burgos hace algún tiempo, un chico leonés, sintiendo fuegos patrióticos que nunca se habían atizado en su alma, se acercaba a una de esas ventanillas que igualmente pueden resultar la caja de Pandora que la gallina de los huevos de oro. Sentía vivos deseos de vestir el sufrido caqui. Pero allí le dijeron que estaba oficialmente muerto. Por poco le entra una pataleta. A arreglar esos papeles, dijo el aspirante, que estoy vivo y bien vivo. Esta situación papelera ha llegado en ocasiones a extremos de angustia vital, a crueldades exasperantes, constituyendo tema muy serio y sentimental para obras teatrales y cinematográficas...

La Congregación Salesiana podíamos decir que ha entrado en franco período de empapelamiento. Yo creo que

por la ventana que Juan XXIII abrió, no sólo se coló el aire fresco que la Iglesia estaba necesitando, sino que millones de infolios vinieron en sus brazos danzando un zarambeque la mar de alegre. Demos gracias al cielo. Este alud de papeles que descende de la alta montaña de nuestros centros rectores ha contado con nosotros. Desciende implacable pero llama a nuestra puerta, pide opinión y nuestro voto, nos exige horas de atenta reflexión y laborioso bolígrafo. Les aseguro que todo este jadeo frenético a que han sido sometidas las multicopistas todas del planeta salesiano trae —entre otros muchos beneficios— el de proporcionarnos a los atacados del constante sarampión de la letra impresa, un rimero generoso de papel borrador que va incrementándose a ojos vista.

No fue ajeno D. Miguel Rúa a este sarampión papelerero. Con la grave diferencia de que en nuestros días todo se suple con el trabajo diligente de las máquinas en tanto que en aquellos lejanos días el esfuerzo personal se convertía en protagonista de cualquier empresa, no importaba su mayor o menor alcance.

Comienza la danza papelerera de las circulares. Eran contactos a través del correo y cayeron todos bajo la responsabilidad de nuestro Beato. Los Directores de las casas recibían periódicamente recomendaciones referentes a la observancia de las Reglas y a la marcha de los colegios.

En 1879 se fundan las primeras Provincias o Inspectorías salesianas: la Piamontesa, la Ligur y la Americana. Contactos siempre manuscritos con los Inspectores-Provinciales obraban en poder de D. Rúa.

Al año siguiente se celebra el Segundo Capítulo General. Resultó laborioso poner en orden las actas de la importante asamblea, por lo que D. Bosco, mientras transcurrían los dos años que fueron necesarios para su publicación, redactó en lengua latina una circular que fue a parar a manos de Rúa como todas las cosas. El contenido de la

circular se centraba en ocho recomendaciones. El exigente corrector que era Rúa añadió por su cuenta dos páginas de observaciones. Unas referentes a la forma y sintaxis y otras referentes al propio contenido. D. Bosco tuvo en cuenta la opinión de su ayudante y hasta se permitió cambiar algunas fórmulas de tratamiento que contenía su circular para adoptar las que sugería Rúa. Al final de sus observaciones, el corrector firmaba: «Or baciando la man tua, mi diró Michele Rúa». Fórmula algo vieja, porque hacía casi treinta años que Francesia y Rúa habían escrito unos versos dedicados a D. Bosco con motivo de la festividad de S. Juan y eran firmados así: «Or baciando la man tua ci diciam Francesia e Rúa».

Otros papeles más delicados.

Todos sabemos los quebraderos de cabeza que dan ciertos papeles sobre la mesa... Y a medida que los cargos que se desempeñan son de más envergadura, la cosa empeora.

Por estos años D. Bosco comienza a perder gas sensiblemente. Sufrimientos morales y achaques físicos van a dar con él en la tumba. El Ordinario de Turín le proporciona cinco años de tremenda situación, capoteada elegantemente por el Fundador con un silencio y una prudencia incomparables. Tiene que intervenir León XIII en el asunto, y aunque la Congregación Romana decide a favor del santo, el Papa echa mano de las enormes reservas espirituales de D. Bosco para que su humildad heroica sea la que dirima finalmente. Siempre a su lado, D. Rúa templea y consuela mientras el temporal arrecia.

No tenía bastante D. Rúa con su papel de ángel tutelar del Oratorio que por aquel tiempo llegaba al millar de personas, incluidos los Superiores. Intervenía en todo cuanto de importante se iba logrando en la Sociedad Salesiana. Por eso se las tuvo que ver con arquitectos y bienhechores

una vez que León XIII echó sobre las espaldas del Fundador la tarea de rematar el templo romano al Sagrado Corazón de Jesús, cuyos cimientos habían sido comenzados en el Pontificado de Pío IX. Hubo que buscar dinero, arreglar papeles y poner en marcha el deseo de Su Santidad.

En este año de 1881, D. Bosco tiene su famoso sueño de los diamantes. Le parece estar en una espléndida sala charlando con los Directores. Un apuesto Personaje aparece cubierto de rico manto y luciendo diez esplendorosos diamantes. Junto al cuello una cinta o faja presenta una leyenda: «*Pia Salesianorum Societas, anno 1881; qualis esse debet*». Los diamantes corresponden a otras tantas virtudes que han de adornar a la Congregación. El Santo escribe apenas despierta por la mañana unos apuntes para que las ideas no se le evaporen. El sueño ha durado casi toda la noche y al despertar se encuentra muy fatigado. El manuscrito contiene una advertencia muy seria referente a la posible pérdida de eficacia en el futuro si los hijos de Don Bosco no practican determinadas virtudes imprescindibles que harán brillar en la Iglesia a la Sociedad. Este sueño fue comentado por D. Rúa una y otra vez en charlas y conferencias, y cuando murió el santo volvió sobre el tema, enviando en 1890 una copia de la narración auténtica a todas las casas salesianas.

Rúa recogía notas y detalles de la vida de su gran amigo, al que rondaba la muerte. El viaje a París, a finales de abril de 1883, fue otra ocasión para que Rúa llenase cuadernos de apuntes y comunicase a las casas la apoteosis indescriptible de admiración y afecto hacia el santo en la capital francesa, tan habituada a recibir personajes aureolados de fama. El 25 de mayo, al abandonar la ciudad, Don Bosco callaba y su amigo también. Volvían abrumados por los acontecimientos. El santo, en un rasgo de sincera hu-

mildad, evocaba en el tren de vuelta su infancia pobre y anónima mientras se acercaban a la casa turinesa.

Vicario General.

Ninguno de los papeles que a D. Rúa se le asignaron trajo consigo más tira y afloja que el de asumir el primer puesto de la Congregación, todavía en vida su Fundador.

D. Bosco está viejo, le decía León XIII a Monseñor Cagliero, Vicario Apostólico entonces de la Patagonia Septentrional y Central. Fue recibido en audiencia el 5 de noviembre de 1883. Mientras el Pontífice se explayaba haciendo consideraciones sobre el espíritu que cada Instituto ha de conservar y cuidar, siendo por tanto necesario que D. Bosco proveyera a un sustituto que estuviese totalmente compenetrado con él, el primer Cardenal Salesiano pensaba para su capote que tal persona era indudablemente Rúa.

El Fundador, después de su viaje triunfal a París, decae notablemente. Es nombrado Arzobispo de Turín el Cardenal Alimonda, que profesa por el santo una veneración sin límites. Quedan de esta forma definitivamente ahuyentados el malestar y las lágrimas secretas que D. Bosco había probado, sin duda las más amargas de su vida. Los médicos intervienen y prohíben al santo que se mueva. Un golpe franco trae nuevas alegrías al corazón cansado del Fundador: León XIII concede a su Congregación los privilegios propios de todo Instituto religioso. Ha habido dificultades pero el veredicto del Pontífice es apabullante: «Concederemos todo lo que Vd. desee. Quien es vuestro enemigo es enemigo de Dios. Yo tendría miedo de hacerle guerra. El Papa, la Iglesia, el mundo entero piensa en vosotros, en vuestra Congregación y os admira. Su admirable incremento, el bien que se lleva a cabo, no tiene cabida en los criterios humanos; Dios mismo sostiene, dirige, vuestra Congregación. Decidlo así, escribidlo, proclamadlo.»

De esta forma la Sociedad de D. Bosco queda normalmente constituida y asegurada...

Si D. Bosco anda muy mal de salud, su primer ayudante no le puede servir precisamente de estimulante. Arriñonado, con lumbago, muy molesto, D. Rúa daba pena verlo. El P. Lemoyne escribía a D. Bonetti: «Dale ánimos a D. Rúa. Dile en nombre de D. Bosco que la Sociedad Salesiana tiene necesidad de que él esté en pie, de otra forma todo el mundo andará jorobado.»

A pesar de estos males, el gran trabajador tomará en tercera un tren que le llevará a la presencia del Conde Colle, el más insigne bienhechor de la obra del Fundador. El viajero vuelve derrengado, torpe y bromeando, diciendo que el peso de las ciento cincuenta mil liras que trae le hace encorvarse y no poder con su cuerpo.

No es extraño, y varios indicios así lo confirman, que Rúa llevase cilicio.

Un médico generoso que asistía gratuitamente hacía varios años a todos los males físicos del Oratorio, formula la sentencia a requerimientos del P. Ghione, aficionadillo a las curas caseras de urgencia. En la plaza de María Auxiliadora, el Dr. Albertotti exclama: —Imposible alargar la vida de D. Bosco. Es una zapatilla gastada. No admite arreglo. Dígale a D. Rúa que mande construir un chalet con su jardincito y a él vayan a vivir sus postreros días Don Bosco, D. Rúa y el ejemplar secretario D. Lago.

¡Para chalet y jardincito estaban aquellos divinos testarudos!

El 10 de mayo de 1884 D. Bosco escribe desde Roma. Ha tenido otro sueño o distracción, como él le llama. Ha visto el Oratorio de los primeros tiempos, lleno de vitalidad, en una atmósfera de total confianza entre Superiores y alumnos. Ha vuelto a verlo en la actualidad, falto de este clima indispensable. Los alumnos, afirma D. Bosco esta vez, no solamente han de ser amados, han de sentirse amados.

Ahora los Superiores son considerados como tales y no como hermanos, padres y amigos. ¿Cómo arreglar esta situación? Con la caridad. «La caridad de los que mandan —afirma textualmente el santo— y la de los que obedecen haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales.»

D. Rúa no llega a leerle la carta a los alumnos. No se atreve. Ni siquiera hace una mera alusión. Pidió a D. Bosco otra copia retocada y la conservó para sus conferencias y contactos con los Salesianos. «Eran días difíciles», dice Amadei y habían desaparecido bastante del Oratorio las formas del Sistema Preventivo. Había alumnos que dejaban mucho que desear y para quienes solamente tenían éxito la amenaza y el castigo.

Hubo que insistir mucho por parte de los Salesianos y de los médicos para que D. Bosco se retirase a descansar. Lo hizo en una casita del obispo de Pinerolo. Un clérigo que le acompañaba, Viglietti, escribía a D. Rúa: «¡Si supiera con cuánta frecuencia se habla de Vd. y con cuánto afecto! D. Bosco me dice le recomiendo que se cuide porque el arco demasiado tenso finalmente cede y se rompe.»

El Cardenal Alimonda recibe notificación del Vaticano para que se entreviste con D. Bosco, a quien trata con exquisitos modales, y le haga ver la necesidad de pensar rápidamente en un Vicario General. El santo no se hace esperar, y reuniendo a su Consejo Superior elige públicamente a D. Rúa para dicho cargo. El Papa, a través del Cardenal Nina, protector de la Congregación, queda enterado y satisfecho de la elección.

El documento de esta elección queda listo el 27 de noviembre de 1884. No obstante, el documento no consta en archivos. ¿Se perdió, se echó en olvido? Transcurre un año casi entero para que D. Bosco oficialmente haga saber este cargo que Rúa en la realidad diaria venía desempeñando hacía bastante tiempo. Todos acudían a él, a su palabra, a su permiso y a sus consejos, ya que D. Bosco

a la vista de todos estaba imposibilitado para desplegar un trabajo parecido al que había sido su característica de siempre. Fue el 24 de septiembre de 1885 cuando D. Bosco hace público el nombramiento, aduciendo unas razones que el P. Lemoyne señala: «He preferido a D. Rúa porque es uno de los primeros de la Congregación, incluso en el orden temporal, porque desde muchos años desempeña este cargo, porque este nombramiento sería del agrado de todos los Hermanos.» Como sustituto de D. Rúa en el cargo de Prefecto General fue designado D. Celestino Durando. Una circular breve y expresiva de D. Bosco anunciaba a todas las Casas la resolución. «El nuevo Vicario estoy cierto que en asuntos de gran interés aceptará siempre con gratitud cuantos avisos y consejos le fuesen suministrados.»

Entre tanto, nunca perdía ocasión de manifestarse como sacerdote y repartidor de bienes sobrenaturales. Había pedido nombramiento de nuevos Inspectores para Lazio, Sicilia, España, pero D. Bosco deseaba que las visitas regulares siguiera haciéndolas su segundo de a bordo. En una de estas visitas, escribe D. Francisco Piciedo, fue invitado a dictar unos Ejercicios Espirituales. Un día, rodeado de chicos externos, fijó su mirada en uno de ellos: — Tú serás mi hijo. Después de cuatro años el chico se hizo salesiano, llegando a ocupar en el futuro cargos de responsabilidad.

La noticia de la elección llena de alegría a la familia salesiana que reacciona con cartas y felicitaciones que llegan incluso de lejanas tierras sudamericanas. «Venga, venga — escribía D. Lorenzo Giordano desde el Brasil — para que vea con sus propios ojos el bien que se puede hacer, las necesidades urgentes, los peligros.» El estado de salud de D. Bosco no podía permitir a su Vicario viajar al Brasil, Uruguay o Argentina.

Apenas D. Rúa es constituido Vicario General para toda la Congregación, su actitud de externa severidad desaparece con asombro de todos. Su afán más notorio consiste

en atender al Fundador, cuya vida se apaga indefectiblemente. Le cuida y le escucha siempre atentamente, le sirve en la celebración eucarística y nada dispone sin contar con su opinión. Por su parte, D. Bosco se declara «hijo de obediencia» de su Vicario y tampoco decide nada, incluidas nuevas fundaciones, sin la última palabra de D. Rúa.

¿Quién mejor para ocupar tal puesto? Unos cuarenta años llevaba Rúa junto a su Director y Maestro. Desde 1852 vivía a su lado, interpretaba sus deseos, hacía propios sus sentimientos y asimilaba mejor que nadie su verdadero espíritu. Ahora, a los cuarenta y ocho años de edad, D. Miguel Rúa tomará el timón de aquella nave zarandeada por los elementos pero al fin decidida a tomar rumbos en los que Dios estaba presente con sus luces.

Nada mejor que la encendida expresividad del Cardenal Cagliero para cerrar con elogios este comentario relativo a la nueva misión del Beato.

«Fui su compañero en la juventud, siendo clérigo, en el sacerdocio, en el Directorado y siendo miembro del Consejo Superior de nuestra Sociedad. Puedo asegurar que en todos los estadios de la vida fue siempre *primus inter pares*, primero en la virtud, primero en el trabajo, primero en el estudio y en el sacrificio, como fue siempre el primero en el amor santo y fuerte hacia D. Bosco y hacia los jóvenes, por cuyo bien y éxito futuro era todo celo, solicitud fraterna y paterna caridad.

Por algunos lustros nos hemos encontrado juntos en torno a D. Bosco, él a la derecha, yo a la izquierda, rodeados de muchos hermanos celosos y trabajadores. Llenos de juvenil entusiasmo nos animábamos y recorríamos los caminos del Señor, guiados por su Providencia,

deseosos de aligerar a D. Bosco en el peso de la dirección, en el manejo de los asuntos y en la administración del Oratorio, de los colegios, pero sobre todo en la tarea de ayudarle en la formación de nuestra Sociedad ,tan contrariada desde sus comienzos, seriamente combatida en sus progresos y no poco contrariada en su definitiva aprobación; sí, todos avanzábamos, pero el *premio* de San Pablo, el premio era de Don Rúa, siempre incomparable en celo, sacrificio y trabajo.

En la historia del Oratorio recordamos, con gloriosa y santa complacencia, y como si se tratara de un ramillete de bellísimas flores de virtud, la vida pura e inocente de Domingo Savio y la envidiable sencillez de D. Ruffino; admiramos la robusta laboriosidad de D. Alasonatti y el constante afanarse de D. Provera de igual forma que la unión con Dios y los heroicos sufrimientos, soportados con amor, de D. Beltrami; no obstante no tengo miedo de equivocarme si afirmo que Rúa los emuló y superó a todos, procurándose gracias y dones y revistiéndose de carismas como San Pablo inculcaba a los santos de Corinto. Lleno del espíritu de Dios y seguro en su devoción a María Santísima Auxiliadora, él fue la ayuda, el apoyo y el brazo derecho de D. Bosco. Recto de espíritu, humilde de corazón, no solamente tenía en cuenta órdenes, sino que adivinaba el pensamiento, intuía los proyectos, los deseos, de forma que por nosotros era considerado como modelo del verdadero salesiano, del piadoso sacerdote y del santo religioso.

Nada más justo, pues, que nosotros le con-

siderásemos como el más digno, el único con méritos para suceder a D. Bosco en la dirección de la Sociedad, para que como experto timonel dirigiese la nave salesiana a través de las olas del mar borrascoso de este mundo; y como valiente capitán condujese el ejército de nuestra Congregación a la conquista de nuevas tierras, nuevos mares y nuevos pueblos para Jesucristo, para la Iglesia y para el avance mismo de la civilización.

No hay que maravillarse por tanto si fue elegido por D. Bosco como a su *a latere*, si fue elegido como Vicario en la ancianidad del Santo y si a la muerte fue designado como Sucesor por voto unánime de los Salesianos y soberana sanción del Papa León XIII.»

MIGUEL RÚA Y LA SONRISA

Una vieja película de cariz aventurero pretendió recordarnos la fabulosa hazaña del capitán Scott. Robert Falcon Scott, explorador inglés, soñó a principios de siglo con alcanzar antes que nadie las tierras australes.

Su diario de bitácora primero y sus apuntes a compás de marcha después, constituyeron un documento de excepción para informar al detalle sobre aquellas fatigas, vencidas por un entusiasmo heroico. Centenares y centenares de kilómetros sobre la tundra helada combatiendo la ventisca y los sesenta bajo cero. Cuando el capitán Scott creía que sus huellas eran las primeras que hollaban la inmaculada nieve del Polo Sur, encontró al término de su expedición una bandera hincada por el noruego Amundsen, que se le había adelantado. Ni la escasez de alimentos, ni el progresivo enfriamiento de los miembros, ni el cansancio que mordía sus carnes pudo con el optimismo de tales valientes. Pero la bandera que les había ganado el camino les heló la sangre en sus venas. En aquel lugar terrible la rudimentaria máquina fotográfica trató de registrar para la posteridad el rostro de los valientes exploradores. Sonrían, por favor, señores, invitaba uno de los expedicionarios. Imposible. La sonrisa se les había olvidado desde que su empresa, gestada con tantos sudores y temblores, se había venido abajo.

La sonrisa de D. Rúa no tenía el atractivo de la de

D. Bosco. Pero llegó un día en que los labios del asceta enjuto, del Vicario fiel, se negaron a sonreír.

El Cardenal Cagliero, sano y salvo de milagro, llegaba de América, acuciado por una voz interior que le empujaba hacia Turín. D. Bosco se moría. De manos del bravo evangelizador de las Pampas recibió el Viático, en vísperas de Navidad. Repetía una constante invitación a la frecuente Comunión y la devoción ferviente a María Auxiliadora. Aguinaldo para toda la vida, recomendaba el moribundo.

Ya no confesaba, y el 29 de enero de aquel 1888 Don Bosco perdía el habla. Con tres años más, hubiera podido celebrar sus Bodas de Oro. Su Vicario, en total intimidad, había sostenido largos coloquios con él durante el último mes de su vida. Las informaciones que puntualmente llegaban a las casas salesianas corrían de la cuenta del atento confidente. Se le evitaron al enfermo toda clase de sustos y malestares, como el de la deuda importante que el Padre Sala guardaba en su cartera de Ecónomo, proveniente del templo romano al Sagrado Corazón de Jesús: seiscientas mil liras..

Los chicos perdieron su animación y su alegría habituales apenas se cercioraron de que el mal no tenía remedio.

Todavía consciente, D. Bosco había dirigido unas simpáticas reflexiones al Dr. Tomás Bestente, como respuesta a la inquietud de Rúa.

«El Oratorio y toda la obra de D. Bosco es como una casa y por tanto tiene un techo. Sabe lo que ocurre cuando la lluvia cae sobre el techo. Las gotas de la teja más alta caen sobre la segunda, de la segunda a la tercera, y así hasta la última. Diga a D. Rúa que esté tranquilo: el agua caerá de la primera teja a la segunda sin dificultad de ningún género.»

Al entrar en agonía, Monseñor Cagliero, arrodillado, dice casi llorando: —D. Bosco, estamos aquí sus hijos. Le pedimos perdone todo aquello que haya tenido que sufrir

por culpa nuestra. Como última señal de afecto, denos su bendición.

Fue D. Rúa quien levantando la mano del Fundador, ya sin fuerzas, bendijo a los presentes. Irían a medias, le había prometido D. Bosco. Y así fue incluso en la hora suprema de la bendición postrera. A las cinco menos cuarto de la madrugada expiraba. Somos doblemente huérfanos, exclamó D. Rúa. Hemos perdido un padre en la tierra y conquistado un protector en el cielo. Demostrémosle que somos dignos de él siguiendo sus santos ejemplos.

La noticia es telegrafiada al Papa, a los Inspectores y bienhechores.

Una carta en versión francesa y española fue enviada aquel mismo día a los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores.

«Con la angustia en el corazón, escribía D. Rúa, con los ojos hinchados de llorar, con mano temblorosa, os comunico la noticia más dolorosa que yo haya dado jamás y pueda dar en el resto de mi vida. Os anuncio que nuestro queridísimo Padre en Jesucristo, nuestro Fundador, el amigo, el consejero, el conductor de nuestra vida, ha muerto. ¡Ah! Palabra que taladra el alma, que traspasa el corazón de parte a parte, que abre el cauce a un río de lágrimas.

»Las oraciones privadas y públicas elevadas al cielo para que no desapareciera de nuestro lado han retardado a nuestro corazón este golpe, esta herida, esta llaga dolorosísima, pero no han valido para privarnos de ella, como era de esperar.»

Estas frases dejan en claro la sensibilidad y el afecto del que sería Sucesor de un gran santo y apóstol.

D. Rúa no se aparta de los restos de su querido amigo.

La manifestación popular que sigue a la muerte de D. Bosco se calcula en las 200.000 personas. Con sol radiante, calma total del aire, miles de luces ardientes, asociaciones, corporaciones, testimonian el dolor común.

El desfile ante los restos es interminable.

Valsalice los recogerá definitivamente. De todas partes llegan peticiones para conservar alguna reliquia. D. Rúa trata de acceder a este deseo, sobre todo tratándose de los más insignes bienhechores de la obra del Santo.

Y antes de que transcurra un mes del fallecimiento, nuestro Beato comienza gestiones para abrir el estudio sobre las virtudes del Fundador, comenzando la Causa de Beatificación. El Cardenal Alimonda, amigo entrañable del difunto, aporta su personal entusiasmo para que la idea tome buen sesgo.

Las últimas impresiones.

Los acontecimientos inmediatamente anteriores a la muerte de D. Bosco habían sido compartidos de forma especial por su Vicario. En 1886, D. Bosco viajaba a Barcelona, último viaje que hacía al extranjero antes de morir. Tomó por su cuenta D. Rúa el papel de intérprete y en una gramática de cuatro gordas hizo los primeros pinitos en español. No sabemos si se obró ese extraño milagro de aprender un idioma en diez días como anuncian ciertos atrevidos prospectos... El caso es que D. Rúa, valiéndose de una «Imitación de Cristo» como lugar de confrontación y refugio, traspasa las fronteras hablando español e incluso predica a los alumnos de Sarria.

Contamos con unas notas que el Beato toma de tales jornadas.

«Al llegar a Barcelona encontramos en la estación una inmensa multitud que esperaba ansiosa ver al visitante, cuya santidad era ya famosa. Impacientes, le pedían su bendición. Quedé grandemente maravillado al ver, una vez abandonada la estación de ferrocarril, la gran cantidad de vehículos lujosos de las más distinguidas familias, entre ellas el Alcalde y el Gobernador que representaba a la Reina, que habían

venido para recoger con gran respeto y el mayor honor al pobre D. Bosco.

Llegados junto a Doña Dorotea, la más insigne bienhechora de la casa, asistió a la Misa que yo mismo celebré, sintiendo mucho no poderlo hacer él mismo, porque debiendo haber pasado la noche en el tren en un estado de salud muy precario, le había sido imposible guardar el ayuno.

Llegando por la tarde a Sarria, pudimos ver las calles llenas de gente que se apiñaba también cerca de nuestra casa. Hasta en los árboles había jóvenes encaramados esperando a quien por la fama ya sabían gran amigo de la juventud. Desde aquel día comenzó una especie de peregrinación de Barcelona y otras muchas ciudades de España para ver a D. Bosco. Las audiencias comenzaban a las ocho de la mañana y duraban hasta las seis de la tarde, con una breve interrupción al mediodía. Y téngase en cuenta que no se dejaba más de un minuto a cada visitante. No se vaya a creer que se trataba solamente de gentes sencillas del pueblo, sino de personas de la más distinguida nobleza española que deseaban recibir la bendición del santo. Se le presentaban muchos enfermos que buscaban milagrosas soluciones.»

Lo que D. Rúa no consigna es una portentosa curación obrada a través de su intervención. Un niño deshauciado por los médicos fue presentado a D. Bosco, que, fatigado, se ve en la imposibilidad de atenderle. Lo envía a D. Rúa con cuya bendición el chico sana al instante.

La vuelta del santo ha de ser bien protegida. La gente, como sucediera en París, quiere llevarse retazos de la sotana de D. Bosco. Sin encogimiento ni rubor, D. Rúa tiende la mano en la catedral de Montpellier durante la celebración eucarística. Celebraba D. Bosco y al llegar el Evangelio una autoridad eclesiástica tiene la iniciativa de rogar a los presentes una limosna para la obra salesiana. El propio Vi-

cario recorre las naves del templo recogiendo la aportación de los franceses.

Las mutuas delicadezas entre los dos hombres no cejan.

De ninguna forma D. Rúa puede consentir el arrinconamiento de quien lo había sido todo para él, incluso en los días postreros de cansancio y agotamiento.

En septiembre de 1886 se celebra el Cuarto Capítulo General de la Sociedad. El santo es colocado en medio de todos. Nuevas elecciones del Consejo Superior. Todos ponen en sus manos sus cargos deseando que su palabra sea la que apruebe y decida. Dando cuenta a los Salesianos de aquella asamblea, el venerado Rector Mayor hacía en esencia estas reflexiones:

«Consideremos a nuestros Superiores como hermanos, más aún, como padres amorosos. Que ninguno pretenda otra cosa que la gloria de Dios, la salvación de las almas, nuestro propio bien y el progreso de nuestra Sociedad. Veamos en ellos a los representantes de Dios, acostumbáronos a considerar sus disposiciones como manifestaciones de la voluntad divina.

Guardémonos, queridos hijos, de caer en el grave defecto de la murmuración, que es tan enemiga de la caridad, no querida por Dios y dañina para la Comunidad.

Una tercera cosa me interesa mucho y es la observancia perseverante del voto de pobreza. Recordemos que de esta observancia depende en gran parte el bienestar de nuestra Sociedad y el fruto de nuestras almas. La Divina Providencia nos ha ayudado hasta ahora y digámoslo también, de forma extraordinaria, en todas nuestras necesidades. Esta ayuda, estamos seguros, continuará llegándonos en el futuro por intercesión de María Auxiliadora que nos ha hecho de Madre siempre.»

D. Bosco, por su parte, no deja pasar ocasión con la que demostrar su agradecimiento y afecto para con Rúa.

Se abre la primera casa para la formación del nuevo

personal en Foglizzo Canavese. En honor de su Vicario, el Santo la pone bajo el patrocinio de San Miguel y le da su nombre.

Tampoco consideró oportuno que quien le había acompañado a su primera visita al Papa no lo hiciera también en la última. La tarde anterior a la bendición del templo al Sagrado Corazón, con lo que D. Bosco cumple un expreso deseo de León XIII, es recibido por el Pontífice. El Papa admite a Rúa en la audiencia y entre otras cosas se toca el tema del trabajo de los Salesianos. D. Bosco dice: —Santidad, mis hijos lo que necesitan es moderación. Y D. Rúa interviene: —Santidad, el propio D. Bosco es quien nos ha dado un pésimo ejemplo en este campo.

Tampoco queda al margen el tema de las Misiones de Patagonia por las que se interesa vivamente León XIII.

Este viaje a Roma, en 1887, acumulaba más cansancio en los resistentes viajeros. D. Rúa escribía cartas en horas del día y de la noche. D. Bosco quería ser visitado y contemplado por todo el mundo. En una de estas jornadas, D. Rúa cae desmayado al ir a celebrar la Eucaristía. Seguramente su estómago, como tantas veces, recibía pocas atenciones y no muy exquisitas por cierto. D. Bosco, antes de partir de la ciudad santa, celebra en el altar de María Auxiliadora del templo inaugurado. Los sollozos interrumpen la acción litúrgica. La misión encomendada y anunciada por la Señora en los albores de su infancia aparece ahora en toda su dimensión y claridad, cuando la vida se le acaba.

Es de suponer que los nuevos refuerzos que pedían entrada en la Sociedad llenarían de gozo el corazón del Fundador. Así sucedió con 94 novicios, a quienes D. Bosco impuso la sotana en Foglizzo. «Otro año no vendré yo, pero vendrá D. Rúa», pronosticaba con toda verdad el santo. También en el Santuario de María Auxiliadora, D. Bosco investía con la sotana al Príncipe Augusto Czartoryski, reci-

biéndolo en el seno de su familia junto a otros tres candidatos de nacionalidad inglesa, polaca y francesa. Habla Don Rúa y lleno de emoción hace alusión a las palabras de Isaías: «tus hijos vendrán de lejos»...

Entre los homenajes que ambos santos varones recibieron poco antes de la desaparición del Fundador hay que recordar la significativa de León Harmel al frente de novecientos peregrinos franceses. D. Bosco y su Vicario se desplazaron para acceder a aquella muestra de veneración por parte del mundo obrero y de muchos directores de asociaciones católicas. Como si se tratara de alumnos del Oratorio, los centenares de peregrinos desfilaron ante Don Bosco besando su mano y recibiendo un recuerdo alusivo a María Auxiliadora.

Inquietud aplacada.

El comportamiento del Beato tras la muerte del Fundador pone muy en claro la total ausencia de ambiciones de mando. No aparecía el documento que acreditaba la designación hecha en 1884 por D. Bosco. D. Rúa escribía al Papa para que pusiera los ojos en otro de más relevantes méritos. Corrían rumores por círculos vaticanos de que una vez desaparecido el Fundador, todo se vendría abajo. Los miembros del Consejo Superior, entre los cuales descollaba como Director Espiritual «ad honorem» Monseñor Cagliero, se expresaban en términos muy claros:

«Por nuestra parte, los humildes firmantes, nos alegraremos muchísimo de que el Santo Padre confirme como Nuevo Rector Mayor, es decir, Superior General de la humilde Sociedad de San Francisco de Sales, al susodicho Sacerdote Miguel Rúa, designado ya y propuesto como su Vicario por nuestro D. Bosco mismo, después de la invitación recibida por S. B. que en su paterna bondad deseaba ver de tal manera asegurado el porvenir de la Congregación Salesiana. Es más, elegidos entre los primeros Su-

periores, conocemos no solamente el ánimo de los electores, sino también de todos los Socios, y podemos asegurar con la más íntima certeza del corazón que la noticia que confirmase que el Santo Padre nos ofrece como Superior General al Sacerdote Miguel Rúa sería recibida no solamente con profunda sumisión, sino con sincera y cordial alegría.

Añadamos más. Si hubiese que llegar a una elección, según las Constituciones, es común sentir que D. Rúa sería elegido por unanimidad, y esto en obsequio a D. Bosco que lo tuvo siempre como su primer confidente y brazo derecho y también por la estima en que todos le tienen, dadas sus eximias virtudes, conocida su particular habilidad en el gobierno del Instituto y por su singular destreza en despachar y gestionar asuntos, de lo que dio ya luminosas pruebas, bajo la dirección del inolvidable y queridísimo nuestro Padre y Fundador»...

El Cardenal Parocchi, Protector de la Congregación, recibió con agrado estas declaraciones rotundas. El Papa no tarda en dar su «placet». Monseñor Manacorda, viejo amigo de D. Bosco, habla con los venerables Padres romanos sobre la situación y de esta forma los ánimos recobran la tranquilidad y la alegría.

D. Rúa viajaba a Roma para agradecer al Papa tan singular nombramiento, no sin antes asistir a la Beatificación de San Juan Bautista de la Salle. Aquel 20 de febrero de 1888 traería sin duda a su memoria recuerdos de la infancia, cuando bajo la ya prestigiosa pedagogía de los Hermanos de las Escuelas Cristianas avanzaba en los primeros estudios al par que comenzaba a entrevistarse providencialmente con el que sería su gran Director y Maestro.

León XIII recomendaba al nuevo Rector Mayor que las obras emprendidas se consolidasen en sus fines y en la dotación del personal competente, rechazando por un tiempo la natural tentación de abrir más y más centros dedicados a la juventud necesitada. Al declarar D. Rúa

cómo D. Bosco había recomendado en el lecho de muerte la devoción al Papa y el amor constante por la Iglesia, el Pontífice exclamó: «Oh, se ve que vuestro D. Bosco era un santo semejante en esto a San Francisco de Asís, que cuando le llegó el momento de la muerte recomendó encarecidamente a sus religiosos que fuesen siempre hijos devotos y sostén de la Iglesia Romana y de su Cabeza visible. Practicad estas recomendaciones de vuestro Fundador y el Señor no dejará de bendeciros.»

El nuevo Rector Mayor se había encargado de hacer circular en pequeño formato unas palabras de oro que Don Bosco dejaba como testamento espiritual.

«Vuestro primer Rector Mayor ha muerto. Pero nuestro verdadero Superior, Cristo Jesús, no morirá. El será siempre nuestro Maestro, nuestro Guía, nuestro Modelo... Vuestro Rector Mayor ha muerto, pero será elegido otro, que tendrá cuidado de vosotros y de vuestra eterna salvación. Escuchadlo, amadlo, obedecedle, rogad por él, como habéis hecho por mí»...

No extrañe el empeño especial del Beato de comportarse en todo y por todo, a veces hasta el escrúpulo, como lo hizo o lo hubiera hecho su santo antecesor.

Siempre circundado por el volcán eruptivo de los papeles, D. Rúa recibe un especial consuelo al repasar la voluminosa correspondencia acumulada con motivo de la muerte de D. Bosco. Entre las muestras de dolor llegadas de todas partes donde la obra salesiana y la fama del santo tenían algún asiento, resaltaba la carta de Carlos Gastini, presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos.

Gastini aseguraba que el mismo cariño y sumisión demostrados hacia la persona del Fundador continuarían intactos para con su Sucesor. Entre otras ideas, D. Rúa contestaba:

«En cuanto a mí, puedo deciros con verdad que quisiera tener un corazón grande y tierno

como el del querido D. Bosco, para amaros lo mismo que lo hizo él. Que si mi corazón no puede compararse con el suyo, haré todo lo posible para demostraros mi cariño fraternal en las ocasiones que se me presenten. Siempre consideraré en vosotros a los hijos de D. Bosco, el objeto del más vivo afecto de nuestro llorado Padre; siempre reconoceré en vosotros a mis queridos hermanos. Si te pareciera bien comunicar estos sentimientos a los demás Antiguos Alumnos, no solamente te lo autorizo, sino que te quedaré agradecido»...

Mientras D. Bonetti recibía con urgencia el encargo de archivar datos sobre la vida prodigiosa del desaparecido Fundador de los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, el Beato aseguraba a todos su infalible fidelidad al espíritu heredado por disposición del Pontífice y también del común asentimiento. Los salesianos misioneros que se encontraban en Argentina, recibían una cariñosa carta en la que D. Rúa afirmaba: «Si por desgracia os equivocáis sobre cuanto puede referirse a mi persona, existe un punto en el que no os equivocareis y es que yo os amo como un ternísimo padre.» Y mucho más adelante la carta decía: «Ruego por vosotros, pienso en vosotros, me afano por vosotros como una madre por su hijo único.»

El año 1888 apenas el nuevo Rector Mayor se mueve del Oratorio. Las visitas que hace son de corta duración y a corta distancia. Los alumnos mayores comienzan a escuchar periódicamente sus conferencias formativas. Las peticiones de nuevas fundaciones son numerosas y la gran preocupación de D. Rúa es el reclutamiento y fomento de nuevas vocaciones salesianas.

Una estela imborrable de nostalgia dejará este año en

al alma de D. Rúa, que no acaba de acostumbrarse a tener que llenar el sitio vacío.

«¿Te acuerdas de aquel sueño de D. Bosco, en el que nos vio a los dos empujando un carro? Si te acuerdas, dijo que había visto que yo estaba delante tirando y tú detrás empujando con toda la fuerza. ¿No estaremos ya dando realidad a aquel sueño? Sobre mis espaldas ha caído el peso de estar a la cabeza del carro en la casa-madre, mientras tú en la Patagonia, que parece el país más extremo del mundo, cumples tu parte de empujar el carro de nuestra Sociedad; y todo esto después de varias peripecias que parecían deber impedir esta realidad. Ruega por mí, que tiemblo al sólo pensamiento de la responsabilidad que me ha caído encima.»

Estas palabras las leía al otro lado del océano D. Ángel Savio, salesiano de la primera hora, Ecónomo General, que a sus cincuenta años acompañó a Monseñor Cagliariero a las misiones de la Patagonia. »

MIGUEL RÚA Y LA JAULA DE CRISTAL

El 29 de junio de 1972, Angela Davis se dirigía a veinte mil neoyorquinos que fueron a escucharla y aplaudirla al Madison Square Garden. «Pedimos la liberación de todos los prisioneros políticos y el fin del racismo donde existe: aquí y en Vietnam y en África del Sur», gritaba la valiente mujer de color, declarada inocente después de un célebre proceso que tuvo con orejas tías a toda la prensa mundial. Cien mil dólares se embolsó Angela como respuesta generosa de los miles de personas que contribuyeron a que pagara a la justicia y a sus abogados. Pero lo que nos pasma y entristece a un tiempo es ver cómo la ardiente oradora se escondía en una jaula de cristal anti-balas para defender su frágil existencia de esos francotiradores alucinados que cada día aparecen como fantasmas del infierno por alguna esquina de nuestro planeta.

A D. Bosco le persiguieron también las balas de esos enemigos que nunca fallan en la vida de los ilustres hombres. D. Rúa no huyó de tiros escurridizos y tuvo el valor indispensable para aparecer magro y consumido de abnegaciones pidiendo en público y en privado la aportación generosa de sus bienhechores, que lo eran también de sus jóvenes necesitados.

A los tres meses de muerto D. Bosco el Cardenal Ali-monda acudía después de las ceremonias de sufragio a la

mesa de D. Rúa. Suponemos que no buscaría en ella go-
llerías y sí el placer de un rato de charla y convivencia.

—Después de su vuelo al Cielo, preguntaba el prelado,
¿se han acabado ya las manifestaciones de la Providencia?

—Hay que confesar, respondía D. Rúa, que D. Bosco,
una vez que llegó al Paraíso, no se ha podido dedicar al
reposo, sino que trabaja lo suyo...

Y enseguida, el Rector Mayor narraba un hecho de
todas todas sorprendente.

El mismo día de la muerte de D. Bosco los salesianos
de París se encontraban muy preocupados por no tener una
suma necesaria para la adquisición de la casa de Ménilmont-
tant. Treinta mil liras necesitaban al menos. Una persona
desconocida telegrafía notificando que desea hacer una ofer-
ta a los Salesianos y pide orientación sobre su destino:
Turín o París. La respuesta la proporciona la dirección de
los salesianos necesitados en la capital francesa, que ven
llegar la cantidad como llovida del cielo.

El P. Francesia decía que el suceso, contado con tanta
sencillez por D. Rúa, había sido el mejor plato de la co-
mida, de por sí frugal y quizás algo aliviada y enriquecida
aquel día en atención a la personalidad que les honraba.

Podemos afirmar sin duda alguna que una de las gran-
des preocupaciones del nuevo Superior de la Sociedad Sa-
lesiana fue la de ir tapando huecos económicos. Deudas
considerables agobiaban los libros de cuentas que a su
muerte D. Bosco había dejado. ¡Y pensar que alguno prop-
agó la pésima y falsa noticia de que el nuevo Rector Mayor
heredaba del Fundador una importante fortuna!

En la enfermedad del santo, D. Rúa recibió una extraña
confidencia que le aseguraba asistencia económica para sus
obras posteriores. En realidad, ningún día a partir de la
pérdida del santo faltó una cantidad considerable durante
el año 1888 para acortar las trampas de la Congregación.

Ya se sabe cuáles eran las voraces hogueras que con-

sumían tanta lira procedente de muchos puntos de Italia y Europa: miles de chicos necesitados de todo, vocaciones, Misiones, obras levantadas a buen ritmo sin contar de antemano con un capital fuerte.

En marzo de 1888 partían nuevos misioneros para Argentina. Próximamente se organizarían otras dos expediciones y esta vez contando con la aportación personal de las Hijas de María Auxiliadora. D. Rúa tuvo la conmovedora iniciativa de celebrar una ceremonia de despedida en la habitación pobrecita donde D. Bosco había expirado. Allí pronunció una fervorosa oración para que sus valientes expedicionarios no se acobardaran ante la inmensidad de la mies.

—¿Vendrá a visitarnos a América?, le preguntó una Salesiana.

—D. Bosco no viajó nunca a América, fue la respuesta del Rector Mayor, escrupulosamente preocupado por ir pisando las huellas del Fundador.

Ni oro ni plata.

El dinero del Beato Rúa tenía rapidísima salida. Y tratándose de dar es seguro que su mano no se tendía ofreciendo oro ni plata. Pero como Pedro con el tullido de la Puerta Hermosa, D. Rúa sacaba de sus alforjas remedios insospechados.

Viajaba a Borgo San Marino rodeado del alborozo general e incluso de la alegre fanfarria que hizo mutis apenas fue traspuesta la cancela del colegio. Muy cercana la residencia de las Hijas de María Auxiliadora, Sor Filomena Bozzo se encontraba muy grave. Atacada de males incurables por tres flancos diversos, había recibido el dictamen reciente de que moriría en aquella misma noche, tras una consulta de tres especialistas.

D. Rúa apareció después de la cena, observando la tristeza general de todas las religiosas.

Ante la invitación de la Directora, D. Rúa, un poco pensativo, afirmó:

—Permaneced tranquilas. La Hermana no morirá. Debe hacer todavía mucho bien. En este instante no puedo visitarla, pero dígame que permanezca tranquila. Mañana por la mañana estaré temprano junto a ella. Mientras tanto, esta noche, a las nueve, desde mi habitación, le mandaré la bendición de María Auxiliadora. En esa hora, usted y sus monjas recitad tres Avemarias junto al lecho de la enferma.

D. Rúa volvió junto a sus muchachos de Borgo San Martino y les animó en las «Buenas Noches» a tener presente a Sor Filomena. Después de quince días de insomnio, a las diez de la noche de aquel día, la enferma se durmió plácidamente. Recibió al día siguiente la Unción de los Enfermos, la absolución sacramental e incluso hizo los votos perpetuos. La mejoría comenzó a llamar poderosamente la atención de todos.

—Esto es un verdadero milagro, exclamaba el médico. Con tantos males y tan graves complicaciones, la curación era humanamente imposible.

El Beato conoció esta milagrosa mejoría, que inmediatamente refirió a la bondad de la Auxiliadora.

No descuidaba la devoción a la Virgen y así urgía a unos y otros para que la decoración y acabado del templo a la Auxiliadora quedase en su punto. La primera festividad de la Señora que se celebraba sin D. Bosco, es claro que todos echaron de menos al santo. D. Rúa le sustituyó hasta en mínimos detalles y la afluencia de la gente a la sacristía para exponer sus problemas y recibir la bendición de Don Bosco, volvió a repetirse esta vez en la persona del Sucesor. En las horas vespertinas, la misma corona de muchachos que se apretaba junto al Fundador lo hizo junto al primer Rector Mayor.

Eran claras sus palabras: «Temían algunos que después de la muerte de nuestro Padre todo quedase empantanado.

Pero él mismo había dicho: deseo marcharme pronto al Paraíso, desde allí podré trabajar mejor por nuestra Sociedad y proteger a mis hijos. El mantiene su palabra y cada día comprobamos su particular protección.»

El caso de Sor Filomena no es único. La santidad de D. Rúa ha sido por muchos comparada e incluso ponderada por encima de la de su Padre y Fundador. Son extrañas e inadecuadas estas comparaciones...

Sor María Sorbone, en Niza, recibió también el benéfico ofrecimiento del Beato, sin oro ni plata, como el Apóstol. Llevaba más de cuarenta días casi inmóvil. El mal de estómago que le atormentaba le había tenido sin tomar alimento durante todo este tiempo. También esta vez la religiosa —como en el caso anterior— emitió sus votos.

—Le auguro que viva todavía tantos años como tiene la corona del Rosario. Podría ser esta su hora pero Don Bosco tiene necesidad de milagros para ser beatificado. Haga usted que éste sea uno.

La enferma besó la reliquia de D. Bosco y recibió la bendición del Beato.

— El milagro, terminaba D. Rúa, lo escribirá usted de su puño y letra. Haga honor a D. Bosco.

Muy poco tiempo pasó de esta escena, cuando la Salesiana pidió de comer. Se interpretó como delirios de agonía. Le hicieron caso. Comió y una media hora después volvió a pedir algo de comer. Así lo hizo muchas veces. Después se vistió y ante la estupefacción de todas, recorrió la casa y fue a hacerse la enconradiza con el propio D. Rúa, que le recomendó volver al lecho a reposar, no sin antes dar gracias a María Auxiliadora.

La boca abierta del médico, la sorpresa de todos, que esperaban que la enferma pasara al otro mundo aquella misma noche, la seguridad del Beato, la alegría indescriptible de la monja... Todo aquello queda consignado por

la confesión de la interesada, que fue llamada por D. Rúa la «monja del milagro». Vivió tantos años como le pronosticó el improvisado enfermero. «Nunca he vuelto a padecer de aquellos males», confesaba muchos años después Sor María Sorbone.

De esta forma, con motivo de la festividad del 24 de mayo de 1889, el Conde de Villeneuve-Flayesc, ante un grupo de personas muy importantes, entre ellas el Cardenal Alimonda, exclama: «Es la segunda vez que celebramos la fiesta de María Auxiliadora sin aquel que nos enseñó a amar y a servir a esta Madre Celestial. Pero me corrijo diciendo que ahora tenemos a dos D. Bosco. El que está en el cielo, más poderoso ahora que cuando se encontraba entre nosotros; y aquel que es su imagen viviente, que se encuentra aquí con nosotros.»

Continuidad de estilo.

Dos mil personas asistieron el 22 de junio de 1889 a la inauguración y bendición de la capilla levantada sobre los restos del Santo Fundador. Fue especial empeño de D. Rúa. Bastó la sugerencia por su parte y la diplomacia de las palabras bien medidas para que todo surgiera con primor y además gratuitamente.

Los antiguos alumnos, al mes siguiente, después de haber recibido el Rector Mayor el primer homenaje o fiesta en su honor por parte de los alumnos del Oratorio, se reunían a su alrededor en una mesa fraternal y alegre. No podemos menos de citar a la letra las palabras del Beato: «Mis hermanos queridos, yo os quiero. No podré hacerlo como lo hacía D. Bosco, pero es mi deseo hacerlo como él. Me esforzaré en imitarle en todo aquello que esté a mi alcance. Cuantas veces necesitéis de mí, acercaos con la confianza de un hermano para con otro hermano, y yo seré todo para vosotros hasta donde llegue la posibilidad de mis

fuerzas. Y no olvidéis jamás que el Oratorio es vuestra casa paterna.»

Parecen palabras del Santo y son de su primer Sucesor.

Siempre que se analizan con algún detenimiento las cartas, discursos e intervenciones en público del Beato, podremos observar una gran claridad en las ideas y una línea expresiva que está casi calcada de los sentimientos que albergaba D. Bosco. Ningún mentís más fuerte a la posible creencia de que D. Rúa pudiera ser hombre frío y poco afectuoso que estos párrafos llenos de verdadero cariño para con quienes él sabía que estaban en la mente de Don Bosco: los antiguos alumnos de su Oratorio.

En octubre moría Antonio Rúa, el único hermano que sobrevivía de los que compusieron la familia del Beato. No había escatimado sacrificio, incluso económico, su hermano Antonio para ayudar al Fundador siempre que le fue posible y luego al hermano fidelísimo, a Miguel, tan exigente para consigo mismo y tan generoso para sus hijos y hermanos.

Comenzaba el año 1890 y D. Rúa volvía una y otra vez a aprovechar ocasiones para lanzar llamadas de urgencia:

«De la misma manera que sin operarios no se puede cultivar un campo, ni hacer la guerra sin soldados, de la misma manera nosotros, si no nos rodeamos de ayudantes, de sacerdotes, catequistas, maestros de taller, no podremos sostener nuestras casas fundadas ni fundar otras nuevas. Sin estos susodichos ayudantes tendremos que cerrar colegios y orfanatos, supender los talleres, parar las máquinas tipográficas, abandonar las Misiones. Por todo esto, la obra de las obras, la que los Salesianos y Cooperadores jamás deben perder de vista, es aquella de formar un personal adecuado a las necesidades. Esta formación resulta costosísima, porque es menester durante años y años mantener a los jóvenes, o en las escuelas para el estudio o en los

talleres para el aprendizaje de un arte u oficio, y que así sean capaces de enseñar a otros. Es necesario proveerles de libros y de profesores, de instrumentos de trabajo. Es necesario sobre todo buscar el alimento necesario a su edad y condición. Y tendré que decirlos que los jóvenes tienen siempre buen apetito y estoy contento de ello»...

D. Rúa era padre de familia, de enorme familia juvenil y adulta que iría creciendo de forma fabulosa, comparable a la multiplicación de los panes y peces, como afirmaría más tarde un famoso obispo americano. ¿Y qué padre de familia no suda y trasiega para dar con el pan de cada día? Hemos visto que no se andaba con muchos rodeos a la hora de tender la mano a sus bienhechores ni gracias a Dios tuvo que parapetarse dentro de una jaula de cristal como la desafortunada Angela Davis huyendo de posibles balas homicidas.

El contacto con el Papa León XIII continuaba y siempre el Pontífice mostraba el mismo interés y afecto por la obra de D. Bosco, que se iba agigantando contra el pronóstico de no pocos padres graves de Congregaciones romanas.

«Si no ayudáis a estos pobres jovencitos, afirmaba Don Rúa, de aquí a algunos años aparecerán por las calles y plazas armados de palos para arrasarlo todo.»

Apenas la triste sombra de la desaparición de D. Bosco fue disipándose poco a poco, D. Rúa comenzaba a viajar dentro de Italia: San Pier d'Arena, Cásale, Alasso, Borgo San Martino, Faenza, Nizza Monferrato...

Sus largas jornadas en tren le llevarían a todos los puntos de su querida grey, repartida por naciones de todas las costumbres y colores. Jamás se le olvidó que D. Bosco había asegurado el porvenir de sus hijos siempre que la pobreza fuese reina y testimonio evangélico entre la gente. Campeón de tal programa fue sin duda nuestro biografiado contento con las más duras estrecheces y siempre alegre y sereno con tal de hacer el bien olvidándose de sí mismo.

En el verano de 1890 una voz autorizada entre los AA. A A. acudiría con emoción a un símil entresacado del segundo libro de los Reyes de la Biblia. Elías es arrebatado a los cielos y su sucesor Eliseo recibe su manto y también su espíritu. También D. Bosco es arrebatado de entre sus hijos pero su espíritu es heredado por su más fiel intérprete y seguidor, Miguel Rúa.

Nada arredró a éste cuando se trataba de hacer ver que ese espíritu heredado quedaba en pie, fresco y sin arrugas. Característica de D. Bosco fue siempre el desenfado y la serenidad ante los ricos y los bien señalados por la fortuna recordando cuántos pobres jovencitos quedan sin pan y sin instrucción debido a falta de medios materiales.

Condición humana que nos hace quizás más cercana y atrayente la figura de los santos, que no se alimentaban del aire, aun cuando San Francisco de Asís pasara largas jornadas con un panecillo y unos buchitos de agua...

Los jóvenes tienen siempre buen apetito, afirmaba el Beato.

¡Cuántos millones de liras fueron a parar a manos de D. Rúa y sus colaboradores y se volatilizaron en un dos por tres debido a este apetito constante! La casi totalidad de las obras de misericordia se explayaban en la casa de D. Bosco. Instruir, aconsejar, corregir, consolar, alimentar, vestir, acoger bajo techo, repartir la fuerza de la oración y de los consuelos sobrenaturales...

MIGUEL RÚA Y LA CHATARRA...

Hasta los cielos que cobijan e iluminan nuestros días sobre la tierra, se están haciendo pequeños para dar vía libre a los desalados reactores, a las naves viajeras que de un brinco salvan los océanos y las tierras distantes. No cabemos tampoco sin riesgos ni peligros por las vías del espacio, como si ya no fueran bastantes las víctimas sembradas semanalmente por las carreteras del mundo entero.

Hay que confesar que los Rectores Mayores de la Congregación Salesiana han disfrutado de muy diversas oportunidades tratando de desplazarse y conocer personalmente a los suyos. D. Luis Ricceri no ha dudado un momento en tomar su «valigia» y aparecer en naciones sudamericanas después de unas confortables horas de vuelo. No me refiero a las horas de vuelo que ha de tener todo Superior General, sino a las consumidas sobrevolando mares inmensos y gigantescas cordilleras. Confortables horas de vuelo porque si las comparamos con aquellas que empleó D. Miguel Rúa para hacer centenares y centenares de kilómetros, distan unas de otras de forma insalvable... Figúrense en vagones de tercera clase, siempre que los había, al Rector Mayor de los Salesianos, en promiscuidad franciscana con la hermana gallina, los cestos de frutas y legumbres, la tufarada de los cigarros, la pobre gente inculta y misérrima, muchas

veces en apretada competición por adueñarse de un rincón o un duro asiento.

Chatarra sin duda deberían ser tales alojamientos en comparación con el confort y hasta el aire acondicionado de que hoy día hacen gala los trenes sin poéticos penachos de humo, pero más higiénicos, cómodos, limpios y veloces. Por lo que toca al aire acondicionado, no solamente era el sentido del gusto el que D. Rúa mortificaba en sus viajes, llegando a cenar alguna noche un trozo de manzana y un trago de vino, sino que como propina de los traqueteos y empujones, charlas de pocas calidades académicas y otros etcéteras, aquellos vagones no ofrecían precisamente ningún celestial olor de santidad...

¿Y el mar? Nada comparable —dicen— al mal de mar y al mal de amores...

Poca simpatía guardaba D. Rúa para las largas travesías en las que un mareo a tiempo es ya suficiente para desencuadernar al más valiente. No obstante, pudo mucho más el amor a su Congregación que el martirio de las olas.

En su biografía, el P. Auffray titula con cifras rimbombantes uno de sus capítulos: CIEN MIL KILÓMETROS. Y la afirmación se ve que no está hecha al azar, ya que el meticuloso conocedor de la historia salesiana nos va sumando singladuras hasta demostrar la veracidad de la suma total.

Parece cosa del otro mundo la resistencia física de un hombre tan flaco que, como decía el apóstol, castigaba su cuerpo y lo reducía a servidumbre con implacable regularidad.

Se propuso el Beato visitar todas las casas salesianas europeas.

Tierras francesas e inglesas, belgas y españolas, holandesas y polacas, turcas y austriacas, suizas, griegas, alemanas, sirias, tunecinas, argelinas, portuguesas y hasta las tierras holladas por el Divino Nazareno, conocieron la presen-

cia inquieta y andariega del primer Sucesor de D. Bosco.

Veinte años de madurez, de los cincuenta a los setenta, se mantuvo en constante ajetreo dentro y fuera de Italia. La Congregación, como una planta vigorosa, crecía casi milagrosamente. A pesar del aviso preventivo del Papa, las llamadas eran constantes para fundar nuevos centros en las más distantes latitudes.

«Intento imitar a D. Bosco en todo y por todo, siempre que me es posible», dijo D. Rúa en «Notre Dame», presente el obispo de la capital francesa. Realidad tan clara, que un P. Capuchino exclamaba admirado: «Todo es prodigioso en la vida y en las obras de D. Bosco. Pero esta prolongación suya en D. Rúa me parece el mayor de todos los prodigios.»

Juan Rouden es un nombre que recogen los biógrafos con caracteres especiales. Había recibido grandes beneficios físicos de D. Bosco pero se encontraba sordo totalmente. Asediado D. Rúa por una multitud constante, le fue difícil acercarse a él. Pero todo lo consigue la fe de un enfermo.

Cuando logró entender lo que D. Rúa le proponía, cumplió durante tres días las sencillas condiciones piadosas. Al cuarto día oía perfectamente. Con mucho gusto se hizo Cooperador Salesiano, insinuación que también provenía de su gran bienhechor.

La visita de D. Rúa a España se vio circundada de gran afecto y expectación. Le acompañó D. Julio Barberis, uno de los pilares espirituales de la Congregación, por cuyas manos pasaron muchas almas juveniles deseosas de moldearse en el espíritu de D. Bosco. Algunos señores catalanes se adelantaron hasta Moneada para acompañar durante un sector del trayecto a los viajeros. D. Felipe Rinaldi, entonces Director de las Escuelas Profesionales de Sarria, fue quien dio con ellos, en tercera clase. Los otros señores buscaban inútilmente por los vagones de primera y segunda. No pudo faltar una atención especial para Doña Dorotea.

Celebró en su capilla, comió rodeado de señores influyentes de la capital catalana. Visitó también Sarria. En la villa de D. Luis Martí Codolar se dejó fotografiar en el mismo lugar donde lo fuera en 1886 el propio D. Bosco.

Andalucía no fue a la zaga en estas demostraciones de afecto. Entre otras poblaciones, D. Rúa visitó Utrera, donde fue fundada la primera casa salesiana española. El P. Barberis afirmaba que nunca había visto llorar a D. Rúa y en Utrera lo hizo. Los muy tunantillos le llegaron bien hondo con sus vivas en la estación, con su deseo de arrancarle botones y pedazos de la orla de la sotana.

En la primavera de 1890, D. Rúa visitaba el norte de Francia, Inglaterra y Bélgica. Todo es muy pobre y escaso en tierras inglesas. El Beato da un gran impulso a las obras fundando una casa para chicas, una iglesia nueva y un centro masculino. Inglaterra, presente en la visión famosa del angelical jovencito Domingo Savio, sentía así el personal apoyo del Rector Mayor, celoso de cualquier rincón de su rebaño, ya extendido por multitud de países.

A la vuelta de estos grandes paseos que le dejaban poco menos que baldado, confesaba haber encontrado por todas partes mucha pobreza, gran espíritu, abundante trabajo y frutos que le llenaban de gran consuelo.

A golpe de manivela.

D. Rúa, a los cincuenta años de los humildes comienzos, recordaba y comentaba el sueño de D. Bosco tenido en 1856.

Un personaje invitaba al santo a darle vueltas a una manivela con la que una especie de rueda de la fortuna iba presentándole aspectos presentes y futuros de su Obra. Cada giro de aquella ruleta comportaba diez años del desarrollo de la Congregación.

«Considerando las distintas fases de la Obra de Don

Bosco, la veo en el primer decenio limitada a la ciudad de Turín, comentaba D. Rúa; en el segundo extendida a las distintas provincias del Piamonte; en el tercero dilatando su fama y su influencia en las diversas tierras de Italia; en el cuarto extendida por varios países de Europa y finalmente en el quinto —en el cincuentenario— conocida y deseada en todas las partes del mundo.»

El continuo ajeteo de D. Rúa se veía salpicado de tangibles realidades. Primeras piedras que llegaban a últimas. Nadie sentía tan hondo el latido de aquella criatura, engendrada con dolores de complicado parto por D. Bosco. Criatura que a los pocos años de venir al mundo, crecía vigorosa, pujante, con unos signos tan claros de la protección divina que ponían miedo en los corazones de los primeros hijos de la Congregación. Verdaderamente, D. Rúa fue el encargado de hacerle crecer arrimando continuamente la leche de la buena doctrina, velando por su salud y vigilando sus primeros pasos.

El optimismo del Beato es cristiano y audaz. No deja de enviar nutridos grupos de misioneros a tierras muy distantes de Italia. Nuevos destinos se abren al apostolado generoso: África y Tierra Santa, por ejemplo. Siempre en busca de los desvalidos, de los huérfanos, de los marginados.

El año 1891 D. Rúa recuerda con los suyos los cincuenta años que les distancian de aquel 8 de diciembre de 1841 en que D. Bosco pesca el primer pececillo de su gran redada apostólica: Bartolomé Garelli. Grandes fiestas en Turín, a donde acuden varios prelados y se inaugura la decoración del Santuario de María Auxiliadora.

Pero también este año trae consigo muy sensibles pérdidas. Recoge el biógrafo Amadei una lista de queridas personas que no volverán a prestar su personal apoyo en este mundo a los Salesianos: el primer médico del Oratorio, Doctor Celso Bellingeri; el autor de una interesante bio-

grafía de D. Bosco, Carlos D'Espiney; bienhechores tan relevantes como Doña Dorotea de Chopitea, entre las primeras manos que se tendieron en España a la obra salesiana; y el Cardenal Alimonda, tan adicto y amigo del santo de los muchachos; los hermanos Carlos y José Buzzetti, alumnos del Oratorio en los primeros tiempos, uno de ellos salesiano y el otro dirigente en la construcción del Santuario de Valdocco; también Don Juan Bonetti, Director Espiritual de la Congregación, Vicario de D. Rúa, abandonaba su campo de trabajo, ausentándose de él para siempre.

El P. Miguel Unia, superadas algunas dificultades, parte intrépidamente hacia Colombia, y en Agua de Dios, perdido en el campo, despliega su caridad heroica en medio de 730 leprosos, 120 de los cuales eran menores de diez años.

La consigna era tan atrevida como eficaz: mandar a las Misiones a los mejores, los mejor preparados incluso intelectualmente, los mejor dotados de virtudes recias, los más sanos de cuerpo, los mejor templados de espíritu. Por todos aquellos que se iban vendrían otros mejores. Así sucedía en efecto.

La Universidad Gregoriana de Roma contó entre sus alumnos con un buen grupo de hijos de D. Bosco. El clérigo Festa, secretario del propio D. Rúa, abandonaba su puesto delicado, del que el Beato se encontraba tan necesitado, para llevar a cabo sus estudios en la afamada Universidad. De estudiantes, en tales aulas, mientras el Beato regentaba la Sociedad, saldrían obispos y cardenales salesianos.

De esta forma decidida, con absoluta seguridad de que la obra estaba amparada por el manto de la Señora Auxiliadora, sin abandonar la consulta y las directrices del Papa, el Rector Mayor más viajero y quizás el más penitente, gustaba de bocados dulces y amargos, en una casi constante alternancia que no mermaba su serenidad de siempre.

Increíble pero cierto.

Llegó D. Rúa a Marsala por vía marítima, acompañado del P. Francesia, como siempre reclamado por nuevas fundaciones. Para tal circunstancia se compuso un himno. El autor de la letra, profesor Gambini, se acercó al Beato a la hora de la despedida. Le acompañaban dos hijos pequeños, Miguel y Luis.

—También yo me llamo Miguel, dijo D. Rúa, y tuve un hermano que se llamaba Luis. A corta edad nos quedamos huérfanos. Venid vosotros dos conmigo, yo os aceptaré con mucho cariño.

El padre de los dos chicos quedó estupefacto mientras apretaba la mano del Beato despidiéndose.

—Hasta vernos en el Paraíso, fueron las enigmáticas palabras...

Después de pocos días, atestigua el Canónigo Ignacio de María que le asistió en las últimas horas, el profesor susodicho enfermaba gravemente y abandonaba a Miguelito y Luis junto con otros tres hermanos huérfanos sin remedio.

«En 1892 —recuerda Sor María Genta— me encontraba en Sicilia, en el colegio de la Inmaculada, y habiendo perdido hacía poco tiempo a mi madre, que dejaba un único hijo y dos hijas todavía muy jóvenes dependiendo de mi padre, quedé profundamente afligida, teniendo mucho miedo, sobre todo por el porvenir de mis dos hermanas. Entretanto D. Rúa vino a visitar esta casa y yo le pedí una bendición para mi familia. El me dijo estas precisas palabras: —Escriba a su padre que hay un puesto para él en la Congregación.

Me parecía una cosa imposible conociendo las costumbres de mi padre y las circunstancias de la familia; pero después de siete años la profecía se realizaba. Mis hermanas son ambas religiosas y mi padre entró en los Salesianos y con ellos permaneció contento hasta la muerte»...

Sor Octavia Clerici cuenta una predicción semejante. Acompañada de una prima suya, visitó la tumba de Don Bosco en Valsalice. Por primera vez conocía a D. Rúa, a quien fue presentada por su prima que le hablaba al Beato a media voz. D. Rúa le puso a la jovencita una medalla al cuello y le dijo: —No solamente se hará religiosa, sino que marchará al extranjero haciendo mucho bien. La futura monja decía para sus adentros que no, que no, que aquello no sería nunca posible, ya que no podía pasar sin la compañía de sus padres. Pero en 1906, después de catorce años de la entrevista, emitía por primera vez los votos y al año siguiente viajaba desde Roma a Albania para permanecer diez años en el extranjero. «Como se ve, afirma Sor Octavia, D. Rúa resultó profeta.»

Otros hechos, como el que a continuación consignamos, parecen cosa de cuentos. Junto al Beato llegó un día sofocado, con mucha prisa, un clérigo que traía una nota para él. Eran necesarias absolutamente tres mil liras que el panadero exigía en la mano a las doce del mediodía como espacio máximo. El clérigo fue de D. Rúa al P. Belmonte sin éxito alguno, ya que las liras que éstos tenían a mano constituían una cantidad exigua. Solución increíble: el clérigo Luis Giaccardi se postra en la capilla y reza tres avemarias apresuradamente porque el tiempo se iba consumiendo. Al salir de cumplir la indicación de D. Rúa, vio a éste acompañado de un señor ensombrerado y vestido de negro. El Beato traía un sobre. Entregado al clérigo y ocultando el nombre del bienhechor que pedía total anonimato, se comprobó que contenía exactamente tres mil liras, con las que el apuro tuvo solución al momento.

MIGUEL RÚA Y LA MÍSTICA FORTALEZA

En la soledad de la celda desmantelad? y hasta en el mismísimo comedor, acompasadas con el «andirivieni» de las fuentes y el soniquete de los cubiertos, han llegado a oídos salesianos palabras que D. Bosco escribiera en la Introducción de las primitivas Constituciones.

«Es tanta la paz y la tranquilidad que se goza en esta mística fortaleza, que si Dios la diese a conocer y gustar a los que viven en el siglo, veríase a los hombres todos huir del mundo y asaltar los claustros para concluir allí sus días. El religioso es semejante al que se refugia en una nave, y entregándose al cuidado del experto capitán, descansa tranquilo aun en medio de las borrascas.»

No llamaban a las puertas del Santo jóvenes deseosos de enrolarse en sus filas con la intención de refugiarse en nave alguna, ya que el trabajo a repartir era abundante y hasta las prácticas de piedad prescritas canónicamente bastante escasas. Ahora, la juventud que decide este camino tampoco trae intenciones de refugiarse y permanecer en el anonimato. Todos quieren ser protagonistas, tener voz y voto en la tarea de la evangelización, de la educación, de la atención a los pobres.

A nivel internacional se han estudiado no solamente las causas por las que la Congregación sufre una auténtica sangría, al igual que otras muchas instituciones, sino incluso aquellas por las que permanecen en ella quienes no levantaron también el vuelo... El caso es que no «asaltan los

claustros para concluir allí sus días» los jóvenes actuales, sino que muchos de ellos, y también otros socios que peinan canas, abandonan un camino a veces largo tiempo recorrido y amado. Nadie quiere avanzar con aturdimiento, como en penumbra, guiado exclusivamente de palabras ajenas; todos quieren experimentar, tocar con propia mano, pisar el terreno «in situ».

Los noviciados y casas de formación han abandonado los antiguos reductos campesinos, donde la única compañía extraña al propio recinto consistía en la luna lunera, las mansas bestezuelas del Señor y algún que otro perdido signo de civilización motorizada...

Los antiguos moradores de estos remansos de paz se concentran ahora en los grandes centros urbanos, donde el mundo se mantiene en constante ruido, en febril impaciencia, donde se toma contacto con la gente y sus problemas.

Las vocaciones salesianas de los primeros tiempos de la Congregación surgían al compás de las obras, se iban consolidando allí mismo donde brotaban y acompañaban los libros con las diarias ocupaciones.

En octubre de 1892, D. Rúa experimenta una indecible alegría: ciento doce candidatos emiten sus votos en Valalice. Todos eran bienvenidos y hallaban enseguida trabajo abundante.

Eterna preocupación del Rector Mayor era la de promover una constante siembra vocacional. Sus palabras son siempre definitivas cuando tocan el tema.

«El corazón de los jovencitos no es terreno ingrato. Por esto debemos cultivarlo con sumo cuidado aunque sea a costa de importantes sacrificios. ¡Nuevas vocaciones! Nuestro queridísimo D. Bosco fue consultado un día por una señora sobre la forma de reparar tantas glasefemias, tantas profanaciones, tanta impiedad como hay que deplorar en nuestros días. Proponía ella varios medios ofreciendo importantes sumas de dinero. D. Bosco le hizo ver claramente

cómo trabajando para que un jovencito llegase a ser sacerdote se haría una cosa muy superior a cualquier obra buena, repitiendo así las palabras de San Vicente de Paúl, con el que tenía tantos puntos de semejanza: ninguna obra es más hermosa y buena como la de contribuir a conseguir un nuevo sacerdote.»

En esta especie de lucha contra reloj que la naciente Sociedad iba sosteniendo a los ojos atónitos de todos, nuevos puntos de contacto se iban poniendo al alcance: ahora le tocaba al continente africano y a tierras santificadas por Cristo. También en las abrasadas tierras de color y en el mismo Belén hay huérfanos y hermanos pequeños que necesitan de todo: pan para el estómago, orientación para la vida, savia espiritual y consuelo para sus almas...

La prensa dedicaba con frecuencia páginas informativas y encomiásticas a la obra que dirigía el P. Miguel Rúa. «Nosotros —insistía el Beato— tenemos una gran necesidad de operarios. Y no somos solamente nosotros. También la tiene la Iglesia, la tienen las diócesis. Es necesario por tanto cultivar diligentemente las vocaciones eclesíásticas y salesianas»...

Los Capítulos Generales se van sucediendo bajo la presidencia del activo y amable Superior. Hay un dato que nunca brilla por su ausencia: D. Rúa echa mano de cuadernos y apuntes de D. Bosco antes de conceder vía libre a las asambleas y desea que el pensamiento del Fundador presida el trabajo de estas importantes horas de estudio con las que se pretende impulsar y mejorar la marcha de la Sociedad.

Con motivo de un centenario más de la hazaña descubridora de Colón, Monseñor Cagliero y otros misioneros salesianos de la Patagonia, al igual que dos Hijas de María Auxiliadora, llegaban a los queridos lugares salesianos para participar en la Exposición de las Misiones Católicas Americanas. Chicos y chicas de aquellas desconocidas lejanías

acompañaban a sus bienhechores y hasta hicieron acto de presencia en Roma, ante la mirada complacida de León XIII que les dirigió cariñosas frases.

Trapero del tiempo.

Curiosa pero exacta definición que de sí mismo daba el glorioso Doctor Marañón. Trapero del tiempo como si todas las horas del día, e incluso de la noche, fuesen formidable tesoro del que no se puede despreciar la más leve migajilla. Y es frecuente que tan tenaces trabajadores, aprovechadores del tiempo diurno y de horas de la madrugada, acaben sus días sin demasiados achaques después de haber vivido numerosos años.

La actividad de D. Rúa conocía bastante de esta santa avaricia. Por eso encontraba tiempo para redactar circulares y cartas íntimas que formaron con el correr de los años una colección considerable.

En estas circulares o «cartas edificantes», como él las llamaba, trataba ciertos temas delicados que no tenían por qué aparecer en las páginas del ya existente Boletín Salesiano, publicación que hoy día continúa llegando periódicamente a manos de los Cooperadores Salesianos para dar cuenta de cuanto de interesante ocurre por todos los puntos de la Congregación repartida por el mundo.

Allí donde algún acontecimiento otorgaba relieve a la obra salesiana, se encontraba D. Rúa. Esto ocurría, por ejemplo, cuando D. Luis Lasagna, el vivaz e inteligente huerfanito que D. Bosco recogiere en su casa, es consagrado obispo en 1863. D. Rúa, bonete en mano y lágrimas en los ojos, acude a la sacristía para besar el anillo del nuevo pastor que se le echa al cuello abrazándolo afectuosamente. Buena mies le reservaba el Señor al simpático misionero en tierras uruguayas y brasileñas...

Dos salesianos de importante personalidad abandonaban la viña: D. Ángel Savio, primer Ecónomo de la Sociedad,

empeñado en funciones de gran responsabilidad a sus jóvenes veinticuatro años, todavía diácono. Piadoso apóstol en tierras americanas, donde D. Bosco le había visto en sueños, murió en un viaje de exploración después de ocho años intensos de vida misionera. La segunda pérdida era recogida por las crónicas con caracteres de oro. El Príncipe Augusto Czartoryski, a los treinta y cuatro años, moría después de ser ordenado sacerdote y haber llevado adelante muchos dolores con admirable optimismo cristiano. Le había costado trabajo entrar en la Congregación. Apenas vio a D. Bosco en Francia, se entregó a su obra, abandonando halagadoras perspectivas en la actividad diplomática y en el posible trono. D. Bosco quiso que el Papa diese su opinión sobre la situación del Príncipe. El ejemplo de este noble de sangre y espíritu, sirvió a muchos de sus compatriotas polacos para seguir sus pasos en la entrega a la Congregación. Hoy leemos con enorme alegría en revistas especializadas que, en número considerable, salesianos polacos reciben el Sacramento del Orden, conscientes de las dificultades que les asaltarán en el camino.

Bien afinado el oído, D. Rúa recogía todas las ondas que surcaban los aires, que circulaban en la prensa, que llegaban hasta los propios círculos del Vaticano, referentes a la marcha de la Sociedad, tan atacada de sutiles enemigos. El Papa, a quien el Beato respondía en latín, puntualizaba en una extensa carta: «Entre todas vuestras iniciativas la que nos proporciona más consuelo es el gran bien que se hace en muchos lugares al educar a la juventud, mientras los peligros de los que está rodeada y atacada esta edad débil e ingenua se van agravando cada día.»

El amor por su porción preciosa le llevaba de un sitio para otro. Aquí asistía a unos Ejercicios Espirituales, allá presidía la inauguración de un nuevo templo. No importa que fuera en Londres, en Holanda o en algún punto distante de la propia Italia.

De vez en cuando, como hiciera el periódico bolones «L'Unione», los gruesos granos de incienso eran quemados justamente en honor de la máquina gigantesca de apostolado que año tras año acrecentaba sus fuerzas, sus técnicas y sus campos de trabajo. El prestigio y la fama de D. Rúa eran a todas luces reconocidos y su nombre lo aureolaba la santidad que todos captaban al primer golpe de vista.

He aquí otro relato que nos llena de estupor.

Dos Salesianas se presentaron al Beato en desigualdad de condiciones. Una tísica, la otra en perfecto estado de salud. El Beato saluda a la religiosa llena de salud: —Pobrecita, no está usted demasiado bien, verdad? La monja le advierte el error. La enferma está esperando fuera. Don Rúa insiste: —Resígnese a la voluntad de Dios. ¡Mucho ánimo! A la Salesiana enferma no le hizo alusión alguna a su mal. Preocupada su compañera por las extrañas palabras del Rector Mayor, marchó después de haber advertido a la Directora de la circunstancia. Pasaron los días y trasladada a Turín, la monja sana pasó en breve tiempo al otro mundo, después de un enfriamiento fulminante.

Corrió la voz y ya había sido confirmado por Don Bosco, de que D. Rúa, si le viniese en gana, podría hacer milagros. Al recorrer las biografías italianas y españolas más importantes, nos encontramos con hechos verdaderamente asombrosos en los que suelen registrarse datos muy concretos: fechas, nombres, testigos cualificados. Rúa, según había aprendido en su única escuela, lo atribuía inmediatamente al poder y favor de la Señora.

Bien puede afirmarse rotundamente que los días de D. Rúa eran llenos, sin resquicios para la ociosidad y casi nos atreveríamos a decir que ni para el indispensable descanso. Una idea constante obsesionaba su mente: la de ir inyectando sangre joven en la Congregación. «Vuestro ojo inteligente —escribía a los Directores de América— no dejará de advertir quiénes son aquellos a los que Dios ha

señalado con la aureola de una vocación celestial. Al igual que el diligente jardinero cuida con solicitud especial a las tiernas plantitas que más sanas y prósperas que las demás están llamadas a proporcionar la semilla de una nueva recolección, así vosotros deberéis hacer con estas almas predilectas que el Señor llama a la vida religiosa o a la carrera eclesiástica. Soy de la opinión de que por todas partes son muchos los llamados al servicio del altar, en un número mayor del que se descubre; pero desgraciadamente ¡cuántos se pierden por no haber sido descubiertos ni cultivados!»

Por tierras palestinas.

En marzo de 1895, D. Rúa vive unas jornadas intensas y llenas de emoción. Por una parte la visita a lugares santificados por los sufrimientos y la sangre del Redentor. Por otra el consuelo de constatar que también en la tierra de Jesús los Salesianos cosechan frutos y agrandan sus fronteras.

Como en todas partes, la gente se apiña para recibirle y hasta es preciso bajar del vehículo para avanzar a pie porque los que le tributan el recibimiento cordial no dejan el camino expedito. La lluvia abundante, como bendición del cielo, parece un regalo que el Beato llevaba consigo a tierras resacas y ardientes.

Las casas salesianas de Palestina son por aquella fecha tres, a las que D. Rúa bautiza como Casas de la Fe, Esperanza y Caridad. La segunda de ellas, a unos diez kilómetros de Belén, que el Rector Mayor hace a pie a pesar del mal estado del camino, cobija bajo su techo a muchos aspirantes. En Nazaret, D. Rúa sueña con un orfanato y un hermoso templo. Sus sueños no tardarían mucho en cumplirse. El templo de Jesús Adolescente surgiría en el amable paisaje donde Cristo vivió los escondidos años de su primera juventud.

Peligros le acechaban en Palestina. Recorrió en diligencia kilómetros de campo a través, tierras de arenilla y gujarros, pantanos y hasta una vez contendría la respiración al ver el torrente caudaloso que bajo un puentecillo amenazaba con su fuerza. Los viajeros quisieron echar pie a tierra pero no les dio tiempo porque los caballos, fustigados por el mozo, corrían sobre el frágil y estrecho puente sin defensas. Cuando acabó el susto y suspiraron hondo, D. Rúa comentó: —¿Qué son estos sustillos en comparación con los peligros y peripecias de nuestros Misioneros?

A D. Rúa no le entendían mucho los nativos. Pero por medio de intérprete habla a unos y a otros. D. Pablo Albera, futuro Rector Mayor, acompañaba al Beato y asegura que una noche, por las galerías altas de la casa franciscana que les ha prestado hospitalidad, D. Rúa prolonga largamente su oración mientras ellos descansan en el lecho. Esta soledad de las horas más silenciosas, costumbre que D. Rúa heredó del gran trabajador nocturno que fue el Fundador, se llenan de fervor junto al Santo Sepulcro, celosamente custodiado por los hijos de San Francisco.

Otras comunidades religiosas prestaban gustosamente asilo al viajero. Así los Jesuitas, que siempre le trataron con tanta deferencia, o los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

No podía alejarse de Palestina sin ocuparse en la más preferida de sus intervenciones constantes: recibir profesiones, imponer la sotana a los aspirantes, y la simpática ceremonia de la toma de hábito de la primera Salesiana nacida en Belén, estreno riguroso que se vio circundado por la asistencia y curiosidad de jóvenes y mayores.

A bombo y platillo.

Con palabras textuales del Beato, el año 1895 se resumía de esta forma:

«El año 1895 fue un continuo alternarse de aconteci-

mientos tristes y alegres para nuestra Sociedad. En efecto, nunca se habían abierto tantas casas; nunca se había hecho una expedición misionera tan numerosa; nunca se había conocido un triunfo tan grande para las Obras de D. Bosco como el que tuvo lugar en el Congreso Salesiano de Boloña; nunca habían marchado tan favorablemente los trabajos de la Causa de D. Bosco. El colmo de nuestra alegría vino a concretarse con la consagración del tercer obispo salesiano. Pero ah, días de tan grande alegría se verían sustituidos por otros bien tristes. La muerte trágica del Padre Dalmazzo, la enfermedad y la subsiguiente muerte de Don Antonio Sala, el desastre del Brasil, que juntamente con nuestro queridísimo Monseñor Lasagna nos robaba otros cinco misioneros, la pérdida del P. Unia, cuando lo creíamos ya fuera de todo peligro... ¡Y todo esto en un solo año!»

Los misioneros a los que se refiere D. Rúa llegaban a ciento siete, repartidos entre 87 salesianos y 20 Hijas de María Auxiliadora, que marchaban a Méjico, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, etcétera. Expedición reina hasta la fecha. «No busquéis dinero», insinuaba el Rector Mayor. «Dondequiera que vayáis sed los buenos hijos de D. Bosco.»

El tercer obispo salesiano, Monseñor Santiago Costamagna, era consagrado en mayo. Quería ver a los salesianos sin defectos y lo repetía con frecuencia. Carácter firme, sensibilidad de compositor popular, trabajador de primera hora, misionero lleno de actividad e iniciativa, gran palanca para el desarrollo del Instituto de las Salesianas, sacerdote y propagandista de prensa, al estilo del santo Fundador. Don Rúa se sintió profundamente conmovido con esta consagración episcopal que llegaba después de considerables méritos apostólicos. D. Santiago Costamagna abrazaba y besaba fraternalmente al Rector Mayor en tan inolvidable ocasión.

Pero la gran bomba de este año, cuya explosión ya re-
tumbaría en la historia inicial de la Sociedad Salesiana, fue
el primer Congreso de Cooperadores Salesianos, habido en
Boloña los días 23, 24 y 25 de abril.

A la palabra triunfo le daremos de lado por prohibitiva.
Pero D. Bosco había anunciado para estas fechas «un gran
triunfo». La moderna sensibilidad cristiana va huyendo de
toda manifestación a la que pueda enjaretársele este apelati-
vo de triunfalista. Pero aquí, como en todo, los extremos
se tocan. El exceso de oscuridad y encogimiento podría
hacer que las obras buenas que hoy tienen más necesidad
que nunca de ser vistas bajo el sol de cada día, se escondieran
bajo el celemín o se recluyeran en un rincón de la
Iglesia, cuando los avisados hijos de las tinieblas afilan
sus armas y sus muchas astucias...

D. Rúa sintió que la voz le temblaba al dirigirse en
aquellas sesiones solemnes a personas de tanto número y
categoría. Cuatro Cardenales y veintinueve Obispos presi-
dían el Congreso. Mañanas y tardes eran empleadas en es-
tudiar la manera de impulsar el trabajo salesiano en el
mundo, con los variados matices que su Fundador le había
otorgado. El Cardenal Mauri, dominico, se explayaba de
la forma siguiente: «No hace falta elogiar ni a la Sociedad
Salesiana ni a su Fundador. Basta con considerar sus frutos.
Atiéndase al simple programa de nuestro Congreso. Leyén-
dolo es imposible sustraerse a la variedad y amplitud del
ministerio de estos nuevos operarios evangélicos, llegados
últimamente a la viña del Señor. El salesiano es apóstol
de gentes salvajes, enfermero y consolador de pobres le-
prosos, ángel tutelar de nuestros pobres emigrantes. Pre-
dicador en el pulpito, director de conciencias en el confe-
sionario, catequista en la iglesia, en los Oratorios, en los
orfanatos. En las escuelas y colegios es maestro de toda
clase de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños, no-
bles y plebeyos. Mientras con el magisterio, con la difusión

de la buena prensa, promueve las ciencias, las letras, las artes, y con celo más amoroso todavía se interesa de los más humildes menesteres; jóvenes abandonados son transformados en buenos artesanos, trabajadores, capaces, dignos de un pueblo cristiano y civilizado. Y en tanta variedad de ocupaciones, ¡cuánta oportunidad! ¡Qué correspondencia con las condiciones y necesidades de los distintos sitios y tiempos! ¡Cuántas industrias, cuántos atractivos a fin de conseguir que su ministerio resulte amable y fructuoso! ¡Con gran sabiduría fue denominado nuestro Congreso como el Congreso de los Cooperadores Salesianos!»

Estas palabras, extractadas entre las muchas que sonaron en alabanza de la Sociedad en labios de eminentes personajes, son un mero índice. El Papa también mostraba su gran complacencia uniéndose espiritualmente a las sesiones. Cuando D. Rúa se disponía a comunicar a los Salesianos las impresiones del triduo del Congreso, escribía esta frase: «Os confieso que quedé confuso al ver en qué alta estima se tiene en todas partes a los pobres Salesianos.»

Una lápida recordatoria dejaba perpetuada en Mondonio la memoria del apostólico alumno de D. Bosco, Domingo Savio, que en fechas posteriores sería encumbrado a la gloria de los santos. Entre las adhesiones importantes se recibió la notificación del futuro Benedicto XV, que de pequeño había oído de labios maternos la narración de la vida del jovencito, escrita por D. Bosco. Monseñor Santiago della Chiesa se hacía portador de la bendición papal para aquella sencilla y al par conmovedora ceremonia.

En medio de estas alegrías que llenaban el espíritu de D. Rúa, llegaban ramalazos de dolor para sus entrañas paternales. ¿No había escrito él que trabajaba por sus hermanos como una madre lo hace con su hijo único? Una catástrofe ferroviaria ocurrida en Brasil destrozaba materialmente las vidas de varios salesianos y salesianas, entre ellos Monseñor Lasagna, que viajaba decidido a fundar dos

colegios femeninos y una escuela agrícola. La tristeza profunda de estas pérdidas se une a la desaparición del apóstol de los leprosos de Agua de Dios, en Colombia, Don Miguel Unia. Son nombres que la historia de la Sociedad recogería con letras de oro en sus anales. A los actuales continuadores del espíritu de D. Bosco deberían ofrecer su lección de entrega a la causa del Evangelio desplegada en circunstancia muchas veces heroica, audaz, temeraria...

Buenas espaldas.

Más adelante, el lector bien dotado de paciencia podrá comprobar qué clase de infundios caerían calumniosamente sobre el Sucesor de D. Bosco y sus hermanos en Congregación. Para aquellos duros golpes parece que la Providencia le fue preparando con otros también muy dolorosos.

No eran solamente personas queridas que iban desapareciendo después de una admirable plana de servicios, como D. Antonio Sala, Ecónomo bajo cuya dirección se habían levantado preciosas obras dentro de Italia y fuera de ella; o como el joven Andrés Beltrami, mártir durante siete años, dechado de grandes virtudes, autor de libros dedicados a la juventud, que hizo del sufrimiento su verdadera alegría y ya va camino de los altares. En el Ecuador los Salesianos eran maltratados y expulsados, debiendo soportar cerca de treinta días y noches de sufrimientos a través de bosques intransitables, pantanos y ríos. Uno de ellos moría exhausto. Tampoco en Bolivia o en Chile iban bien las cosas. Se producían expulsiones, malos tratos, injustas acusaciones políticas. Y en la Patagonia, un viento lleno de violencia agigantaba el incendio que convirtió en cenizas la iglesia y el complejo levantado por Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, que tuvieron que improvisar alojamientos sin que los ciento sesenta indios que se beneficiaban de la Misión se alejaran de su residencia.

En medio de tales dificultades, D. Rúa recordaba —

se conmemoró públicamente— que habían pasado cincuenta años a partir de aquella fecha en la que un joven sacerdote, acompañado de su madre, llegaba a Turín sin más tesoro que una increíble fe en la Providencia. Apenas un breviarío, un reloj, un cesto de ropa blanca. En noviembre de 1846, Margarita abandonaba su casita de I Becchi para convertirse en ángel tutelar de una empresa a los ojos humanos descabellada y loca... Los «birichini» de su hijo Juan Bosco llegarían un día no muy lejano a conocer su nombre y bendecir su memoria por todos los ángulos del mundo.

Indudablemente el recuerdo de esta total pobreza del Fundador, de esta audacia propia de santos que siempre rompen moldes, aupaba el espíritu del Beato Rúa, acribillado de dolores inevitables...

Recomendaba en sus comunicaciones escritas que se tuviese en cuenta con cuánto sacrificio muchos de los bienhechores contribuían económicamente al sostenimiento de las obras. Austeridad por tanto en el vestido, en los viajes, en el alimento. Ha sido decenas de veces editada la ya famosa circular de D. Rúa sobre la pobreza, de la que fue dechado escrupuloso. Una pobreza que no sólo anidaba en su corazón, sino que descaradamente se manifestaba en innumerables detalles que saltaban a la vista. Pocas veces un cargo tan brillante, tan relacionado con personas de alto nivel, presentaría en la historia de la Congregación un aspecto de tal sencillez evangélica, lejanísima del relumbrón y de cuanto a ostentación pudiera tener visos...

Se acercaba un acontecimiento importante: la fecha en que D. Rúa había de ser reelegido como Rector Mayor o sustituido por otro candidato. Los años que precedieron a esta fecha, se mantuvo algo alejado de largos viajes, consolidando cimientos sin los que no se podría caminar expeditamente.

Cumplía sesenta años en 1897. Todavía el Instituto de

las Hijas de María Auxiliadora, sano y salvo durante veinticinco años, no estaba oficialmente aprobado por la Santa Sede y crecía a la sombra y bajo la dependencia de la Congregación Salesiana. D. Rúa trabajaría eficazmente en este sentido.

Nada le preocupaba tanto como la suerte de las personas, de los miembros de la Sociedad, infinitamente más importantes que los muros de los colegios y orfanatos. Por eso apenas llegaba a su conocimiento algo que desdoraba la fama de la Congregación, como ocurriera injustamente en tierras ecuatorianas, no cejaba en lo posible hasta devolver el prestigio y el honor a los suyos.

Esta preocupación, amasada de caridad, le hacía expresarse en estos términos: «No puedo llamar verdadero celo el de un religioso o sacerdote que se contentase con instruir y educar a los jóvenes de su colegio y no tratase de facilitar el camino hacia el Santuario a quienes dan señales de vocación y suelen ser los mejores»...

MIGUEL RÚA Y LOS PRIVILEGIOS

Por primera vez en la historia de la Congregación Salesiana supimos de un gesto lleno de humildad al que asistieron conmovidos los Capitulares llegados de todas las partes del mundo: D. Renato Ziggiotti, quinto Sucesor de D. Bosco, fornido Capitán de Artillería de la primera guerra mundial, recibía la bendición del sexto, D. Luis Ricceri, después de haber pedido a la asamblea que pensara en un hombre nuevo, joven, lleno de cualidades como lo exigían los tiempos, y que le fuera permitido retirarse donde su presencia y su actividad pudieran todavía ser útiles.

Exactamente igual pretendía D. Rúa en el año 1898. Pero las cosas no saldrían a su gusto. Se reunían 217 electores. Había que renovar el Consejo Superior y por deseo del Beato, aunque no cumplía los doce años de Rector Mayor, buscar un nuevo Superior General evitando con esta coincidencia nuevos trastornos y molestias posteriores. Duraron escasos días los trabajos de los componentes de aquel VIII Capítulo General. Las votaciones corrieron como la seda. Algo impresionante llenó de muda expectación el ambiente: D. Rúa hizo leer una comunicación por la que pedía a la asamblea le dejasen retirarse donde se creyera oportuno y fuese elegido un salesiano joven, de buen aguante, para los trabajos que la Congregación reservaba para años posteriores. La votación cae abrumadoramente

sobre el Beato, que ha de volver al sillón presidencial, del que se había alejado durante la ceremonia. Alguno toma muy en serio las recomendaciones de D. Rúa y da el voto a D. José Bertello, figura sobresaliente de la Sociedad por entonces; un salesiano de la extrema Patagonia, no se sabe si por veneración asombrosa o por asombroso despiste, concede su voto a D. Bosco; D. Rúa presta su confianza al futuro Delegado Apostólico de Centroamérica, D. Juan Marengo. Pero los 213 votantes empeñados en que D. Rúa siguiese mandando la nave constituyeron una mayoría contra la que no hubo apelación posible.

El primer Sucesor escribía explicando el hecho: «La caridad, la concordia, el deseo de la gloria de Dios y el bien de la Congregación fueron los que impulsaron todas las jugadas. Por mi parte puedo aseguraros que la casi unanimidad, con la que se me quiso reelegir, a pesar de mi poquedad, me convence cada vez más de vuestra veneración por nuestro amadísimo Fundador D. Bosco, que me había elegido su Vicario en los últimos años de su vida, así como de vuestro afecto al Vicario de Cristo que se dignó inmediatamente después de la muerte suya designarme como Sucesor. Esta vuestra confianza me anima siempre más a ocuparme con coraje del bien de la Congregación.»

Pablo VI, recordando últimamente su elección como Vicario de Cristo, hablaba del verdadero privilegio del Papa: «amas me plus his?» ¿Me amas más que éstos?, preguntaba certeramente el Señor a su primer Vicario. El pasaje de Juan XXI, 15, venía espléndidamente comentado por el Papa Montini. La conclusión que él se hacía era que caridad y autoridad llegan a ser una misma cosa.

He aquí el único y verdadero privilegio de D. Rúa: amar más que los demás al Fundador, estar a su lado con todas las consecuencias. Esta palanca será la que potenciará una vez más los últimos años de su existencia, plenos de actividad y buen espíritu.

En 1898 se celebraba el primer decenio de la muerte del Fundador. A los diez años de tan tremenda pérdida, lo mejor de la Congregación insistía en aceptar y amar a D. Rúa.

Se preparaban manifestaciones en honor del Santo. El Director de un importante periódico italiano lanza la idea de crear un Comité Internacional que levante una obra de gran relieve en honor de D. Bosco. D. Rúa manifiesta su agradecimiento, dando viabilidad a la idea pero poniendo sus reparos: «que todo se concentre en conmemorar el decenio de la muerte de D. Bosco y no el decenio del cargo de su Sucesor. Nosotros no sabemos más que recoger lo que D. Bosco ha sembrado con tantos sudores».

Sabía D. Rúa que las espinas seguirían apareciendo en su camino y así lo expresaba por escrito. Pero el alivio seguiría siendo la floración de los nuevos brotes. Provinciales de Argentina, Chile, Brasil, Perú, Roma, Londres, abrían casas de formación a las que D. Rúa llamaba «giardini di elettissimi fiori». «No olvidemos nunca que este es el medio más eficaz para asegurar a nuestra Sociedad una perenne juventud.»

La afluencia de gente que llegaba a Turín en este año a causa de varias conmemoraciones centenarias que ya se venían preparando desde 1895, aprovechaba la ocasión para visitar la Basílica de María Auxiliadora y las habitaciones del Fundador en un número incalculable.

En septiembre se levantaba un monumento al Fundador en Castelnuovo D. Bosco. Se encontraban presentes Monseñor Cagliero y numerosos obispos, a los que hacían apretado acompañamiento miles de personas representativas de asociaciones y corporaciones del Piamonte y otras regiones italianas. D. Bosco aparecía en la escultura acompañado de dos jovencitos, uno europeo, el otro de lejanas tierras. Los actos revistieron una emoción sobre la que aleteaba algo sobrenatural. La visita a los lugares humildes

donde el pastorcillo de los prados había vivido su pobre infancia se culminó con una celebración eucarística, de réquiem, tras la que Esteban Scala, impulsor del Homenaje Internacional a D. Bosco, comparaba el esplendor vigente de la Obra con la pobreza de sus comienzos, signo evidente de la protección celestial. No pudo faltar un recuerdo especialmente lleno de ternura para Mamá Margarita, la madre del santo Fundador.

No era regalo de despreciar el que hacía la Congregación al llorado Padre y Fundador: ciento treinta misioneros, entre Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, tomaban sus maletines viajeros camino de lo desconocido. Seguro que el Santo, desde sus sagradas cenizas, aprobaba tanta generosidad a los diez años de su tránsito.

La Congregación, en diez años, a partir de 1888, había cuadruplicado sus miembros y las fundaciones recibían un frenazo que no sólo era recomendado por el Papa, sino que se originaba en el seno mismo de la Sociedad, necesitada de formar a conciencia sus nuevas vocaciones.

León XIII recibía al reelegido Sucesor de D. Bosco manifestando su personal alegría por el acontecimiento del Octavo Capítulo General.

En un trozo de papel que conservaría hasta el final de sus días, D. Rúa anotaba entre otras cosas:

«1898. ¿Te hicieron Rector?

Humildad. Amabilidad. Sé entre ellos como uno de ellos. Caridad solícita para proveer de lo necesario material y espiritualmente. Trata con prudencia y serenidad los asuntos de nuestra Congregación.»

¿Qué se concedía personalmente a sí mismo que no estuviese en la línea de lo común y accesible a todos? Puestos a observar sus pasos, desde que la luz de la aurora ilumina el nuevo día hasta que el silencio sagrado de entonces dejaba mudas todas las lenguas, un buen abogado del diablo poco tendría que anotar en su agenda de culpas.

Austero en la mesa, privado del más necesario descanso, huidizo apenas la menor comodidad pretendía acercarse, viajero de tremendas incomodidades que no consentía visitar lugares cercanos de su trayecto por la simple razón de que los demás Salesianos no podían permitirse aquellos lujos de turistas, puntual y edificante en la oración, escrupuloso en la letra de las Reglas, sereno y prudente en las gordas situaciones que plantea el enemigo, anonadado, abnegado, olvidado de sí, humilde como la propia tierra, hombre de escasas palabras y admirables realidades, exquisito en el trato y tenaz en sus buenos propósitos, ¿quién pescaría una mota, una pequeña mancha en la conducta de este auténtico asceta? Se explica fácilmente que algunos, al considerar el curriculum de D. Rúa, topasen con una virtud tan recia que les causaba miedo. Ya dijimos que tenía anchas espaldas el primer Sucesor de D. Bosco y habrá que añadir que es muy posible, como lo prueba alguna anécdota que señalaremos muy pronto, que esas espaldas conociesen el castigo físico de los azotes secretos, al modo de los antiguos monjes.

¿Quién podría demostrar que D. Rúa ejerció la autoridad como privilegio? ¿Quién podría señalarlo con el índice y decirle: «aprovechao»? No se encuentra en la relación de hechos que componen su vida un solo signo de debilidad en este sentido, de concesión al bienestar y al privilegio. Solamente los buenos, los intachables, los humildes, los sencillos y prudentes a un tiempo como lo exige el Evangelio, deberían mandar, esto es, servir a los demás. No servirse a sí mismo de los demás. ¿Quién desea hoy ponerse al frente de una Comunidad? Sabe de cierto que le espera un áspero senderillo en el que no apañan alfombras. Sabe que ha de echar mano de la más exquisita caridad para hacer ver lo que hay que hacer entre todos, no como imposición del propio criterio, sino como interpretación comunitaria de las Constituciones, de la voluntad de la Iglesia, de la

conciencia colectiva empeñada en una misión complicada pero hermosa.

La anécdota es reciente, está fresquita.

D. Luis Ricceri comunicaba en julio del 72 sus sentimientos al abandonar los entrañables lugares salesianos para asentarse definitivamente en Roma, junto con los miembros del Consejo Superior. «Sonó preso da viva, profonda commozione». Antes habían sido recibidos por Pablo VI en la «inmensa Aula delle Audienze». Se integraban a una masa de visitantes y peregrinos de todo el mundo que no querían abandonar la legendaria ciudad sin escuchar antes la palabra del Papa. En primera fila, el alto mando de los salesianos pudo escuchar de labios del Pontífice su propia satisfacción al verles entre el pueblo, porque «i Salesiani per vocazione preferiscono essere con e per il popolo, per il quale lavorano».

Por vocación D. Rúa prefirió siempre integrarse en lo común, en primera fila por elección masiva pero entre todos, sin echar mano de atribuciones que podrían ser aceptadas, dada la situación en que D. Rúa se encontró la mayoría de los años maduros de su vida.

Parecería confeccionado a su propia medida el sonoro y enjundioso párrafo que rozando este tema escribió en su «Discurso del Padrenuestro» el P. Cabodevilla al referirse a nuevas formas de autoridad más fraternales. Una evolución previsible y ya actual en muchos ambientes, que va «de la cátedra magisterial a la mesa redonda, del anatema a la discusión, de la desconfianza en los hombres a una confianza cada día mayor, de la excomunión a la comunión en el dolor, de la amonestación a la exhortación, de la exhortación a la consulta, de la ejecución a la colaboración, del silencio al diálogo, de la maldición a la plegaria y de la bendición al abrazo, del báculo a la cruz, de la intolerancia a la paciencia, del trono del altar a la mesa del altar, del poder coercitivo a la dirección en espíritu, de

la dirección a la búsqueda en común, de la estrechez a la apertura y de la rutina a la inventiva, del escudo de armas al saludo de la paz».

Buen puñado de vocablos, cargados de sentido, que entran por la puerta grande en la línea de conducta, como Superior, de nuestro biografiado: confianza, abrazo, plegaria, cruz, paciencia, saludo de la paz...

Quienes gusten analizar los motivos y el trayecto que dio a su autoridad encontrarán una pureza de intención que asombra. Jamás buscando sus propios intereses, el triunfo de su criterio o el quedar bien ante la gente. Siempre procurando bienes para todos, expansión para la obra confiada por D. Bosco a sus manos rectoras, complacencia a la Jerarquía, atención a los más necesitados y sobre todo ello exquisita dedicación a los problemas particulares y generales de sus Salesianos.

MIGUEL RÚA Y SUS COSAS...

Todos las tenemos. Todo el mundo las tiene...

Son pequeños caprichos de cada día que a veces pueden adquirir categoría maniática: comulgar en último lugar, no abandonar un determinado rinconcillo al que se le tiene especial cariño, afeitarse de una forma invariable, cumplir ciertos extraños ritos que a nadie consentiríamos analizar, temores infundados, miedos secretos, silencios que velan sentimientos que nadie compartirá.

Nos consuela torpemente, por cuanto desvelan a todas luces su condición humana, ciertos defectillos que sabemos tuvieron los santos. Cuando nos enteramos de que el Patriarca de Venecia, el futuro Papa Sarto, era amante de pipar o jugarse unas buenas partidas con los amigos o que alguna vez arreó un buen guantazo, quedamos convencidos de que era uno de los nuestros y que con nuestro mismo paño pudo ir tejiendo en su alma las maravillas de la santidad.

Quizás en la táctica meticulosa de D. Rúa podamos encontrar unos puntillos de exageración, de seriedad, de fidelidad a ultranza a las Reglas. Hoy nos chocan y amilanan un poco. La reacción equivocada por nuestra parte sería la del desprecio y la risa que viene de vuelta... La espiritualidad va conformándose con los tiempos. Los matices cambian pero la intención y el perfume de las obras siempre nacen del hondón del alma.

Indios borrachines.

Se celebró en Turín una gran Exposición de Arte Sacro y Misiones Extranjeras. La presencia salesiana no pudo evitarse. Nada menos que desde las remotas selvas brasileñas llegaba D. Balzola acompañado de ejemplares vivientes que constituirían un atractivo singular para los visitantes.

Aquel signo de ambiente misionero salesiano lo formaban tres chicos que no entendían ni jota de italiano y que no hicieron tampoco el mínimo esfuerzo por conseguirlo. Así, pues, en silencio constante recibían los obsequios que de vez en cuando ponían en sus manos los curiosos.

Mientras se dirigían a Valsalice uno de aquellos días, los tres indios entraron en un bar y empinaron el codo más de lo corriente. Cuando llegaron al Seminario irrumpieron en el comedor de los Salesianos en actitud salvaje, furiosos, como desbocados. Saltaban sobre mesas y sillas y los comensales se dispusieron asustados a despejar el local. Solamente D. Rúa permaneció inmóvil, mirando fijamente a los tres saltimbanquis. Esta actitud les amedrantó y pacificó poco a poco hasta que pudieron ser atendidos debidamente por el P. Balzola, que los había tratado y entendido mejor.

Y no es que D. Rúa matase con la mirada, a la manera del basilisco, el fabuloso animal mitad gallo y mitad serpiente; no sería justo atribuir esta severidad de expresión a quien repartió el bien a manos llenas y era acogido con tanta alegría por todas partes por su humildad y sencillez.

D. Rúa y los animalitos.

Es lógico figurarse que quien tanta finura de alma poseía, tanta sensibilidad para tomar la temperatura que alcanzan determinados dolores, guardase siquiera un rinconcillo cariñoso para los animales. No podemos afirmar que

se entretuviese en acariciar gatitos pero sí que alguna vez llamó bondadosamente la atención a quien se permitía malos tratos para con estos seres que llenan nuestro mundo de belleza, variedad y ventajas de todo tipo.

Bondad para los animales, hoy aconsejada por medios masivos, y que nos enlazan con siglos medievales y almas de santidad encumbrada.

El hecho lo registra Amadei con muchos detalles. Se trata de una invasión de hormigas negras y rojas que la emprendieron con el arroz, el azúcar, la fruta, el queso, de una despensa monjil. D. Rúa estaba muy cerca de la muerte pero lleno de ánimo y enérgico en su cargo.

La sacristana buscó ese librito negro y rojo en el que se recogían bendiciones para todos los gustos. No lo trajo a manos del Beato porque no daba con él por ningún sitio. Bastó, según nos cuenta la propia Hija de María Auxiliadora, con que D. Rúa se echase sobre el muro, por el que avanzaba la hilera destructora... Preguntó si había algún sitio al que se pudiera conducir aquel auténtico ejército de hormigas. Cuando se le indicó la viña, eso bastó, asegurándose de que se le adelantaran algunos desperdicios de fruta. Quedaron las monjas boquiabiertas cuando se constató que no sólo las hormigas se batían en retirada, sino que nunca más volvieron a asaltar sus dominios.

«También los animales son criaturas de Dios», afirmaba. No es que recomendase él tener animales en casa, pero de tenerlos, aconsejaba, es preciso proporcionarles todo lo necesario para que su existencia junto a nosotros se les haga grata y no continuamente erizada de molestias.

Bajo el chaparrón.

Salía a la luz, como una bomba que prometía incendiar muchos rastrojos, la encíclica de León XIII «Rerum Novarum». La simpatía de D. Bosco, heredada por su primer Sucesor, hacia el mundo obrero, constituyó siempre nota

esencial de su espíritu. Por eso la amistad y mutuo entendimiento entre el Beato y León Harmel, dirigente de obreros franceses católicos, fue constante. Trenes de miles de peregrinos pasaban por Turín en aquel 1891 haciendo su parada obligada en Turín camino del Vaticano para expresar al Papa su homenaje agradecido. Allí les acogía siempre bondadosamente D. Rúa, acompañado de Salesianos de cargos importantes en la Congregación. Los siete trenes que abarrotaban cuatro mil obreros franceses vaciaron su humana mercancía en Valsalice, junto a la tumba del Fundador. ¿Cómo no dedicar un emocionado recuerdo al pionero de los aprendices? La comida, para la que no existían locales suficientemente extensos, se sirvió en el patio, bajo la arboleda, con D. Rúa al frente, que no dejó pasar la ocasión para desahogar su corazón en un francés muy inteligible y expedito.

No se crea que preparar mesas al aire libre había sido cosa muy fácil. Un cielo encapotado, borrascoso, aguaba la fiesta con su lluvia pertinaz. Bajo un pequeño pórtico de madera de la vieja capilla de Valsalice, D. Rúa contemplaba contrariado la situación atmosférica. Se quitó el bonete, invitó a sus acompañantes a rezar fervorosamente y no tardó mucho en alejarse el agua, dando paso a un cielo totalmente sereno. D. Rúa, cuenta el biógrafo, mirando hacia arriba exclamaba: qué bueno es el Señor, fijaros.

El poder de un Avemaria.

D. Rúa daba concretos consejos para ejercer la autoridad: «calma, buenas maneras y sobre todo oración». «Ganarse el corazón de los hombres», decía siempre, y lo llevaba fielmente a la práctica.

En una ocasión hubo necesidad de destacar un salesiano que conociese bien la lengua inglesa a la ciudad de New York. Pasó por Turín un salesiano inglés al que abordó D. Rúa pensando haber encontrado solución inmediata.

Pero el hueso fue duro de roer. Comenzó el diálogo que sobrepasó la hora sin que se produjera acuerdo alguno. Lo dejaron para después de la cena, mediando así un tiempo suficiente para que el posible viajero meditase su determinación. Esta, después del tiempo convenido, continuó cerrada en la negativa. La decisión de D. Rúa, como última instancia, consistió en entrar por la sacristía al Santuario de María Auxiliadora, a esas horas ya cerrado con llave, y rezar un Avemaria.

Apenas salió de su escondite, se produjo el suspirado sí por parte del inglés. Estaría dos años en Norteamérica y luego volvería.

Fíjate cómo puede un Avemaria, terminaba el Rector Mayor.

Situaciones difíciles de solucionar como ésta y aún mucho más comprometidas, no faltaron en la vida del Primer Sucesor de D. Bosco. Podemos recordar la sentencia escueta pero profunda que dio a un Director recientemente nombrado que le suplicaba algún consejo para tener siempre en cuenta. «Quotidie moriar», fue la salida del Beato. Morir cada día un poco en el uso del propio criterio, de la comodidad personal, del propio tiempo, de todo cuanto no acerca la fisonomía del Superior a aquella del Maestro que una tarde se ceñía una toalla y se abajaba a humildes menesteres con sus discípulos.

«Moscas vulgares».

Es Antonio Machado quien buscó para ellas adjetivos definitivos: «moscas vulgares, familiares, golosas, voraces, pertinaces, divertidas»... Un poeta de tan sutiles vuelos descendió un día a cantar la vida de estos dípteros, que, según él, ni trabajan como las abejas ni brillan como las mariposas, moscas de la aborrecida escuela, moscas de la juventud dorada, moscas de todas las horas, que posaron

sobre el libro cerrado, sobre el juguete encantado, sobre la carta de amor, sobre los párpados de los muertos.

D. Rúa, con sus ojos enrojecidos e inflamados, con sus párpados enfermos, soportó más de una vez y a la vista de todos la tremenda molestia de esas moscas que dan la paliza sin tregua. Permanecía como una estatua repartiendo comuniones sin tratar de presentarles guerra, como dicen hacía San Francisco de Sales tratándose de su solemne calvatrueno. A veces pasó por la enfermería para ver la forma de aliviar sus ojos cansados y enfermos y poder agotar las últimas horas de trabajo a la luz del gas macilento. Don Francisco Piccollo afirmaba que «su vida fue toda de sacrificio, trabajo y oración; y aunque por naturaleza fuese dado al rigor, a base de esfuerzo llegó a convertirse en un modelo de bondad y dulzura, sobre todo cuando fue elegido para suceder a D. Bosco. Mientras la heroicidad de su espíritu de sacrificio aterraba a quien se le acercaba, se portaba con todos con una dulzura y bondad imposible de describir».

Quizás sea una de las notas más sobresalientes de la espiritualidad del Beato este ascetismo continuado de toda su vida.

Muchas moscas, de las vulgares de cada día, y otras muchas moscas que aparecen en la vida del hombre sobre la tierra, abordaron y pincharon la paciencia de D. Rúa, que siempre salía vencedora. Pero no bastaron las molestias que el cielo ponía en su camino. El buscó por su cuenta otras muchas con las que castigó los posibles malos brotes de su naturaleza.

«La santidad de D. Miguel Rúa me da miedo», exclamaba Monseñor Costamagna. «Se trata de algo extraordinario, imposible de imitar.»

Ahora puedo recordar el susto morrocotudo que me dio en una capillita conventual sevillana aquel salesiano tan amante de las Letras, tan estudioso de nuestra historia,

que fue D. Francisco de la Hoz. Al llegar a las tres ave-
marias que se solían rezar entonces al final del sacrificio, se
derrumbó pesadamente sobre el suelo. El revuelo monjil
se produjo enseguida y fueron necesarias muchas manos
para poder trasladarle a la sacristía. Allí, y una vez re-
puesto de su patatús, D. Francisco pedía «una taza de
nada», cuando la solicitud de las religiosas quería aliviar
el flato con algo caliente. Luego he sabido que la frase la
habían repetido otros muchos salesianos habituados a pocos
melindres y que partía del mismo Beato Miguel Rúa. To-
maré una taza de nada, repetía cuando iba de visita o se
le ofrecía algún refresco.

Por la mañana, el frugal desayuno nos recuerda un
poco el moderno Cola-Cao. Agua caliente en una taza y
alguna cucharada de chocolate o algo parecido con lo que
el color se alegraba y el sabor a agua, hoy tan cotizado
y recomendado, cobraba algún aliciente. Nunca azúcar. «Du-
rante más de treinta años, dice D. Julio Barberis, me senté
a la mesa con él y si dijera que una sola vez se dejó do-
minar por la gula sé que mentiría.» D. Rúa bebía vino
aguado, tomaba alimentos comunes, los que todos tenían
delante, jamás consentía distinciones en este campo como
en ningún otro.

Alguna secreta fuerza motriz empujaba cada día al pri-
mer trabajador de la Congregación. Más de una vez, afei-
tándole el peluquero, D. Rúa pedía permiso para echar un
sueñecillo rápido, agotado como estaba. Apenas recibida
respuesta afirmativa, se quedaba atornillado al asiento de
forma que el operario le levantaba la cabeza como si se
tratase de un muerto.

Palabras a tiempo.

Era silencioso, más dispuesto a escuchar que a largar
parrafadas.

Parece que es signo de hombres sabios. Pero a la vista

tenemos páginas anecdóticas en las que aparece decidido a la hora de cortar por lo sano.

Al salir un día del Oratorio vio en un ángulo del patio a un chico inmóvil, en actitud de castigo. Pronto hizo de forma que el joven salesiano que había dispuesto la sanción se le acercase.

—Mira, déjame que salga y luego te llegas a ese chico que está de rodillas, le haces levantar y le perdonas. Haz de forma que él vea que quien le levanta el castigo es quien se lo ha puesto. Cuida de no repetir estas cosas, ya que D. Bosco no quería que se castigase de esta forma a los alumnos.

En otra ocasión, tratándose de días consagrados a Ejercicios Espirituales, entró en una capilla de un colegio mientras los alumnos escuchaban atentamente al predicador. El tema era delicado y a D. Rúa, recogido silenciosamente al fondo, no le pareció prudente aquella forma de hablar. Se levantó pronto, comenzó a andar pasito a paso hasta llegar al sitio donde se encontraba el sacerdote. Pidió diplomáticamente permiso para dirigir unas palabras a los chicos y recogió en un resumen el argumento que se trataba, mientras el predicador, entendiéndolo el gesto, se dirigía a la sacristía. Por confesión propia del interesado sabemos que no le sentó mal la intervención del Superior, que a pesar de actuar decididamente siempre encontraba las formas suaves y rehuía la altanería.

Había hecho acopio de ciertos estribillos muy familiares a D. Bosco. ¡Animo! ¡Siempre contento! ¡Somos amigos! ¡El Señor te bendiga!

Hasta sus últimos años fue ameno charlista tratándose de los muchachos. Aconsejaba que la palabra dirigida a la juventud ha de adornarse de atractivos, de hechos concretos, aleccionadores, capaces de sostener la imaginación en la dirección que desea el orador. En el patio, rodeado de chicos, era frecuente verle pronunciar misteriosas palabras

al oído de unos y otros que con frecuencia quedaban maravillados, pensativos e incluso avergonzados de algo que desvelaba su estado interior.

Probablemente, aprovechando la ocasión que la pintan calva, alguna pluma salesianá se entretendrá en hacer un estudio del epistolario ruano. Su Beatificación brinda inmejorable oportunidad. Muchas de sus cartas las contestaba en casa de algún amigo o bienhechor, como hiciera también el fundador, en horas de silencio y retirado en alguna habitación a donde no llegase el continuo requerimiento de unos y otros. También se sirvió de secretarios, que jamás supieron el destino de las cartas que les eran dictadas porque el Beato se preocupaba de escribir personalmente las direcciones o de echar mano de especiales trucos que dejaban a salvo el secreto.

Alguna vez el remitente no se contentaba con el trabajo del secretario, sino que pedía la propia letra de D. Rúa. Así solicitaba una salesianá que recibió estas breves líneas: «Quiere usted un escrito de mi propia mano. Aquí lo tiene. Sea usted muy observante de la Santa Regla. ¿Está ahora contenta? Bien. Cada vez que lea esta nota rece un Avemaria por el pobre D. Rúa.»

Los detalles de D. Rúa.

Estos gestos aparentemente insignificantes, gestos que siempre nos llaman la atención por lo que tienen de insólitos, son frecuentes en la vida del Beato.

Gestos de sencillez y humildad.

En una visita hecha en Roma a la casa que se encontraba en la «Via Marghera» le recibió una monja que no le conocía.

—¿A quién presento, Padre?

—Dígale a la Madre Eulalia que aquí está un salesiano.

Entró ésta en la sala de recibir y al ver a D. Rúa quedó sorprendida de su forma de anunciarse. Sonó la campana

y se armó el consiguiente revuelo, como siempre inspirado por una sincera alegría.

Gestos de caridad exquisita.

Testigo D. Bonelli. Un día, al llegar al comedor, encontró un papelito con letra del Beato. Corría la Cuaresma. El texto decía: «Sé que comes de vigilia. Es preciso que tomes algo con grasa. Sac. Miguel Rúa.»

«No te preocupes —decía a un Inspector-Provincial— por esas excepciones que has de hacer para llevar adelante el tratamiento/Nadie se escandaliza por ello, antes al contrario esta actitud hace amar la Congregación enseñándonos cómo en casos de necesidad ella sabe hacer las necesarias excepciones a la Regla.»

Un día de invierno acudió al pobrecito cuarto del Beato un salesiano de hermosa calvicie. D. Rúa era amante de hacer paseos a pie y no era raro verle depositar en manos de un mendigo el importe del transporte que debía haberle hecho más corto el camino. Trayecto que tampoco dejaba de ofrecer ocasión para repasar algunos papeles, alguna correspondencia o echar un vistazo a algún asunto pendiente. Pero esta vez el paseo sería por la habitación. La charla con el visitante avanzaba mientras de un lado para otro intentaban quitarse el frío. Con frecuencia D. Rúa notaba que su interlocutor se echaba mano a la calva. Este contestó por fin a la demanda del Superior, confesándole que le dolía bastante la cabeza, probablemente por el frío que sentía en la calva. De un cajón sacó D. Rúa un gorrito de negro terciopelo que inmediatamente fue a parar a la cabeza de su amigo. El gorrito quedó como una reliquia en manos del consultante, que con señales inequívocas de agradecimiento ha escrito el hecho en apariencias insignificante.

Gestos de soberano aguante.

No siempre rodaban las cosas a gusto del Rector Mayor. Esta vez le salió la criada respondona. Un director, de edad

madura, le hizo frente con palabras insultantes y encendidas mientras D. Rúa trataba con amabilidad de hacerle ver ciertas cosas que no iban bien. Se vio sorprendido el Superior por aquella actitud arrogante y no encontró más fácil solución que aguantar la tormenta en silencio. Cuando acabó el orador, los ojos de D. Rúa estaban llenos de lágrimas.

— Si tienes algo que decir todavía no te lo calles. Lo importante es que recobres la tranquilidad.

El discursador vio que se le venía el alma a los pies y por todos los medios se deshizo en excusas. El perdón estaba de antemano concedido.

Exageraciones en torno al Beato.

Manuel Díaz Ledo ha traducido así esta importante reseña que en su interesante libro reciente consigna el Padre Adolfo L'Arco:

«Dos expresiones, preferidas por D. Bosco, pero alteradas y tergiversadas después, han contribuido a falsear la figura de D. Rúa. El proceso ha registrado una rectificación suficientemente demostrativa. D. Lemoyne cuenta el siguiente episodio.

D. Bosco dijo un día al Prefecto del Oratorio con toda seriedad:

—Amigo mío, hazme caso: hazte comerciante de aceite.

—¿Comerciante de aceite? —respondió atónito el Prefecto.

—Sí, comerciante de aceite.

—Pero, D. Bosco, un religioso...

—Precisamente. ¿O acaso no eres tú el Prefecto y como tal encargado de los arreglos y reparaciones que se presentan en el Oratorio? Y me parece haber oído rechinar algunas cerraduras y un poco de aceite en ellas lo arreglaría todo...

—Pero no veo la razón...

—Y además —respondió D. Bosco con dulce sonrisa,

pronunciando distintamente sus palabras— y además... tus subordinados rechinan de una manera... Al tratarlos no olvides que eres un comerciante de aceites.

Y hasta aquí la narración es simpáticamente fiel. Pero concluye con estas tres palabras equívocas: D. Rúa comprendió.

El buen D. Rúa no comprendió absolutamente nada por la sencilla razón de que aquellas palabras no habían sido pronunciadas ni para él ni por él.

El proceso rectifica de la siguiente manera: «El historiador cambió el nombre del Prefecto D. Marchisio por el del Prefecto D. Rúa, porque así se había formado la tradición, y el Siervo de Dios había callado, porque, cuidadoso como era de alejar de sí toda alabanza, habitualmente callaba cuando injustificadamente le hacían alguna censura.

El Proceso refiere también un elogio superlativo que D. Bosco hizo, en esta época, sobre D. Rúa. Las actas lo extraen literalmente de una información de Monseñor Costamagna. El santo dijo al futuro obispo: Si Dios me dijera prepárate, que debes morir y escógete un sucesor porque no quiero que la obra del Oratorio empezada por ti sufra detrimento y pídemela para este sucesor tuyo todas las gracias, virtudes, dondes y carismas que juzgues necesarios, para que pueda desempeñar bien su cargo, que yo se los daré todos, te aseguro que no sabría qué pedir al Señor a este fin, porque veo que D. Rúa lo tiene todo. El Santo de la bondad no habría expresado ciertamente un tan espléndido elogio de su Primogénito, si hubiese encontrado escasa su *provisión de aceite pata* la lámpara de la caridad.

Ha contribuido también a falsificar la suave figura de D. Rúa una frase de D. Bosco que, separada del contexto, no traduce, sino que traiciona el pensamiento del Santo. A un grupo de Salesianos, entre los cuales se hallaba el interesado, contó D. Bosco lo siguiente: Esta noche he soñado que me encontraba en la sacristía para reconciliarme

en confesión. Vi sentado junto a un reclinatorio a D. Rúa, y casi no me atrevía a acercarme, porque lo consideraba demasiado riguroso.

D. Francesca, presente en la escena, comenta: No se puede decir cómo reímos todos aquella ocurrencia y cómo todos nosotros, dirigiéndonos a D. Rúa, le decíamos: bravo, bien, con tu seriedad das miedo hasta a D. Bosco, y todos reíamos.

Para comprender plenamente el pensamiento del Santo es preciso tener en cuenta estas dos observaciones hechas por el mismo biógrafo que narra el episodio: A D. Bosco le gustaba, cuando se presentaba la ocasión, hacer alguna observación a D. Rúa en presencia de otros hermanos, porque tenía la certeza de darles un espléndido ejemplo de cómo deseaba ser obedecido.»

Hasta aquí el relato del P. L'Arco.

Estas lanzas rotas en honor del buen nombre del discípulo de D. Bosco no son suficientes, decimos nosotros, para que la sombra de ciertas sospechas se alejen de su enjuta figura. En efecto, él mismo dio lugar a que tengamos de su mentalidad un recuerdo de intransigencia y escrupulosidad.

¿Acaso no es cierto que durante representaciones enteras de teatro en las que actuaban chicas o novicias mantenía los ojos cerrados sin consentir empaparse de cuanto sucedía en el escenario?

¿No aconsejó a una casa en la que abundaba la fruta y se la consumía fuera de las comidas que se deshicieran de ella repartiéndola a los pobres e incluso dejándola que se echara a perder porque antes debe ser el cumplimiento de la Regla y el hábito de cristiana mortificación que otra cualquiera ventaja material?

¿No escribía a un Director que un clérigo de su casa a quien el médico había prescrito el tabaco como medicina debía abandonar la Congregación una vez cumplido el tiem-

po de sus votos ya que no podía cumplir las Constituciones?

¿No atendía D. Rúa más a la lectura que se hacía en el comedor que al propio alimento? ¿No aconsejaba en una Comunidad que está bien hacer alguna fiesta a la llegada del Rector Mayor e incluso a la partida pero no durante todos los días de su estancia en un colegio?

¿No era capaz de sacar una navajita del bolsillo y comer como un pueblerino en una Comunidad de una Congregación extraña a la que había sido invitado? ¿No es verdad que no tenía reparo alguno en recoger pedazos de pan por la calle y atravesarse a comérselos tan campante? Cualquier dentadura no es capaz de estos prodigios, pero sobre todo cualquier virtud no tiene los suficientes grados como para permitirse gestos semejantes.

Manos bienhechoras.

Son muy numerosos los hechos que nos cuentan biógrafos bien documentados y que haríamos mal en silenciar del todo. En ellos está presente una luz extraña, sobrenatural, que ha sido percibida por innumerables personas.

Más de una vez, como en Gerona o en Vizzini o en Tierra Santa, D. Rúa, con su fervorosa oración, ahuyentaba la lluvia importuna que desluciría la ceremonia de una primera piedra o atraía por el contrario un deseado diluvio que beneficiaba tierras resacas e improductivas...

En Palermo, la mano alzada en bendiciones constantes del Rector Mayor pondría de pie a un viejecito de ochenta y seis años, cardenal de la Santa Iglesia, que se creía en las últimas.

Un chico español, Miguel Fernández, de catorce años, aprendiz de sastre, sufría de ataques epilépticos. En una escalera aguardó el momento de encontrarse con el famoso viajero. Los médicos habían aconsejado que el muchacho se marchase del colegio para bien suyo y de todos. Pero los ataques a partir de la visita de D. Rúa no se repitieron

jamás. Combatió en la guerra por tierras francesas y aunque llegó a ser hospitalizado por otras causas, el mal primero de sus años de adolescente desapareció del todo.

A la señora Julia Garena, viuda gravemente enferma, le fue concedida la alegría de conocer esta acción bienhechora. El Dr. Pesci, que siguió el curso de la enfermedad, exclamaba: Si hubiese llamado a todos los médicos de Europa hubiesen asegurado que la enferma no tenía curación. Solamente este doctor D. Rúa, siendo como es un santo, le ha curado en un instante.

Doña Francisca Cassar escribía estas palabras: «Hacía ocho años que estaba casada y no tenía hijos. Llegó Don Rúa a Giaffa. Me informé por los Salesianos de la ciudad sobre cuándo regresaría de Jerusalén y fui a la estación para encontrarme con él. Me prometió su visita y una media hora después tuve el honor y la gran felicidad de tenerlo en casa. Me bendijo, me puso las manos sobre la cabeza, prometiéndome que haría una novena junto con sus huerfanitos según mi intención para que el buen Dios me concediese un hijo. Llevé a cabo fielmente cuanto me había dicho y nueve meses después el Señor me regalaba una preciosa niña.»

En Vigo, un pequeño atormentado por un eczema que le invadía la cabeza, el pecho y la cara, a quien tuvieron que amarrar las manos porque el prurito constante le tenía muy nervioso y en peligro de hacerse daño, recibió la bendición del Beato, viendo desaparecer con estupor de todos aquel mal exasperante. Este hecho fue afirmado bajo juramento por la familia del enfermito y por numerosos amigos.

Los hechos insólitos que encontramos en la vida de nuestro biografiado rayan a veces con lo que pudiéramos bautizar de ilusorio o perteneciente al mundo de las fantasías infantiles de otros tiempos...

No se puede, a pesar de la tentación natural de abandonarlos en la carpeta de apuntes, dejarlos a la vera del ca-

mino por la simple razón de que pueda haber quien sonría escépticamente al conocerlos.

En el año 1902 D. Rúa espera en una de sus incursiones internas por Italia un barquito que ha de transportarle por mar. Mientras aguarda el momento de la partida se entretiene con un grupo de pescadores quejosos de su mucho trabajo y escasísimo fruto. Nada más triste para los hombres de mar que la desilusión de una pesca casi nula. D. Rúa les aconseja echar redes por un sitio determinado y la sorpresa de la abundante recolección corre como la pólvora, afianzándose la fama de santidad del Sucesor de D. Bosco.

En otro de sus viajes, cuando todos esperaban tenerle ausente durante varios meses, D. Rúa, después de llegar a Francia, vuelve de improviso a Valdocco. Empezó a charlar largamente con D. Domingo Belmonte, Prefecto General de la Sociedad. Había extrañeza en todos por este repentino cambio de ideas. En el mes de febrero de aquel año de 1901 el P. Belmonte, durante una representación teatral, se desmayaba repentinamente y aquella misma noche pasaba a la eternidad. D. Rúa escribía a su futuro Sucesor, D. Albera: cuánta pena, cuánto dolor para todos... El puesto del P. Belmonte fue por lo pronto ocupado por el Beato hasta que D. Rinaldi, Inspector entonces de España, se encargaría de ocuparse personalmente de este cargo.

Las manos de D. Rúa multiplicarían caramelos de menta, estampas, arrojarían una medalla de la Auxiliadora a las aguas enfurecidas para calmarlas al instante. Afirman haberle visto extático y él mismo confesaba haber consultado con D. Bosco, después de muerto éste, algún asunto en el que se veía apurado, obteniendo respuesta conveniente y eficaz.

Y todo este cúmulo de intervenciones ciertamente sorprendentes eran adobadas con una sencillez y naturalidad que aun las encumbran más y más.

Prueba de esta sencillez lo es una anécdota recogida con detalles camino de Polonia. En el departamento el secretario ocasional del Beato comenzó a hablar con un alemán de la obra de D. Bosco. Ayuno de noticias escuchaba atento, prendido del entusiasmo con que dicho secretario ponderaba el milagro de la empresa. A un momento determinado, D. Rúa, embebido en su lectura, preguntaba a otro salesiano cercano sobre el argumento de la conversación, de la que barruntaba el sentido, ya que sus conocimientos de la lengua alemana no eran del todo elementales. Cuando efectivamente supo por dónde se dirigían los tiros, aconsejó disimuladamente que no le dijera a aquel señor que se encontraba presente D. Rúa.

De haber comprobado lo poca cosa que era el Rector Mayor de los Salesianos, afirmaba el Beato, hubiera quedado decepcionado...

Terminamos este recorrido que no agota el caudal de curiosas anécdotas que pudieran contarse de D. Rúa, con unas afirmaciones de quien fue confesor suyo durante muchos años, después de la muerte del Fundador. Estas son las palabras del P. Francesia: «Parece que D. Rúa hubiese conquistado al precio de continuos sacrificios la montaña de la perfección. No era así. Desde los años de su primera juventud, la virtud había constituido la sed, el ideal y el hábito de su alma. No le costaba ninguna fatiga. Era la copia fiel de D. Bosco. Lo único que tenía diverso era el exterior, esto es, el modo de hacer, el gesto, la forma externa»...

MIGUEL RÚA Y SU CRUZ PARTICULAR

Como aquellos «signati», señalados, que aparecen en el capítulo séptimo del Apocalipsis joanneo, los santos han sido obsequiados con munificencia teniendo que llevar sobre sus hombros una cruz más que regular con la que parece al Maestro que cargó con la suya, tan pesada...

Miguel Rúa no fue excepción. Y, con perdón, me recuerda a los percebes gallegos. Los arriesgados pescadores de estos pedúnculos carnosos, tan cotizados en el mercado, muchas veces han acabado sus días junto a esas olas bravas que azotan las rocas costeras. El percebe es hermoso y apetecible a medida que los golpes del mar son más potentes. Y hasta esas verdaderas sepulturas humanas que son las olas de mal talante se acercan los atrevidos hijos de la riente Galicia para robar el rico botín. Muchos se han ahogado, en cadena, amarrados por una soga durante la operación.

Parece que los golpes duros de la calumnia no pudieron con la entereza del Rector Mayor, sino que a la manera como sucede con el susodicho crustáceo, se crecieron en su espíritu la confianza, la humildad y el coraje de seguir batallando, puesta la intención en lo alto. Tenemos delante a un hombre y no a un «don Tancredo»; los golpes despiadados de las malas lenguas y de los periódicos lanzados al escándalo fueron acusados por la sensibilidad del Beato.

Hoy, echando mano de una palabra francesa en uso

periodístico, podríamos bautizar aquel cisco como el «affaire» de Varazze.

Faltaban tres años para la desaparición de D. Rúa y seguramente no nos equivocamos pensando que el mazazo, le dejaba herido de muerte...

Se celebraban los cincuenta años de la muerte de Domingo Savio y una alegría juvenil especial perfumaba a Castelnuovo y Mondonio, visitados expresamente como excursión del año.

1907 pasaría a la historia salesiana. Más fuerte que la sacudida sufrida en Méjico, sin desgracias personales, entre los 350 alumnos del colegio, fue la que hizo temblar los ánimos y hasta enfermar los cuerpos de quienes sufrieron directamente en su carne el zarpazo de tan despiadadas invenciones...

Era en verano, tiempo de vacaciones. Los chicos de Varazze no pasaban en mucho de veinticinco. Varazze había dispensado acogida triunfal a la causa salesiana, pero la oscuridad de un viernes santo se cernía sobre los hijos de D. Bosco. Protagonista de especial relieve fue el Director, P. Viglietti, teólogo y doctor en Filosofía y Letras, que fue señalando en su diario datos y noticias.

De mañana, cuando chicos y Superiores se encontraban en la capilla, irrumpe la fuerza militar en el presbiterio mientras se celebraba una misa de difuntos.

En medio de enérgicas frases desconsideradas, los chicos son apartados de sus profesores y se les arrincona en una clase.

Unos y otros son acusados de actos nefandos, de desórdenes y «misas negras»... El Director exige aclaración en esto de las «misas negras», que él no entiende en absoluto. Se le responde que no es posible explicarlo, que lo prohíbe la decencia y la honradez.

Al mediodía los chicos vuelven del cuartel donde se les ha acorralado y sometido a un torturante y vergonzoso

interrogatorio. Media la señora Besson, viuda de vida irregular, psicológicamente decentrada, que propala mentiras escandalosas contra los Salesianos. Al llegar al comedor los alumnos se niegan a probar un solo bocado, hundiéndose en su tristeza y sus lágrimas. No hay comunicación posible con los religiosos que se cuidan de ellos.

La reacción de la prensa no se hace esperar: títulos de caracteres llamativos corren por toda Italia informando a miles de lectores de aquellos supuestos sucesos abominables que tenían lugar en el colegio de Varazze, antro de corrupción según las páginas en circulación.

El comentario casi airado de Monseñor Cagliero es el siguiente: son mejor los patagones que estos antropófagos anticlericales. No he asistido jamás a cosas semejantes.

Un ilustre antiguo alumno, Juan Possetto, acude indignado al despacho de D. Rúa. Era preciso deshacer todo el enredo calumnioso en el que un chico de quince años, Carlos Marlario, y una viuda sin escrúpulos ni la cabeza en condiciones, atestiguaban falsedadas monstruosas y manchaban el prestigio de la Congregación.

Se encontró al Rector Mayor lívido, llena su mesa de voluminosa correspondencia, y con una pierna tiesa, vendada, apoyada sobre una silla. En su humildad, D. Rúa atribuía todo el mal sembrado a su atrevimiento de aceptar la reelección como Superior General de la Congregación.

Los biógrafos no dudan en afirmar que estos meses veraniegos son los de más sufrimientos acumulados en toda la vida del Beato. No faltaron los amigos incondicionales que inmediatamente se pusieron a disposición del Sucesor de D. Bosco, juntamente con Salesianos competentes para desenredar un ovillo diabólicamente enredado.

El 4 de agosto los periódicos retiraban sus comunicaciones. Ante la enérgica protesta presentada a las autoridades comienza a demostrarse que la casa de Varezze, situada geográficamente en medio de tantos encantos naturales, no

era una pocilga como se venía publicando, sino un centro salesiano en el que reinaba la atmósfera sana que el Fundador había querido para todos sus colegios.

Dos salesianos encarcelados salen por fin de su encerrona con una reacción de explosivo entusiasmo por parte del pueblo: aplausos, grandes recibimientos, canto del Te Deum, acción de gracias a Dios.

El 20 de septiembre se organiza una magna peregrinación a Nuestra Señora de la Guardia, en la que toman parte unas tres mil personas. De noche y en el patio del colegio, la manifestación de alegría y la demostración de afecto hacia los calumniados es indescriptible. Son miles de personas. Se acepta la iniciativa de fundar un Oratorio Festivo en Varazze. Los encarcelados reciben obsequios como recuerdo de sus jornadas de dolor...

El colegio abre de nuevo sus puertas. La tormenta ha descargado, aunque sus reliquias, a pesar del buen trabajo de los abogados, son difíciles de olvidar...

«La venganza —dice Manuel Halcón en una de sus preciosas novelas— es la negra flor más cuidada, que florece sin luz. La venganza no traspasa los muros. Se diría que, aunque la planee y ejecute la misma persona, se hace dos en una para exigirse mutuo secreto.» ¿Se figuran ustedes la venganza de D. Rúa? Palabras de disculpa para todos y la idea clavada en su mente de que la culpa era suya por haberse creído con fuerzas para seguir llevando el timón de la nave.

Otras espinas.

Apenas reelegido Rector Mayor, D. Rúa había vuelto a su martirio de los viajes. Ahora sin D. Bosco, pisaba de nuevo tierra española, en 1899. D. Rúa pasea por La Rambla barcelonesa, bendice primeras piedras como casi siempre, conoce Bilbao, Zaragoza, Santander, Salamanca. ¿Cómo abandonar España sin venerar las reliquias de Santa Teresa

en Alba de Tormes o meter las narices en la Semana Santa sevillana? En Quejigal, una estación de poca monta, un accidente ferroviario le causa unos pequeños rasguños en la frente y le hace sangrar por la nariz. Vigo, Erija, Montilla, Jerez de la Frontera, Málaga, Almería... En Utrera dicen que esa clase de recibimientos solamente se hacen cuando pasa el Rey o algún miembro de la familia real. Portugal le dispensa el mismo alborozo de la gente española, recordando una vez más escenas de la vida del santo Fundador.

Los honores parece que resbalan por su alma... «L'Os-servatore Cattolico» publicará en 1900 que un gobernador y un bobierno protestantes tienen delicadezas especiales para con D. Bosco y su primer Sucesor, como fueron las dos calles dedicadas a su memoria en la isla de Malta: «Don Bosco street», «Don Rúa street». Dos años después, cuando hacía exactamente medio siglo que el Rector Mayor había vestido por primera vez su humilde y sufrida sotana, Castelnuovo se llena de alborozo concediendo a D. Rúa el título de ciudadano de honor. El Fundador había sido paisano de aquellos campesinos y la fiesta de Nuestra Señora del Rosario en Becchi se prestaba de maravilla para la concesión del título al continuador de su obra.

Pero de Roma habían llegado determinaciones que complicaban la trayectoria seguida hasta ahora en un punto muy delicado. Se formulaba la prohibición muy clara: ningún candidato, mayor o menor, debería confesar en los seminarios, colegios, comunidades religiosas, a los alumnos que en su misma casa hacían vida de internado. ¿Cómo compaginar la tradición de D. Bosco con las nuevas normas de la Iglesia? D. Rúa, esta es la verdad, quedaba perplejo y muy contrariado. Siempre el Director salesiano había desempeñado el papel de vigía espiritual de la Comunidad, siempre había recibido las confidencias y desahogos de conciencia de los alumnos. Sesenta años caminando por estos

derroteros no se arreglaban de la noche a la mañana fácilmente.

D. Luis Piscetta, teólogo moralista de tan agudo criterio y ancha erudición como escasas dotes físicas, soluciona embrollos que a D. Rúa se le iban planteando... La Santa Sede recibió quejas de algún obispo e incluso de miembros de la Congregación no conformes con la aplicación de la rotunda prohibición formulada. «La olla hervía —dice gráficamente Amadei— de forma que una sola gotita le hubiera hecho rebosar.»

D. Rúa, después de tragar mucha saliva, formulaba sus argumentos en la línea clarísima que le era familiar: «No se averigüe cómo se ha dado esta orden, por causa de quién o de qué suceso»... Y recordaba por si acaso: «No olvidemos que es disposición de la amorosa Providencia del Señor, que es el mismo Jesús quien se digna hablarnos a través de su Vicario, y procuremos seguir sus órdenes con la mayor fidelidad»...

En el mismo Capítulo General número IX volvió a remachar el clavo: «Debemos totalmente eliminar cualquier maligna suposición.» Este nuevo viraje le costó a la Congregación algunas pérdidas sensibles y no pocas lágrimas.

Con buen pie.

A caballo entre siglo y siglo, el 31 de diciembre, Don Rúa se hacía rodear de su Consejo y con una fórmula enviada a propósito a Roma para su aprobación, ponía en las manos del Sagrado Corazón de Jesús el porvenir de la Sociedad Salesiana, tratando de implorar clemencia por los errores cometidos en el siglo que moría y prometiendo trabajar más apostólicamente en el que entraba.

En Buenos Aires echaban a volar las campanas con la presencia de D. Pablo Albera. Se quedaron con las ganas de ver al Rector Mayor, que nunca iría a tierras americanas. Se cumplían veinticinco años de la llegada de los

primeros misioneros salesianos al continente y el Congreso de Cooperadores, con el que se quiso conmemorar la fecha, se vio honrado con la representación que el Beato enviaba. Tres años permaneció D. Albera, Director Espiritual por entonces de la Sociedad, visitando casas de Argentina, Uruguay, Chile, Patagonia, Bolivia, Perú, Ecuador...

Mientras D. Albera pisaba y recorría con atención verdaderamente amorosa estos países, Monseñor Fagnano hablaba con entusiasmo en Turín de las noventa y siete casas y residencias fundadas en las Américas. D. Rúa le escuchaba sin duda gozosamente, de vuelta de su primera canita al aire en territorio polaco. Allí había inaugurado un centro salesiano en Oswiecim, donde hubo un pequeño susto durante el sacrificio eucarístico, debido a la disposición de las tarimas de los cantores, sin mayores consecuencias. Algún sermoncito en alemán y alguna que otra palabra en polaco aprendida en su salsa.

Ni los recursos económicos de los chicos del Oratorio eran tan exiguos como para no poder regalar a D. Rúa un busto en mármol de D. Bosco para que presidiera los pórticos, ni el bolsillo del Rector Mayor tan tacaño como para no obsequiar al anciano León XIII, que cumplía noventa y tres años, con una cantidad de dinero significativa y unos álbumes de firmas donde se contenía en miles de rasgos de la más diversa calaña el afecto de chicos, Salesianos e Hijas de María Auxiliadora. A los veinticinco años de su Pontificado, el Pontífice de la «Rerum Novarum» calibró en su justo precio el humilde homenaje.

Pero D. Rúa siempre era claro en este aspecto: «Alguno, viendo nuestras obras tan extendidas, quizás se vea en la tentación de creer que los Salesianos son ricos... Cada casa es una sangría. Tenemos grandes deudas y nos encontramos algo olvidados.»

Con un juego de palabras no sé si muy afortunado pero sí muy ajustado a la realidad de los hechos, se ha oído decir muchas veces aquello de «Don Bosco, Don Busca». Se pasó la vida buscando. Primero buscando la forma de que le entendieran, luego buscando la forma de que le ayudaran. D. Rúa le sigue muy de cerca. Y si no, vean estas descaradas noticias del limosnero incansable: «Esta mañana, celebrando la santa Misa, he querido hacer por vosotros un *memento* especial más fervoroso que de ordinario. He rezado por vosotros, por vuestras familias, por vuestras necesidades, tanto espirituales como materiales; pero he rezado también por mí. Pensando en escribiros esta carta me he encomendado al Señor para que mis palabras hablasen eficazmente a vuestros corazones y los moviesen para que vinieran en mi ayuda. Este día consagrado a la Virgen Inmaculada, que ha dado tantas pruebas de amor y de especial patrocinio a la Sociedad Salesiana, me permito esperar que todos vosotros responderéis generosamente a la humilde demanda del pobre Sucesor de D. Bosco.»

Con este tesón y arrojo el nombre salesiano se va traduciendo en ladrillos y realidades humanas a todos los idiomas. «The salesian school». —Oh, sí sí, haced todas estas cosas, celebrad todos estos agasajos y fiestas —diría en Inglaterra—, porque entiendo que todo esto es ofrecido en honor de D. Bosco.

En mayo de 1903 la alegre música de Dogliani resonaba triunfante sobre la nueva corona de la Auxiliadora. «Corona áurea super caput eius». Había sido una ilusión largo tiempo sostenida por el Rector Mayor. En Roma daban su conformidad, comenzando por la personal alegría del Papa. El Cardenal Richelmy, arzobispo de Turín, fue designado para la importante ceremonia. Coronar solemnemente, canónicamente, a la Reina de la Congregación Salesiana, Aquella que lo había hecho todo, suponía echar

mano de todos los requisitos indispensables para estas ocasiones pero con una brillantez que pasara a la Historia de la floreciente Sociedad. Por eso, el imponente cortejo, el júbilo de las campanas, el fervor del canto popular, el aleteo de las palomas, la participación masiva de los miles de devotos de la Virgen de D. Bosco, pudieron con la entereza de Rúa, que no tuvo más remedio que echarse a llorar como forma de agradecimiento a la Señora.

La Coronación Canónica de la Virgen había sido precedida por el tercer Congreso Salesiano de Cooperadores. Programa ambicioso: «Educación e instrucción de la juventud según el Sistema de D. Bosco, en los Oratorios Festivos y diarios, en las escuelas nocturnas, en los colegios y escuelas profesionales y agrícolas, apostolado misionero, emigrantes, difusión de la buena prensa y culto a María Auxiliadora». Tres cardenales, tres arzobispos y veintisiete obispos prestaron solemnidad y empaque a la asamblea que se congregó durante tres días, integrada además por un gran número de sacerdotes y seglares llegados de todas partes de Italia.

Al tiempo que D. Rúa cumplía una vieja promesa —la de volver a imprimir en las «Lecturas Católicas» un opusculo titulado «Noticias históricas en torno al milagro del Santísimo Sacramento»—, León XIII abandonaba este mundo cargado de años y benemerencias. No pasarían más de cuatro meses después de la triste fecha sin que D. Rúa presentara personalmente su devoción y la de sus Salesianos al nuevo Pontífice, Pío X, que le confesó de entrada lo inexplicable que le resultaba la Congregación de Don Bosco sin una asistencia del todo especial por parte de la Providencia.

La muerte del Pontífice que tanto había confiado en los destinos de la obra salesiana angustiaba el corazón del

Rector Mayor de igual manera que cuando el Rey de Italia Umberto I había sido asesinado a principios de siglo. Le había faltado tiempo al Beato para implorar el auxilio divino sobre la Reina y su familia y hacerle presentar el pesar de los Salesianos a través del Procurador General, P. Marengo.

D. Rúa pacificador.

La señorita Cesarina Astesana había estado casi moribunda pero D. Bosco la tranquilizó con su palabra profética... Conservó esta alma auténticamente apostólica una predilección creciente por el mundo de las chicas obreras, campo propicio para ciertos abusos en el campo de la justicia y la honradez. Entre sus manos se deslizaban las cuentas de un rosario que el santo Fundador había depositado en ellas como precioso recuerdo. El programa de la militante se cifraba en tres metas: combatir el pernicioso trabajo de los días festivos, acortar el horario sobrecargado de horas de rendimiento y mejorar el salario casi siempre flaco por incorregible vicio...

Su idea y su actividad hallaron pronto eco en la atención personal de D. Rúa. Se fundaron centros para las obreritas y durante los veranos se ponían a disposición de Cesarina y sus chicas medios y facilidades que convertían los meses calurosos en una temporada de agradable recuperación física y moral. El P. Trione, salesiano entusiasta, de elocuente palabra que pidió como don especial en su primera Misa, de gran iniciativa organizadora, incrementó poderosamente el ritmo de un trabajo tan necesario como familiar al ideario salesiano.

El año 1906 el Beato interviene en un fenomenal jaleo laboral.

Un buen amigo, ingeniero industrial y hasta padre de familia ejemplar, amo de una fábrica de hilados, se planta inflexible ante la amenaza de sus operarios y operarías que

desean menos horas en la jornada y que el sueldo no sea recortado. Hay abandono total del trabajo, comienza la necesidad y la impaciencia, niños y mujeres no tienen más remedio que buscar en el campo algún ligero alivio para su situación alimenticia... Pero la cosa no mejora ni tiene cariz de obtener por ambos bandos arreglo que satisfaga plenamente. Un grupo de muchachas vuelve al trabajo con gran disgusto del resto. A quienes pretendan seguir este camino le lloverán piedras y amenazas. A través de la diplomacia y serenidad de D. Rinaldi, brazo derecho del Rector Mayor, se había pretendido dar alguna salida al conflicto. Junto a D. Rúa tomaban asiento en una intenciona de diálogo definitivo algunas personas más implicadas e interesadas en la huelga. El resultado de la mesa redonda, después de más de un mes de enfrentamiento, fue totalmente satisfactorio, logrando por medio del Beato que los sentimientos del Sr. Poma y los criterios de los operarios viniesen a una disposición convincente. Se encontraba en la reunión la señorita Astesana, quien cursó inmediatamente un escrito redactado por D. Rinaldi para que sus chicas obreras se enrolasen de nuevo en el trabajo.

Los encuentros de clases sociales en la ciudad de Turín eran serios por entonces. Las ideas proclamadas por la Iglesia con respecto al mundo laboral tardarían en cuajar y tomar cauce...

Los periódicos se hicieron eco del acontecimiento, que tuvo sin lugar a dudas un arbitro imparcial y sereno en D. Miguel Rúa.

No hubo necesidad de estas componendas en el X Capítulo General de la Congregación, que tenía lugar del 23 de agosto al 13 de septiembre de 1904, donde la caridad reinó absolutamente y las intervenciones se fueron desarrollando en la mayor armonía. Tres bravos salesianos hicieron sonar sus voces, bien timbradas de entusiasmo:

Cagliari, Costamagna y Fagnano, evangelizadores de otro continente.

El Rector Mayor andaba achacoso con sus piernas y hasta se veía obligado a usar de algún apoyo extraordinario para celebrar la Eucaristía. En tanto sus ideas permanecen claras y firmes y sus iniciativas no conocen tregua: así funda el centro teológico internacional de Flogizzo, de éxito inmediato y seguro. Sin que ello sea obstáculo para que la redada misionera continúe cobrando buenas piezas y partan doscientos voluntarios divididos en varios grupos hacia nuevas avanzadillas. D. Rúa, que no puede intervenir directamente en la siempre conmovedora ceremonia, se hace transportar en un sillón a la hora de comer para dirigir unas palabras a los expedicionarios del Evangelio.

«Normae secundum quas» fue un documento que contrarió no poco a las Salesianas. Todavía en 1901 las Hijas de María Auxiliadora no gozaban de la estabilización regular y de buenas a primeras se vieron en la necesidad de adaptar sus Constituciones a los nuevos dictámenes del Vaticano. La voluntad de las religiosas era continuar trabajando a la sombra de los hijos de D. Bosco, cuyo Rector Mayor deseaban fuera el representante directo del Santo Padre. En su V Capítulo General la decisión de acatar las normas del documento no vino a alegrar los ánimos precisamente. Don Rúa advirtió que si D. Bosco viviese indudablemente se llevaría a cabo lo que fuese voluntad de la Iglesia. Ya se encargaría la Madre Daghero de hacer las debidas gestiones a fin de que Benedicto XV le concediese autorización para que las Hijas de M. A. pudieran servirse del trabajo de los Salesianos y hacer uso de la autoridad del Superior Mayor de la Congregación. Entre tanto, D. Rúa no intervino en absoluto y cesó en su cargo de Superior inmediato en público como en privado, desligándose del régimen del Instituto.

Junto a D. Rúa las batallas más difíciles habían de

terminar con una paz inmediata. La serenidad de espíritu era algo consustancial al Beato. Y no faltaron golpes, como ya hemos podido comprobar, para poner a prueba sus dotes de aguante.

Y aunque los pequeños y grandes sustos no cesaran, como ocurrió en el incendio de Londres de 1906, no bastarían fuegos ni terremotos ni ríos desbordados para hacer languidecer el ritmo de las obras levantadas bajo el rectorado del Beato. Veinticinco nuevas iglesias aupaban sus muros, entre ellas el Templo barcelonés del Tibidabo; en la «Mostra degli Italiani», la aportación salesiana lograba el Gran Premio con sus estadísticas, monografías y documentos; en la isla de Malta sonaba la marcha real en honor del Rector Mayor y algún cardenal se arrodillaba a la vista de todos rogando su bendición; Vitoria, Baracaldo, Bilbao, Santander, Salamanca, Béjar... conocerían también por esta fecha su inquietud viajera.

Voto cumplido.

Claro indicio de que los viajes no constituían para Don Rúa un regalo ni mucho menos, lo tenemos en que decidió como acción de gracias y acto penitencial después de los tristes sucesos de Varazze visitar de nuevo y detenidamente la tierra del Señor.

Salió el 3 de febrero de 1908 para Palestina acompañado del P. Bretto. Sus paradas por aquí y por allá estuvieron sembradas de caridad exquisita, como era en él habitual. Hablar con todos, animar a todos, y hasta atreverse a querer pagar la hospitalidad dispensada en una casa salesiana necesitada de recursos, deseo que no le fue permitido realizar.

Quizás en este viaje resonaban en su espíritu las ovaciones entusiastas de los cuatro mil peregrinos que habían rendido homenaje a D. Bosco en su tumba hacía muy pocos años o la voz del P. Santinelli (que luego fallecería en una

leprosería tras largos años de sacrificio y actividad ingente) cuando animaba a uno de los últimos bien nutridos grupos de misioneros de ambos sexos.

Quizás todavía quedasen en su recuerdo las horas de insomnio y angustia acumuladas durante la tormenta terrible de Varazze.

No dejó de visitar Efeso, para poder admirar sus ruinas y dejar penetrar por su alma el perfume de la Señora, de la Madre de Dios, allí glorificada por la voz ecuménica de la Iglesia.

De Nazaret a Belén tomó un caballo y a tierra vinieron caballo y caballero. No hubo graves consecuencias. Los santos también caen en el camino, pero su voluntad de acero siempre resulta vencedora.

La humildad de D. Rúa era una buena salsa que condimentaba cualquier plato. El Jueves Santo se aprestó al lavatorio con los alumnos de Belén. En el Vía Crucis dirigido por un Padre franciscano recorriendo lugares santificados por el Redentor, D. Rúa se enroló entre la multitud compuesta por cristianos para todos los gustos, con la incomodidad que ello supone. Pero no había llegado Don Rúa a Tierra Santa para gozar de unos días de turismo barato...

Cuando volvía a casa de regreso estaba hecho un asquito. Llevaba prendas deterioradas, estaba agotado de cansancio y había perdido algunos dientes. Cumplía por esta fecha setenta y un años y aquel había constituido el viaje quizás más largo de su vida, si atendemos a sus propias palabras.

D. Rúa tiene que tener cuidado porque a la primera de cambio, al primer descuido, como sucediera en una estación, alguien se arrodilla y le ruega que se digne bendecirle. Estas escenitas deben molestar bastante al humilde hijo de D. Bosco, para quien toda ostentación resulta incomodísima.

¿Recuerdan la copla? Al paño fino le cayó una mancha en la tienda y no hubo más remedio que venderlo a bajo precio porque el valor había disminuido. Varazze había constituido una mancha inesperada, mancha que había de de jai-huella a través de los años. El paño de D. Rúa era fino, muy fino, pero la Providencia permitiría que su valor no fuese rebajado por el primer desaprensivo, por el contrario, como en las heridas de los toreros de buena casta, salió del trance más purificado y animoso de espíritu.

De espíritu, porque físicamente D. Rúa se venía abajo irremediablemente a pesar de las reservas titánicas de su voluntad.

Una vez más, al primer Sucesor de D. Bosco le vemos señalado por los estigmas del dolor. No hay santidad sin esta bandera, como no hay bombones de licor a los que no se les distinga con un papel doradito y llamativo que pone resplandecientes los ojos de los niños...

MIGUEL RÚA Y EL ATLETISMO

Escribo bien: el atletismo. Una vez más Pablo VI dio en la diana...

«Atleta de actividad apostólica» le llamó en su día nuestro Pontífice. Hasta fonéticamente —como si no bastase el parentesco etimológico— atleta y asceta se parecen. Ambos suponen el sudor y la lengua fuera y el jadeo constante...

En este último capítulo de nuestra modesta biografía asistiremos a los postreros esfuerzos de este atleta de actividad apostólica.

Imágenes televisivas de un programa internacional nos sirvieron en bandeja las escenas conmovedoras y cómicas a un tiempo de un corredor maratoniano que, muy cercana la meta, en lugar de avanzar retrocedía exhausto, totalmente deshecho... El cansancio de D. Rúa es inevitable y contemplaremos escenas sublimes y sencillas en las que todo un santo rinde tributo obligado a su condición humana.

«Débil y agotado perfil de sacerdote», «pequeño-gran hombre», sigue bautizándole Pablo VI. Pero a la hora exacta de su tránsito, de su desaparición definitiva, qué manos tan llenas, tan bienhechoras, tan generosas, son las que caen desmayadas, inertes, sobre el lecho.

D. Rúa cumplirá en 1908 la agradable obligación de visitar por última vez Roma. Pío X le recibirá tan bondadoso como siempre. El Santo Pontífice celebraba su jubileo

sacerdotal y la Congregación Salesiana contribuía a la general alegría con un templo dedicado a Santa María Liberadora. El P. Francesia, que lee ante el Papa el ofrecimiento, dice que ellos serán los «últimos en el tiempo pero no en el amor»...

No era la primera vez que D. Rúa cambiaba cordiales frases confidenciales con el Papa de la Comuni3n frecuente. En 1905 haba informado a Pío X de muchas cosas interesantes de la Congregaci3n a las que el Pontífice prest3 sincera atenci3n. D. Rodolfo Fierro, en el sabrosísimo tomazo de sus Memorias, relata la sorpresa y la ilusi3n de aquella «mañana brillante de la primavera romana». Es lástima, como muy bien se queja la editorial de este formidable libro-documento de la biografía del P. Fierro, que no hubiera acompaado una buena máquina fotográfica a un salesiano como él llamado a ver y vivir en primera línea tantos acontecimientos interesantes y tratar con personajes que han quedado registrados en la Historia contemporánea. Si a D. Rodolfo «parecía descender del Tabor» cuando abandonó la audiencia de 1905 acompaando a D. Rúa, a éste a no dudarlo se le arrugaron las entretelas del coraz3n al abandonar Roma en 1908 para jamás volver a ella. Los recuerdos se agolpaban en su memoria y como todos suponemos entre ellos figuraba la estampa de su Maestro D. Bosco, asiduo turista —aunque con escasas fortunas económicas— de la Ciudad Eterna.

Cualquier viaje es siempre aprovechado para hacer pequeñas visitas, rápidos cambios de impresiones con casas cercanas. Por todas partes, en este ocaso de la vida del Beato, las manos se juntan para aplaudir frenéticamente... En Ancona el Arzobispo se perderá en mil detalles para hacer la estancia agradable al Sucesor de D. Bosco. El fuego, la cena, el lecho... Pocos remilgos necesita D. Rúa y no valen razones de que en esta cama durmió León XIII o Pío IX...

En Firenze, desfallecimiento. Se le espera para la celebración de la Eucaristía pero es hallado en total postración que va desapareciendo a medida que la ceremonia avanza.

En Trevi arrecian los aplausos. Un chico se da un mal golpe en la cabeza y dos médicos que acuden califican el caso de muy grave. La intervención del Beato pone fuera de peligro al accidentado, ante la sorpresa general. A la mañana siguiente del porrazo, la Comunión general tiene toda la fuerza de un signo...

D. Rúa tiene ya dañada sin remedio una pierna con una llaga molesta pero camina siempre repartiendo bienes y remedios, sin prestar demasiada atención a su cojera.

Calabria. Tremendo golpe para el ánimo del Beato. Un terremoto que se calcula en doscientas mil víctimas, incluida Sicilia, deja anuladas todas las comunicaciones. Unas cincuenta personas, entre Salesianos y alumnos, desaparecen trágicamente en el seno de la Familia de D. Bosco. El 4 de enero de 1909 tienen lugar los tristes funerales, a los que asistió D. Rúa, aunque no en calidad de celebrante, dada su salud muy delicada. Los heridos fueron muchísimos y el propio Superior se encargó de que las Casas salesianas atendieran a necesidades de primera urgencia y desplegaran toda clase de actividades caritativas.

De estas últimas fechas de la vida del Rector Mayor quedan testimonios admirables de su bondad, de su voluntad despierta y activa, aunque las fuerzas físicas le iban faltando notablemente.

A Sor María Vigna no se le olvidaría la huella de aquella mano del Beato pasando por sus ojos enfermos, por su rostro algo desfigurado a causa de los males de la dentadura. La presencia de esta Salesiana, a veces, hacía reír a más de una novicia, tal era su aspecto entre parches y vendajes. Pasaron veinticuatro años tras la intervención de D. Rúa y Sor María Vigna jamás hubo de sufrir de

las molestias que le habían traído por la calle de la amargura.

Esta misma mano repartidora de todo bien es la que empuña la pluma para contestar a un generoso comunicante que ofrecía al Señor su propia vida con tal de que el Rector Mayor continuase al frente de la Congregación. «Me resulta muy agradable la tuya del 17 de marzo corriente por el buen corazón que demuestras en ella y por la acción verdaderamente generosa que desearías llevar a cabo en mi favor... Te doy las gracias de todo corazón. Pero la vida nuestra está en manos de Dios y te dispense de tu promesa, la cual tendré siempre presente y estimo en mucho. Por mi parte no cesaré de recomendarte al Señor a fin de que te bendiga y conserve siempre en su gracia.»

Momento llegaría en que no pudiendo gobernar los temblores de su mano, D. Rúa acudiría al extraño recurso de poner un ladrillo encima para de esta forma confiarle al papel sus ideas y sentimientos postreros.

Su mente está despierta y pocas cosas se le escapan... Partían cuarenta misioneros, entre ellos el P. Cesari, decidido a no despedirse del querido Superior para no hacerle pasar un mal rato. Pronto lo advierte D. Rúa, que manda traerlo a su cuarto, donde le abraza y le bendice, quejándose de lo que parecía falta de memoria, aunque muy seguramente se tratase de un gesto de delicadeza por parte del viajero...

Los chicos pudieron verle todavía adornado de las mejores galas de la humildad en el lavatorio del Jueves Santo. La cena fue compartida con los alumnos que ocuparon su sitio de «apóstoles» en la ceremonia.

D. Rúa, en la mesa, susurra al oído del chico que había ocupado el sitio del apóstol Pedro: Tú predicarás el Evangelio, pero... pero... pero... Pasaron los años y aquel muchacho, terminados sus estudios, contrajo matrimonio, marchando a Nueva York. Su vida fue enfocada por derroteros

comerciales. No le fueron muy bien las cosas y hubo de aceptar el ofrecimiento y la retribución suficiente de una sociedad protestante para predicar el Evangelio por esos caminos de Dios... Uno de aquellos días no le fue posible conciliar el sueño. ¿Qué sucedía? Le venían a la mente las palabras de D. Rúa. Su vida en el Oratorio y la escena que siguió al lavatorio del lejano Jueves Santo parecían estar ante sus ojos. Tuvo que volver a su vida anterior, renunciar a su puesto, encontrando un trabajo digno y apetecido... Contaba el propio protagonista este hecho asombrado.

Los achaques de D. Rúa no son capaces de vencer su indomable hábito de penitencia y pocas exigencias. Las piernas hay que curárselas pero jamás exigirá vehículos especiales para sus traslados. En la mesa rechaza toda especialidad y cuando se da cuenta de que a todos se mejora el alimento para que él también tome parte en lo que a todos se sirve, rechaza la estratagema afirmando que solamente tiene achacosas las piernas.

El P. Ziggotti, Rector Mayor emérito, recuerda con alegría y nostalgia los días de la enfermedad postrera de Don Rúa, cuando todavía el salesiano Ziggotti contaba con escasos meses de profesión religiosa. Una noche le asistió cariñosamente, tratando de prestar afecto y compañía al santo enfermo. Le habían hecho una cura dolorosa a D. Rúa y el clérigo Ziggotti se atrevió a preguntar: —¿Ha sufrido mucho, D. Rúa? —Un poco, contestó el Beato. —También el Señor sufrió en la cruz, apostilló Renato Ziggotti. Sonrió D. Rúa y mirándole expresivamente le dijo: —Bravo, Ziggotti. (Ahora, el que fuera Quinto Sucesor de D. Bosco se ríe de aquel fervor juvenil y de aquel atrevimiento piadoso. Pero espera, dice él, que cuando vuelva a encontrarse en el Paraíso con el gran discípulo de D. Bosco, vuelva a escuchar las mismas palabras reconfortantes: Bravo, Ziggotti...)

El 24 de noviembre es fecha que no pasa desapercibida

para la memoria fiel de D. Rúa. Cumplía los mismos años, meses y días con los que el Fundador había muerto. En su favor, el primer Sucesor había desplegado un gran entusiasmo aportando al Proceso Apostólico para la Causa de Beatificación y Canonización importantísimas declaraciones que sumaron unas treinta y dos intervenciones. Sin duda las más importantes de cuantas contribuyeron al estudio de las virtudes heroicas de D. Bosco.

Sería en febrero de 1910, al año siguiente, cuando el Beato se dispone, aunque equivocadamente, a entregarse al Señor. Le dice a Francesia: —Hoy creía que iba a morir. Creía que mi hermano Luis me venía a buscar. (Sin duda D. Rúa recordaba la fecha lejana en que su hermano Luis Tomás había fallecido.) Te recomiendo que no alarmes la casa. Mientras tanto, se haga la voluntad del Señor.

Rehuye la cama y se arrincona como puede en un viejo diván. Así recibirá a mucha gente de categoría que desfila por la humilde estancia y asistirá a la Eucaristía que celebra su amigo Francesia. D Rinaldi se ocupará de la correspondencia. Sin abandonar un suave aire de buen humor, Don Rúa pronostica que la fiesta se hará sin el santo, refiriéndose a los preparativos que todos disponen para su Misa de Oro.

Escrupuloso en el uso del tiempo hasta última hora, D. Rúa dispone una especie de horario para cada día, que confía a su caritativo Balestra, a quien recomienda no dude exigirle su cumplimiento. Este horario transcurre entre la meditación, los ratos de oración vocal, las curas y el reposo. También encontramos en esta curiosa nota la palabra recreo. Uno se hace cruces pensando en el recreo de D. Rúa, ya casi agonizante. ¿Qué podrá recrearle? ¿La música, algún juego, la lectura de un libro, la charla de un amigo? Por la habitación desfilan el Arzobispo, la Madre Daghero, el Cardenal Mercier, el Cardenal Maffi que le trae sentimientos del Papa, miembros de la Comunidad de los Hermanos

de las Escuelas Cristianas y toda una letanía interminable de personas ligadas a la obra salesiana y a los carismas personales del Rector Mayor. D. Rúa afirma que va llegando la hora de ajustar cuentas con el Amo. No faltará un inventario de todo cuanto contienen armarios, cajones y anaqueles de la habitación. Su mente está lúcida y todo ha de quedar a punto, según sus deseos.

Una mañana de Jueves Santo, llamas encendidas y plegarias «sotto voce» se acercan al lecho. D. Rúa recibe el Viático que es ofrecido por el P. Rinaldi. Recogemos las palabras del enfermo:

«En estas circunstancias siento el deber de dirigiros algunas palabras. La primera es de acción de gracias por vuestras continuas oraciones. El Señor os lo pague también por las que hacéis ahora. Otra palabra quiero deciros porque no sé si tendré ocasión de hablaros en otro momento a todos reunidos. Os ruego que lo comunicuéis a los que se encuentran ausentes. Yo rogaré siempre al Señor por vosotros. Espero que el Señor escuche la petición que hago por todos aquellos que se encuentran en esta casa y por los que vendrán en el futuro. Tengo muy en mi corazón que seamos y nos conservemos dignos hijos de D. Bosco. D. Bosco en el lecho de muerte nos ha dado una cita a todos: hasta vernos en el Paraíso. Es este el recuerdo que él nos dejó. D. Bosco quería consigo a todos sus hijos. Por esto nos recomendó tres cosas: gran amor a Jesús Sacramento, viva devoción a María Santísima Auxiliadora, gran respeto, obediencia y afecto a los Pastores de la Iglesia y especialmente al Sumo Pontífice. Es este el recuerdo que yo también os dejo. Procurad haceros dignos hijos de Don Bosco. No olvidaré rogar por vosotros. Si el Señor me acoge en el Paraíso con D. Bosco, como espero, rogaré por todos los miembros de todas las casas, pero especialmente por los de ésta.»

Estas palabras, dirigidas a todos los miembros de la

Comunidad de la casa, resumen un ideario que durante toda su vida había sido proclamado y vivido por el primer Sucesor de D. Bosco. «¿Qué nos enseña D. Rúa?», se preguntará Pablo VI. «El enseña a los Salesianos a permanecer Salesianos, hijos siempre fieles de su Fundador», se responderá a continuación.

Los sobrinos visitan al enfermo con mucha frecuencia. D. Rúa hace llamar a uno de sus familiares que se encuentra lejos para saludarle antes de marchar hacia la eternidad.

Un pequeño susto pasajero siembra el nerviosismo a su alrededor: se ha quedado sin habla y sin conocimiento. Todos se agolpan junto al Superior pero éste se lamenta, una vez que vuelve en sí, de haber alterado la tranquilidad general.

Aunque se celebra un solemne triduo en la Basílica, ante el Santísimo, para que D. Rúa no abandone a su gran familia; aunque a causa de la lluvia y de la nieve ha de suspenderse una peregrinación a la tumba de D. Bosco para que su hijo predilecto, «verdadero benefactor y padre de los hijos del pueblo», según dicen las convocatorias, permanezca junto a los suyos, el enfermo pisa terreno firme y no se anda por las nubes...

«Siamo agli sgoccioli», esto es: estoy ya en las «escuriúras»..., repite D. Rúa. Sabe que sus hijos de vez en cuando le engañan con mentiras piadosas y reúne en torno a sí a la mayor cantidad de sobrinos e hijos de éstos por quienes se interesa vivamente recomendando su cuidado al P. Rinaldi.

Los periódicos indagan sobre el estado del Rector Mayor de los Salesianos y se les notifica la existencia de una clarísima «insuficiencia cardíaca». D. Rúa afirma casi textualmente que hay capitanes que pueden ocupar su puesto. Pero llega un momento en que este Capitán, al que podemos calificar de muy esforzado y valiente, conoce la debilidad del pavor ante la muerte cercana. Apenas unos

momentos, D. Rúa pide con voz muy apagada que aquella muerte se aleje... El P. Albera le conforta con palabras llenas de contenido cristiano y hondo afecto. La crisis es muy rápida y la fortaleza y la serenidad de D. Rúa no se verán veladas en adelante mientras su «miocarditis senil» avanza.

El P. Auffray, tan aficionado al lenguaje expresivo y exacto de los números, detalla: «Recibió la Congregación con 700 religiosos y la dejaba con 4.000. D. Bosco le legó sesenta y cuatro Casas diseminadas por seis países y él entregaba a su Sucesor 341, esparcidas por treinta naciones del Antiguo y Nuevo Continente. Al morir el Fundador en 1888 las Misiones Salesianas se limitaban a la Patagonia y la Tierra del Fuego; en 1910 habían entrado en las selvas de las tribus indias del Brasil, del Ecuador, la China, en la India, en Egipto, en Mozambique.»

Hasta la cabecera llega el P. Cerruti con la intención de redactar una jaculatoria especial dirigida al Sagrado Corazón de Jesús para obtener selectas vocaciones en el seno de la Sociedad Salesiana. El enfermo muestra deseos de conocer esa jaculatoria, rezarla con frecuencia y tenerla bajo la almohada. Esta breve oración la han rezado y cantado muchas generaciones y no estaría mal que volviera a renacer de sus cenizas...

¿Qué pensamientos cruzan por la mente del Beato? Lleno de lucidez, pide que le lean algunos puntos de meditación, aunque sus facultades mentales no están para muchas piruetas... La amenaza de muerte inminente tiene a todos en vilo, pero su recomendación de que cada uno vuelva a sus puestos diarios de actividad trae la normalidad a la casa.

«No me hables de problema alguno que no sea el que se refiere a la salvación de mi alma», recomendará a Don Francesia. Sus sentimientos son de bendición y aliento para

todos: Salesianos, Cooperadores, alumnos, Hijas de María Auxiliadora.

En el patio los estudiantes observan un silencio de sobrecogimiento y tristeza fuera de lo normal. Parece que son días de Ejercicios Espirituales. Suena la campana de las oraciones. Se entona el Himno «Presso l'augusto avello» (Junto a la gloriosa tumba), que acaba con estas palabras: «Don Bosco, io vengo a Te». D. Rúa, atento el oído, repite en su cama: «Sí, D. Bosco, también yo voy hacia Ti.»

Entrará en agonía sin especiales sufrimientos, con gran calma, sin llamar mucho la atención. El sobrino mayor, conmovido, besará su frente después de haber escuchado de labios de su tío cómo le agradecía su presencia y su afecto y la recomendación de hacer llegar a todos los familiares su recuerdo y el deseo de que se ofreciera alguna fervorosa Comunión en su memoria.

D. Francesca se queja de que su buen amigo no reza por su propia curación. «Rezo con vosotros, pero de diversa manera. Vosotros lo hacéis para que salga de este trance. Yo lo hago para que la voluntad del Señor se cumpla perfectamente.»

Nombres de Salesianos beneméritos que pasaron a la eternidad van sonando en los oídos del moribundo. A todos los recuerda y se encomienda a su protección. Una jaculatoria tradicional en el ambiente salesiano de los primeros años se va repitiendo con predilección en sus labios: Dulce Corazón de María, haz que yo salve el alma mía.

Salvar el alma es todo... es todo... Estas son las últimas palabras del Beato Miguel Rúa.

A las primeras horas del día comienza un emotivo desfile por la habitación del moribundo. Salesianos jóvenes, alumnos, hijas de María Auxiliadora con la Superiora General al frente. La noticia corre rápida porque hacia las nueve y media de la mañana, el día 6 de abril de 1910, a los 72 años, 9 meses y 27 días, dulcemente, D. Rúa

APÉNDICE

HOMILÍA DE PABLO VI EN LA BEATIFICACIÓN DE D. MIGUEL RÚA (29-X-1972)

¡Venerables Hermanos y queridísimos hijos, bendigamos al Señor!

ESCUCHAD. ¡D. Rúa acaba de ser declarado «beato» por Nos!

Una vez más se ha realizado un prodigio. Sobre la muchedumbre de la Humanidad, levantado por los brazos de la Iglesia, este hombre, invadido por un espíritu sacerdotal, que la gracia de Dios recibida y secundada por un corazón heroicamente fiel ha hecho posible, emerge a un nivel superior y luminoso y hace que converjan en él la admiración y el culto, autorizados para aquellos hermanos que, llegados a la otra vida, han alcanzado ya la bienaventuranza del reino de los cielos.

Un débil y agotado perfil de sacerdote, todo afabilidad y bondad, todo deber y sacrificio, se proyecta sobre el horizonte de la historia y allí permanecerá para siempre: es D. Miguel Rúa, «beato».

¿Estáis contentos? Superfluo preguntarlo a la triple familia salesiana, que aquí en el mundo se alegra con Nos y transmite su júbilo a toda la Iglesia. Donde quiera que están los Hijos de D. Bosco, hoy es fiesta. Y es fiesta especialmente para la Iglesia de Turín, patria terrena del

abandona a los que siempre amó, sin un lamento, sin que casi nadie se aperciba de ello. El Dr. Battistini, inclinándose sobre la frente del difunto, confirmará su muerte con el ósculo de la amistad. Sonaron las campanas más solemnes del Santuario y las de la parroquia de San Joaquín, con un lenguaje de sobra conocido por todos... Nevaba intensamente aquella mañana pero el sol espléndido, inesperado, comenzó a brillar con general sorpresa...

A través del Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado, el Papa se muestra «profundamente dolorido por la triste noticia, asociándose al grave luto de la entera Familia Salesiana». El Cardenal Rampolla se une a las lágrimas de los Salesianos, «que veneraron en él a un Padre muy querido, al compañero fiel de D. Bosco y a su digno Sucesor».

A la cabeza su alcalde, Teófilo Rossi, el Ayuntamiento turinés hace una excepción a la norma de no elevar mociones antes de que el balance anual haya quedado clausurado. El Profesor Rinaudo, antiguo alumno del Oratorio, toma la palabra y hace de D. Rúa un elocuente panegírico. Concluyendo: «Turín debe estar orgullosa de haber sido cuna de un Sucesor de D. Bosco tan grande.»

La Reina Madre no permanece ajena al pesar común.

Ediciones especiales de la prensa italiana («L' Unione», «La Stampa», «II Momento», «L'Azione»...) destacan a primer plano la pérdida de un santo y de un bienhechor del pueblo. El biógrafo Amadei afirma haber recogido más de sesenta elogios fúnebres y fascículos publicados por aquellas fechas en memoria y exaltación del Sucesor de D. Bosco.

Gentes de toda condición quieren pasar ante el cadáver e incluso tomar contacto de alguna manera, con algún objeto. Trenes que mueren en Turín derraman por la ciudad una enorme cantidad de personas. Los restos mortales son trasladados al Santuario de M. A. Laureles y palmas rodean el cuerpo del atleta de actividad apostólica, que

ya en la tierra está recibiendo el homenaje apoteósico del cariño universal. Los funerales se ven concurridos por personas de gran relieve y nombradía, cuya lista haría insoportable la lectura de estas últimas páginas.

Pocas veces en Italia se había dado una manifestación multitudinaria de tal especie. Se recuerdan fechas como la Coronación de María Auxiliadora y la muerte del santo Fundador.

Un cortejo de más de cien mil personas comienza a desfilar hacia las cuatro de la tarde.

Al mediodía del 9 de abril, los restos de D. Rúa, en forma privada, con intervención de D. Rinaldi y D. Albera, serán transportados a Valsalice desde el Oratorio. Junto a D. Bosco volverá a compartir el discípulo fiel a medias con él el afecto de todos sus hijos.

Pietro Fedele, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Turín, se había expresado en estos términos el día de la muerte de D. Rúa: «Si estuviésemos en la Edad Media, mañana por al mañana no se celebraría Misa de Réquiem, sino que se cantaría Misa en honor de San Miguel Rúa, elevado al honor de los altares por la voz del pueblo.»

Y sobre el pueblo siguió derramando, en muerte, innumerables beneficios de todo tipo. Afirma Amadei que si hubiésemos de recopilar estos hechos portentosos que pregonan la santidad de D. Rúa, necesitaríamos un tomo bien grueso exclusivamente destinado a tal fin.

Un poco a lo San Juan Evangelista habría que afirmar al final de este capítulo que muchas otras cosas hizo Don Rúa que no están registradas en este libro. Efectivamente, no he agotado ni mucho menos el acervo documental del que podía haberme alimentado durante largas jornadas de agotadora mecanografía... Pero he creído haber encendido alguna lucecilla, siquiera debilucha, con que iluminar esa figura gigante del Primer Sucesor de D. Bosco, «extraña-

mente alterada en muchos puntos», según apreciación del actual Rector Mayor, D. Luis Ricceri.

No se le quiso embalsamar a D. Rúa como si con ello se cometiese casi una profanación... No lo embalsamemos nosotros con un desconocimiento y una ligereza incalificables, convirtiéndole en una momia salesiana, siendo así que su mensaje es tan meridiano, evangélico y provechoso...

El P. Orione quiso en su juventud hacerse salesiano. Razones tenía: conoció a D. Bosco en sus últimos años de vida y a D. Rúa en los primeros de su Rectorado. Siendo alumno fue querido tiernamente por ambos. Pero el Señor le llamaba por otros derroteros. Fundaría la Pequeña Obra de la Divina Providencia, destinada a repartir el bien a manos llenas en la Iglesia. No se apartaban de su memoria ni de sus labios los ejemplos y las palabras de Don Bosco y de su discípulo.

Después de la catástrofe de Messina el P. Orione había cambiado impresiones con D. Rúa. Ya el Beato se encontraba muy enfermo. De tal forma que el verano del mismo año, ya difunto nuestro biografiado, quiso D. Orione inútilmente acudir a la bondad del antiguo amigo por encontrarse en una situación de desconsuelo y decaimiento grandes.

Un día, hacia la una y media, al salir de su oficina, el P. Orione contempló delante de sí, con gran estupor, a D. Rúa, revestido de sobrepelliz y andando a buen paso. Se dio prisa por ponerse a su lado pero el Beato nada le dijo. Simplemente le sonrió con gran dulzura, con expresión de suavidad y ternura, dejando en su alma la luz y el aliento suficientes para disipar el mal estado en que se encontraba. Desapareció sonriendo. El P. Orione no dejó desde este día de invocar el nombre de D. Rúa y su protección constante.

D. Rúa camina junto a la Congregación Salesiana, rejuvenecida por las aguas casi bautismales, confirmatorias,

del Capítulo General Especial. «Hagamos de forma que nuestra alegría no sea la de un triunfalismo vacío», exclamaba D. Luis Ricceri en las «Buenas noches» que precedieron a la jornada de la Beatificación, el 29 de octubre de 1972. «Tratemos de darnos cuenta, sigue el Rector Mayor, de lo que realmente era el verdadero D. Rúa, no el D. Rúa tantas veces conocido en forma casi deformada»...

Creo yo no haber deformado la efigie verdadera del Beato con mi largo centenar de páginas, algo festivas, como para aligerar la lectura de este formidable «curriculum vitae».

En las palabras que el P. Cerruti, perito en filigranas latinas, dejó junto a los restos de D. Rúa, podríamos encontrar alguna pista del secreto de su santidad: «Miguel Rúa, sacerdote turinés, segundo Padre de la Familia Salesiana, émulo de los ejemplos de piedad, sabiduría y acción de San Juan Bosco, descansa aquí en la paz de Cristo.»

Segundo Padre... Emulo de los ejemplos... «¿Dónde se encuentra la raíz de la paternidad de D. Rúa?», se pregunta D. Ricceri. Y él mismo responde: «En la foto que los Salesianos de Barcelona, con una idea genial, han conseguido de un viejo daguerrotipo, está la respuesta viva y palpitante de esta pregunta. Mirad bien aquel rostro, aquella sonrisa, aquel gesto eminente de confianza. Mirad aquel gesto de afecto filial, tierno. D. Rúa debe gran parte de aquello que ha sido a este hecho: ha mirado siempre y con aquel rostro a D. Bosco.»

Sí, terminemos de una vez: quizás volver a mirar a D. Bosco valga la pena... en unos tiempos en los que ningún miembro de nuestra Familia debe pretender descubrir la pólvora por su cuenta desconociendo la Historia más viva, palpitante y casi diría heroica, de nuestra Congregación.

nuevo beato, la cual se ve inscrita, en el ejército, podemos decir, moderno de sus elegidos, una nueva figura sacerdotal; que demuestra las virtudes de su estirpe civil y cristiana, y que ciertamente promete otra fecundidad futura.

D. Rúa «beato». No vamos a dibujar ahora su perfil biográfico ni vamos a hacer su panegírico. Su historia es ya muy conocida por todos.

Un discípulo, un imitador, un modelo.

No son ciertamente los valores salesianos los que privan de celebridad a sus héroes. Y es este un homenaje debido a sus virtudes que, al hacerlos populares, extiende la luz de su ejemplo y multiplica su benéfica eficacia; crea la epopeya para la edificación de nuestro tiempo.

Y ahora, en este momento, en el que la emoción jubilosa llena nuestros espíritus, preferimos más bien meditar que escuchar. Así, pues, meditemos durante unos instantes sobre el aspecto característico de D. Rúa, aspecto que lo define y que con una sola mirada nos lo dice todo, nos lo hace comprender. ¿Quién es D. Rúa?

Es el primer Sucesor de D. Bosco, el santo Fundador de los Salesianos. ¿Y por qué ahora D. Rúa es beatificado, es decir, glorificado? Es beatificado y glorificado justamente porque es sucesor, es decir, continuador; hijo, discípulo, imitador; el cual ha hecho con otros indudablemente, pero el primero entre ellos, del ejemplo del Santo una escuela, de su obra personal, una institución extendida, puede decirse, por toda la Tierra; de su vida una historia, de su regla un espíritu, de su santidad un tipo, un modelo; ha hecho de la fuente, una corriente, un río.

Recordad la parábola del Evangelio: «El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre coge y siembra en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las plantas, y llega a hacerse un árbol de suerte que

las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas» (Mateo, XIII, 31-32). La prodigiosa fecundidad de la familia salesiana, uno de los mayores y más significativos fenómenos de la perenne vitalidad de la Iglesia en el siglo pasado y en el actual, ha tenido en D. Bosco el origen, en D. Rúa la continuidad. Ha sido este su discípulo el que, desde los humildes comienzos de Valdocco, ha servido a la obra salesiana en su virtualidad expansiva, ha captado la felicidad de la fórmula y la ha desarrollado con coherencia fiel, pero siempre con genial novedad. D. Rúa ha sido el fidedísimo y por ello el más humilde y al mismo tiempo el más denodado de los Hijos de D. Bosco.

D. Rúa ha inaugurado una tradición.

Esto ya es conocidísimo. No recordaremos pasajes que la documentación de la vida del nuevo beato ofrece con exuberante abundancia; pero haremos una sola reflexión, que Nos consideramos, especialmente hoy, muy importante. Dicha reflexión afecta a uno de los valores más discutidos, en bien y en mal, de la cultura moderna, queremos decir, la tradición. D. Rúa ha inaugurado una tradición.

La tradición, que encuentra cultivadores y admiradores en el campo de la cultura humanística, la historia, por ejemplo, el devenir filosófico, no es honrada, en cambio, en el campo operativo, en el que más bien «la rotura de la tradición» —la revolución, la renovación apresurada, la originalidad siempre impaciente de la escuela ajena, la independencia del pasado, la liberación de todo vínculo— parece que se ha convertido en norma de la modernidad, en la condición del progreso. No contestamos a lo que hay de saludable y de inevitable en esta actitud de la vida proyectada hacia adelante, que avanza en el tiempo, en la experiencia y en la conquista de las realidades circunstantes; pero advertiremos sobre el peligro y el daño del rechazo ciego de la herencia que el pasado, mediante una

tradición sabia y selectiva, transmite a las nuevas generaciones.

Valor de la tradición.

No prestando la debida atención a este proceso de transmisión, podremos perder el tesoro acumulado de la cultura, y vernos obligados a reconocer que hemos retrocedido y que no hemos progresado, y a comenzar de nuevo, desde el principio, una fatiga extenuante. Podremos perder el tesoro de la fe, que tiene sus raíces humanas en determinados momentos de la historia que huye para encontrarnos de nuevo náufragos en el océano misterioso del tiempo, sin tener ya la noción, ni la capacidad del camino a recorrer. Discurso inmenso, pero que aparece en la primera página de la pedagogía humana y que nos advierte, aunque no de otra cosa, del mérito que tiene todavía el cultivo de la sabiduría de nuestros mayores, y para nosotros, hijos de la Iglesia, el deber y la necesidad que tenemos de beber en la tradición aquella luz amiga y perenne que desde el pasado lejano y próximo proyecta sus rayos sobre nuestro camino procedente.

Pero para nosotros, el discurso, de cara a D. Rúa, se hace siempre sencillo y elemental; pero no por esto menos digno de consideración. ¿Qué nos enseña D. Rúa? ¿Cómo ha podido subir a la gloria del Paraíso y a la exaltación que la Iglesia hace hoy de él? Precisamente, como decíamos, D. Rúa nos enseña a ser continuadores, es decir, seguidores, alumnos, maestros, si queréis, por el hecho de ser discípulos de un maestro superior. Ampliemos la lección que de él nos llega; él enseña a los salesianos a permanecer salesianos, hijos siempre fieles de su Fundador, y nos enseña después a todos la reverencia al magisterio, que preside el pensamiento y la economía de la vida cristiana. Cristo mismo, como Verbo procedente del Padre, y como Mesías ejecutor e intérprete de la Revelación a él concer-

niente, ha dicho de sí: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado» (Juan, VII, 16).

La imitación en el discípulo, es fermento, perfección.

La dignidad del discípulo depende de la sabiduría del maestro. La imitación en el discípulo no es ya pasividad, ni servilismo; es fermento, es perfección (cfr. I Cor. IV, 16). La capacidad del alumno para desarrollar la propia personalidad procede, en efecto, de aquel arte extractivo, propio del preceptor, y cuyo arte se llama justamente educación, arte que guía la expansión lógica, pero libre y original, de las cualidades virtuales del alumno.

Queremos decir que las virtudes de las que D. Rúa nos sirve de modelo y en las que se ha basado la Iglesia para su beatificación, son todavía las virtudes evangélicas de los humildes pertenecientes a la escuela profética de la santidad; de los humildes, a los que han sido revelados los misterios más elevados de la divinidad y de la humanidad (cfr. Mt. XI, 25).

Si de verdad a D. Rúa se le califica como el primer continuador del ejemplo y de la obra de D. Bosco, nos gustará considerarlo siempre, y venerarlo, en este aspecto ascético de humildad y de dependencia; pero no podremos olvidar jamás el aspecto dinámico de este pequeño-gran hombre, mucho más porque nosotros, no ajenos a la mentalidad de nuestra época, inclinada a medir la estatura de un hombre por su capacidad de acción, nos damos cuenta de que tenemos delante un atleta de actividad apostólica que, siempre sobre el molde de D. Bosco, pero con dimensiones propias y crecientes, confiere a D. Rúa las proporciones espirituales y humanas de la grandeza. En efecto, su misión es grande. Los biógrafos y los críticos de su vida han encontrado en ella virtudes heroicas, requisitos que la Iglesia exige para el resultado positivo de las causas de beatificación y de canonización, y que suponen y

demuestran una extraordinaria abundancia de gracia divina, causa primera y suma de la santidad.

La obra de D. Rúa.

La misión que hizo grande a D. Rúa se proyecta en dos direcciones exteriores distintas, pero que en el corazón de este poderoso operario del reino de Dios se entrelazan y se funden, como sucedió habitualmente en la forma de apostolado que la Providencia le asignó: la Congregación Salesiana y el Oratorio, es decir, las obras para la juventud y todas las demás que forman su corona. Aquí nuestro elogio debería dirigirse a la triple familia religiosa que tuvo su raíz, en primer lugar, en D. Bosco, y después en D. Rúa, con sucesión lineal; la familia de los sacerdotes salesianos, la de las Hijas de María Auxiliadora y la de los Cooperadores Salesianos, cada una de las cuales tuvo un maravilloso desarrollo bajo el impulso metódico e incansable de nuestro beato.

Baste recordar que, en los veinte años de su gobierno, de las 64 casas salesianas fundadas por D. Bosco durante su vida, éstas se multiplicarían hasta llegar a 314. Vienen a los labios, en sentido positivo, las palabras de la Biblia: «El dedo del Señor está aquí» (Ex. VIII, 19). Glorificando a D. Rúa, damos gloria al Señor, que ha querido, en su persona, en el numeroso ejército de sus hermanos y en el rápido incremento de la obra salesiana, manifestar su bondad y su poder, capaces de suscitar incluso en nuestro tiempo, la inagotable y maravillosa vitalidad de la Iglesia, y de ofrecer a su ansia apostólica nuevos campos de trabajo pastoral, que el impetuoso y desordenado desarrollo social ha abierto ante la civilización cristiana. Y saludamos, rebosantes con ellos de júbilo y esperanza, a todos los hijos de esta joven y floreciente familia salesiana, que hoy, bajo la mirada amiga y paternal de su nuevo beato, reaniman

su marcha por el camino empinado y recto de la ya reconocida tradición de D. Bosco.

Además, las obras salesianas se iluminan delante de Nos encendidas por el santo fundador y con nuevo brillo **del** beato continuador. Os miramos, jóvenes de la gran escuela salesiana. Vemos reflejado en vuestros rostros y resplandecientes en vuestros ojos el amor, bajo cuya protección maravillosa os han puesto D. Bosco y con él D. Rúa y todos sus hermanos de ayer, de hoy y también de mañana. Cuan queridos y hermosos sois para Nos y con cuánto agrado os vemos alegres, vivaces y modernos; sois jóvenes, crecidos y crecientes en esta multiforme y providencial obra salesiana.

Cómo aprieta en el corazón la emoción de las cosas extraordinarias que el genio de caridad de San Juan Bosco y del beato Miguel Rúa y de sus millares y millares de discípulos han sabido crear para vosotros; para vosotros especialmente, hijos del pueblo, para vosotros, si estáis necesitados de asistencia y de ayuda, de instrucción y de educación, de entrenamiento para el trabajo y para la oración; para vosotros, si hijos de la desgracia o confinados en tierras lejanas, esperáis a quien se aproxime a vosotros, con la sabia pedagogía preventiva de la amistad, de la bondad, de la alegría, a quien sepa jugar y dialogar con vosotros, a quien os haga buenos y firmes, haciéndoos serenos, puros, valientes y fieles, a quien os descubra el sentido y el deber de la vida, y os enseñe a encontrar en Cristo la armonía de todas las cosas.

También a vosotros, Nos os saludamos hoy, alumnos pequeños y mayores de la jovial y laboriosa competición salesiana y con vosotros a otros muchos coetáneos vuestros de las ciudades y de los campos, a vosotros de las escuelas y de los campos de deportes, a vosotros, del trabajo y del sufrimiento; y a vosotros, de nuestras clases de catecismo y de nuestras iglesias, sí, desearíamos dirigiros a todos por

unos momentos el «atentos» e invitaros a elevar las miradas hacia este nuevo Beato D. Miguel Rúa, que os ha amado tanto, y que ahora, por mediación de nuestra mano, que quiere ser la de Cristo, a cada uno particularmente y a todos juntos os bendice.

O. R. 30-31 octubre 1972. Original italiano. Traducción de ECCLESIA.)

ÍNDICE

	PÁG.
Dedicatoria	5
Con la venia	7
Miguel Rúa y las erratas.	13
Miguel Rúa y el mozo de espadas.	19
Miguel Rúa y los latines.	21
Miguel Rúa y las aceitunas.	35
Miguel Rúa y el sifón	45
Miguel Rúa y la Graduación.	55
Miguel Rúa y los "burgaos".	67
Miguel Rúa y la moscarda	75
Miguel Rúa y la santa humildad.	87
Miguel Rúa y los pepeles.	97
Miguel Rúa y la sonrisa.	109
Miguel Rúa y la jaula de cristal.	121
Miguel Rúa y la chatarra	131
Miguel Rúa y la mística fortaleza.	139
Miguel Rúa y los privilegios.	153
Miguel Rúa y sus cosas.	161
Miguel Rúa y su cruz particular.	178
Miguel Rúa y el atletismo.	193
Apéndice (Homilía de Pablo VI).	207
índice.	215